

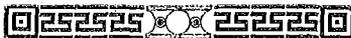
*A su distinguido amigo D. Carlos B. Sevilla
Leído: enero de 1940. Con el apuro de su admirador
Alejandro Coello*

PINCELADAS DE LA TIERRUCA

- ENSAYO DE NOVELA ECUATORIANA -

P O R

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

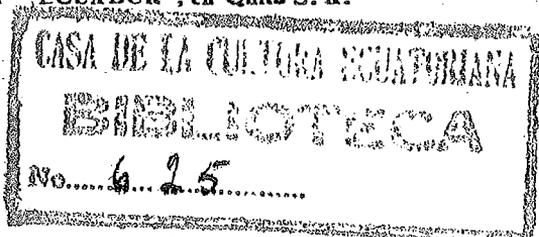


EDICION REFUNDIDA

QUITO - ECUADOR

l. 940

Impresa en la Editora "ECUADOR", en Quito S. A.



BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 625

FECHA DE CONSTATAION 30 DIC 1949

VALOR 8/8⁰⁰

CLASIFICACION

AL EMPEZAR. DOS PALABRAS:

Con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Jorge Isaacs, al analizar su inmortal *María*, enumeré brevemente el movimiento de la novela en la América del Sur, señalando en sus respectivos países las principales obras.

En 1939, para cumplir un mandato del Ministerio de Educación, dicté una conferencia por radio, dentro del programa preparado para la semana destinada al Instituto Superior de Pedagogía. Ante el micrófono el Secretario de dicho Instituto ofreció con elogios, no sólo mi labor docente, sino la palpitante elección del tema: «La Novela americana en 1939».

En este trabajo, enumeré las principales novelas que me habían llegado, procedentes de las distintas patrias americanas. Puse de resalto el florecimiento del género, de modo especial en nuestro hogar, en el que se había despertado incontenible entusiasmo por el desarrollo de la novela ecuatoriana.

Bien habría querido que precedan los citados estudios a este ensayo de novela, para demostrar siquiera la dificultad de la tarea.

El género requiere abundante gimnasia intelectual. Después de una media docena de novelas, probaría tal vez afición e iría familiarizándome con la técnica, siquiera en lo que a este ensayito se refiere.

¿Cómo se ha de escribir una novela? Aquí saltan las ideas más encontradas. Desde el pujante novelista francés Emilio Zola que dejara una receta para la novela real y documentada, desde la gran novelista Emilia Pardo Bazán que tratara de la cuestión palpitante de las escuelas realista y naturalista, la novela ha sido a

menudo objeto de diversos y profundos análisis.

De su técnica se ha hablado mucho. Suele citarse al gran Dostoyewski como a creador de la epopeya novelística. Se imitan varias novelas rusas de este siglo.

Se desdenea quizá a grandes novelistas como Pareda, Galdós, Ibañez, Palacio Valdés, como en jardines poéticos se menospreciaba a Campoamor y Núñez de Arce. Todo esto prueba la anarquía de opiniones en campo tan extenso.

Siguen brotando escuelas y dogmatismos hasta contradictorios. En medio de los encontrados gustos y las clasificaciones, lo que al fin queda en limpio es la belleza. Si no prima este sentimiento, nada en la novela será digno de aprecio. No se crea que la corrección del lenguaje, el esmero en la forma sean empeños despreciables, afán menospreciado. Que cada cual cultive su huerto, pero con amor, con entusiasmo, con nobleza de medios.

He aquí estos apuntes de otra época; pero todavía de actualidad. Son breves cuadros, ligeras pinceladas. De este ensayo de novela pueden salir algunas más que apenas quedan esbozadas. Dicen que así se escribe la novela ahora: con la invitación de que se lea mucho entre líneas, que se adivine la trascendencia, que se compendie la aventura, que la descripción del terruño sea rápida, en diálogo vivo, y no fatigosa.

Costumbres y material son ecuatorianos. El indio palpita en estas páginas, con cierta mesura en su tragedia y más como sobrio ensayo *folklorico*.

Quizá el tiempo me sea propicio y me resuelva a tomar los mismos actores para la interpretación de otras comedias, acentuando la decoración que nos rodea.

PINCELADAS DE LA TIERRUCA

(ENSAYO DE NOVELA ECUATORIANA)

PRIMERA PARTE

FIESTA POPULAR

Cuatro jóvenes caballeros en briosos corceles, se dirigían camino del pueblo que tenía fama por sus buenasmozas, las chiripollas, unas chagritas que ampliaban su establecimiento de licores y que habían comido medio lado a los hacendados que sábados y domingos iban a entretenerse, gastando no poco de sus cosechas y endeudándose un poco más. Estaba la aldea cercana a la capital. Rodeada de quintas, atraía, por su buen clima y parajes pintorescos, a los habitantes de la ciudad, que no hallaban más distracción que emborracharse e ir a comer los buenos cuyes y el puerco hornado, las tortillas y empanadas que ofrecía el lugar, junto con la chicha de jora.

Querían los *cachifos* metidos a grandes y que picaban de noblecitos llegar a la salida de misa de doce, por-

que a esa hora desfilaban donosas chagritas y chiquillas quiteñas que estaban veraneando, singularmente Rosita, Mercedes, Carlota, primas de doña Rebeca Quiñares, sus hermanas Leocadia y Ramona y otras amigas.

—Sé que también la rubia parlanchina está aquí en una quinta del otro lado del puente, dijo Paco Flor, caballero en un alazán tostado.

—Creo que ha venido sin don Fermín, observó Juan Jimés, deteniéndose a encender un cigarrillo marca nacional, pues entonces no se conocían los extranjeros.

—A lo mejor es una cita con el roto Alfredo Farin, saltó Jacinto Guardé, pues el pobre don Fermín está tras la barra y no tiene para estos viajecitos. Además, anda muy enfermo, a juzgar por su aspecto. Ayer le encontré en la Calle de la Platería, y me pareció un espectro. ¡Cómo ha envejecido tan rápidamente! Comparado con él, Puma es guagüito.

—No sean malos, no prejuzguen, gritó bromeando Cristóbal Escuder, ágil saltando a tierra para recoger un foete de puño de plata que se le cayera.

Desfilaba uno que otro carruaje. Un cordón de gente de a pie dirigíase al pueblo atraído por la fiesta. Pá-saron unos cuantos emponchados llevando instrumentos. Era la banda del pueblo contiguo, contratada por los

priostes, para rivalizar con la charanga del lugar, que no contaba sino con cuatro sopladores un bombo y un tambor.

—¿Quién es esa cuba que va en coche?, preguntó Paco Flor.

—Más parece un tonel. A lo mejor es Sancho Vera, pues nunca va solo a estos esparcimientos. La "chullita" que se arrinconó en el coche ¿es Delfina, la puca? Va con Manuelito Cárdetas, el estudiante eterno que como no asciende en la Universidad *aquiñana*, se va a otra.

Raudo cruza, en elegante automóvil, uno de los primeros, traído personalmente de los Estados Unidos, Pepe Nipas, que usaba otros apellidos y, se daba ínfulas de millonario y de pertenecer a la más rancia aristocracia, por su árbol genealógico y por los testimonios de la heráldica P. Nipas de Farinango del Chacón se leía en su tarjeta.

—¿Este tipo es sobrino del viejo Facundo, al que está en vísperas de heredar una bonita fortuna, a manos lavadas?, interrogó otro amigo. El *amarrete* ha economizado toda su vida, se ha dado trato de perro para que la plata disfrute otro. Mañana y tarde le han de ver emponchado y con sombrero de paja en el balcón. Pondera que pasa allí muy distraído, mejor que en el teatro, al que nunca concurre. Sus haciendas están en poder de

mayardomos y sirvientes. No va a visitarlas por no gastar en viajes. Para su capote, así evita compromisos. ¡Las furias que le embargan cuando recibe algún telegrama, por no aflojar la propina! Si es de felicitación, piensa que no ha de ser "por telégrafo" si no en algo efectivo, y se rasca la palma de la mano con los dedos de la otra.

—No, no, el del automóvil es Pepe Nipas y el del coche Sancho Vera, que a lo mejor se ha de quedar sin nada, porque si el tío llega a testar dejará todo a alguna comunidad religiosa, aunque sea en la forma velada que le aconseje su abogado, pues no *fragó* al sobrino.

—Nipas es muy rico. Su pobre hermanita Elsa le dejó muchos reales. Quería redimirse del tormento que le amenazaba como a la Augusta del poeta Byron, la Lucila de Chateaubriand y hasta la Elvira de Silva cuyo caso opinan fue espiritual. Por preocupaciones sociales, impidiéronle, a sangre y fuego, se uniera al hombre a quien amaba, a quien había conocido desde niña, que jugara con él en la infancia, que conservara inolvidables recuerdos e impresiones como psiconeurótica que era. Joven de talento, de la clase media o quizá de un escalón inferior, trigüeño, simpático, grandes ojos negros, nariz perfilada, fino bozo, se había apoderado, en años de afectos inconscientes, del corazón de Elsa. Cuchicheaban que era hijo de un noble venido a menos por degeneración. Su ma-

dre, cocinera, con la que el hidalgo de otros días mejores llegó a encariñarse y con la que quiso casarse cuando había tronado su fortuna. Ella le mantuvo tras inconfesables sacrificios. También logró educar a su hijo. El mozo era atrayente. Había coronado su carrera. Resurgieron las relaciones que comensaran en la niñez. Floreció el idilio, con brotes de romanticismo, que por desgracia hoy no se estila. Cartas de fuego de él; apasionadas de ella. Darían material para un poema de amor, rocío del espíritu. Visitas a hurtadillas, viajes a la hacienda, cortos paseos por el jardín, albores primaverales, promesas y esperanzas.

Cirniéronse intrigas y atisbos inquisitoriales sobre la pareja. Ayudó el confesionario, en razón de que el joven no era de ideas católicas ni sentimientos piadosos, según la queja favorita. Una congregación se puso en juego casi con la seguridad de que el millonaje de la víctima pasara al tesoro conventual. Desesperado el muchacho, enloquecida la tímida y amorosa compañera, resolvieron jugar la última carta. Habían convenido salir a hurtadillas y casarse en el pueblo cercano. Todo estaba arreglado. La infidelidad de un sirviente, la vigilancia redoblada, o qué sé yo, desbarataron el plan, cayendo sobre ese remedo de encarnación de Romeo y Julieta. Trabóse la lucha. Elsa fue arrancada de los brazos de su ampara-

dor, al que propinaron una paliza de padre y señor mío, pero él se defendió valientemente. Cayó uno de sus verdugos para no levantarse más, según dicen. Desesperado el infeliz joven, partióse para el Sur de la América. Nada se volvió a saber de su suerte. Alguien informaba que le viera en Buenos Aires; quien que se había suicidado en Mar de Plata, arrojándose a las olas. Elsa, la delicada niña de color de cera y ojos soñadores, la criatura de compleción débil y frágil como fina porcelana, fue desmejorando. Apoderóse la tristeza de su ánimo. En vano le buscaron distracciones. Cupido había abierto honda e incurable herida en su pecho. Consumíase lentamente. Mucho más que física, moral su enfermedad y, por tanto, mortal. El amor, tiznizado por preocupaciones sociales y por la quijotería de familia, le dio el golpe de gracia. Surróse que había fallecido de parto, especie que no estuvo comprobada. Como flor maligna, la deshonra intentaba abrirse sobre la tumba de la mártir.

Después de corto silencio, surgieron los comentarios en tropel.

—Cesen de murmurar tanto, les insinuó Cristóbal Escuder. Parecen de la *banca tigre* que se reúne para despellejar al prójimo en la plaza grande. Su conversación favorita se concreta a averiguar las costumbres del género humano y a contar *cachos*, o mejor dicho, chascarrillos colorados y algo más que picantes.

La parroquia estaba engalanada como bolsicona en domingo. Celebraban las bodas de plata de su fundación. El comité de festejos organizado para el caso había elaborado un programa kilométrico, más largo que discurso académico de incorporación. Se sableó con esquelitas y circulares a cuantos por algún motivo habían ido alguna vez al pueblo. Algunos hacendados darían toros. Se distribuyeron los días para la exhibición del ganado. Chullitas pueblerinas y damitas de la ciudad proporcionarían las colchas para la corrida. Los arcos que levantaron era obra de algunos grupos de comerciantes que lucraban en el lugar con baratijas y ventas o iban siempre a la feria. Los sacerdotes pagaban los gastos de iglesia. La contribución de indios consistía en gallinas, fruta, alcohol y chicha. Los castillos estaban muy adornados. Se formaron con carrizos y esteras. Entre baratijas, colgaban algunos comestibles. Los fuegos de Bengala eran también lujo de los sacerdotes, inclusive los rastreros, voladores, morteretes, vacas locas. *chihuahuas* y *chamarasca*. Afluían los vendedores ambulantes.

El cura se desgañitaba predicando. Enaltecía la vida del anacoreta santo de la parroquia, contaba alguno de sus milagros y aplicaba la moraleja contra los liberales, bautizándoles de varios modos despectivos. Las cosas que pronunciaba ceremoniosamente, dando de vez en

cuando golpes sobre el apolillado púlpito, forzaban abrir la boca de los feligreses. Pronunciábase contra la educación laica, atribuyendo a ésta todos los males de la población, inclusive temblores y epidemias. No disfrutaba el pueblo alumbrado público moderno, ni agua potable, ni pavimentación. El polvo que se levantaba enceguecía. El fango de algunas calles apestaba, porque bestias de carga, burros y cerdos aumentaban el desaseo. No se conocía edificio de propiedad fiscal para escuela. Construían uno enorme de piedra, con el proyecto de llevar monjitas para que fundaran un colegio; pero no pasaba del zócalo la edificación por años de años.

La iglesia era un galpón enorme, desmantelado y con las paredes algo cuarteadas. Por un boquerón cercano a la cubierta entraban chiflones de viento. Parece que adrede se abrió el orificio para la ventilación. Emponchados se veían hasta más afuera de la puerta y mitad del atrio empedrado. La mampara, de par en par, permitía distinguir la iluminación del altar mayor y la decoración de las paredes, llenas de festones de musgo, adornos de papel y colgaduras. En el fondo se agitaba la llama de las bujías. Flores naturales y de oropel y trapo completaban el arreglo interior. Tablero engalanado y con dos gruesos maderos laterales debidamente asegurados, estaba listo para la procesión. Junto a las gradas del comulga-

torio y a su descolorido pasamano se arrodillaban indios y cholos con ceras sencillas y con bujías adornadas. El maestro de capilla se desgañitaba cantando. Crujía el melodío como máquina que va a descomponerse. Parece q' se quejaba del estropeo. Coro de muchachas entonaba ya el *agnus* Entre las atipladas voces, henchidas de requiebros, sobresalía la destemplada de una ciegucecita, famosa cantora.

Oíanse golpes de pecho, toses, suspiros. Hálito pesado vagaba por el templo, que se diría caprichoso jardín, por la mezcla de notas de color y de olores más que de perfumes. Algunos guagas daban chillidos. Otros sobre la espalda de algunas indias se habían dormido y a ratos se despertaban asustados cuando el tonante oradar afirmaba con fuerza su cerrado puño sobre el púlpito o subía el diapasón de su panegírico popular contratado para un buen lapso.

Al fin se organizó la procesión. Iban a la cabeza indios disfrazados de danzantes, yumbos y diablos, bailando delante del santo patrono conducido a hombros sobre las pintorescas andas, cubiertas de colchas y manteles de encaje. La comparsa arrojaba flores desmenuzadas o «chagrillo» y a veces cocos y colaciones.

Lucía el cura su capa de coro, dorada a trechos, pues el uso la había deshilachado en algunos puntos. Estrechaba entre las manos el breviario. A uno y otro lado

las alumbrantes llevaban bujías de estearina, que el sol las retorció. En los cirios labrados, las flores de cera que los adornaban se derritían paulatinamente con el calor de la hora. Las mujeres, con sus rebozos nuevos y de colores chillones, protegían las llamitas ondulantes. El santo patrono de madera, levantado en vilo, se movía según las ondulaciones del camino, inclinándose como que iba a caer de cara o volteándose otras para atrás como que se tirara de espaldas. Rezaba el cura en voz baja. El capellán era joven, simpático, rubicundo. Tenía fama de belleza su sobrina que temporalmente le acompañaba en el convento. Proclamaba él a cuantos le escuchaban que era su *sobrina legítima*, porque, añadía, sonriendo, se nos calumnia y generalmente a los vástagos de cura se les denomina «sobrinos». «Ya se acabaron esos tiempos de relajación monástica», repetía con íntima convicción— en los que era como un honor, como digno de jactancia, según lo comprueba el historiador Dr. Gonzalez Suárez, exhibir paternidad eclesiástica. Sobre todo a los pobres curas se nos atribuye muchas iniquidades secretas. ¿No dijeron unos feligreses ingratos que e anterior de esta parroquia se había llevado hasta las campanas de la torre, cuando lo único cierto fué que de su peculio mandó a soldar las rajaduras, para que el esquilón no sonase coma paila?

Cerraba la procesión la banda de música de la al-

deca, que estaba endon
chusma, inclusive algu
habían quedado rezagad
caras de alambre ponía
abigarrado conjunto.

En opuesta esqui
del trato que dejaran sus
escuela, una chica de rech
sono Paco, Juan, Jacinto

Está la plaza concur... , empanterada. El estan-
darte preponderante es el tricolor nacional, de tonos di-
versos por la acción del sol. Para que desfilara la proce-
sión, quitaron algunos palos y chaguarqueros que habían
cruzado en las esquinas de la plaza, reforzando las barre-
ras. Las banderas rojas eran signo convencional de las
carnicerías, que decían *tercenas*. La comitiva entró a la
iglesia. Después de ligera alocución, nombráronse a los
priostes para la fiesta próxima de San Pedro. Concluyó
todo con un avemaría, no sin recomendarles la obligación
que les asistía para ser buenos cristianos y feligreses muy
devotos.

Para la corrida de toros se había levantado tabla-
dos que circundaban la plaza. Utilizaron cuanto madera-
men tuvieron a la mano, duelas, puertas viejas y hasta al-
gunas tapialeras. Para guarecerse del sol, los palcos pri-

De esta copa
escopA
p

mitivos estaban cubiertos de esteras, sábanas, colchas, pedazos de zinc, costales, etc. Por escaleras de chaguarqueños o montándose sobre los atravesaños de las improvisadas armazones, podía auparse la gente a lo alto. Crujían esas gigantescas jaulas sujetas con soguillas y algunos clavos. En los bajos estaban las *chinganas* y tiendas de licores. Subían hálitos de aguardiente y de frituras. Las tortillas se asaban sin descanso. Grandes bateas de papas aplastadas estaban listas para el amasijo de los *llapingachos*. En pailas pequeñas se freían las empanadas. En otras barracas el puerco ahornado, sobre base de lechugas, era despedazado para la venta. Grandes depósitos de chicha surtían a los bebedores. De los tendidos de arriba llegaban los pedidos insistentes. Tostaditos y extendidos otros cerdos, mostraban rojos ajíes en orejas y hocico.

—Vecina, señora, pase una botella de mallorca, suaba una media docena de cerveza, un poco más de tortillas y de caucaña. ¿Qué pasa? ¿Ya se acabaron las empanadas?

Trás de las barreras había también mucha gente. Se habilitaron las tiendas, los portales y cuartos del contorno. La escuela daba a la plaza y se había convertido en salón de frescos y licores. En otra habitación estaban amontonados los bancos escolares. En el pizarrón se había puesto un letrero: «Aquí la buena chicha de jo»

ra, el ají de cuyes y el buen pernil. El corredor rebullía, lleno de clientes y de moscas. De vez en cuando el viento levantaba columnas de polvo, que se confundían con el humo de las numerosas cocinas improvisadas. La parte del convento estaba despejada, a fin de que el curita pudiera mirar a la plaza desde las ventanas, repletas de guapas chiquillas.

Carlos Mozqueta departía con Juan José sobre política, criticando terriblemente a la administración. Comunicaba con su compañero las múltiples impresiones e iba enumerando cuantas cosas le chocaban en el pueblo. No faltaban los comentarios picantes contra diversas personas conocidas que desfilaban atraídas por la fiesta. A todas tuteaba y a todas repartía un apodo, un arañazo, una pulla hiriente.

—¿A qué has venido entonces?, le pregunta en són de reproche Juan José.

—A un asunto particular; pero no tuve más remedio que salir a la plaza, porque aquí encontraré a la persona que necesito y que se ha manejado incumplida, no obstante haberla adelantada para la obra.

—¿Algún artesano?, sonríe con malicia. ¿Te atraen las Chiripollas o la sobrina del cura? No seas hipócrita.

—Nada de eso, prejuigas. Un carpintero me pidió para materiales y hasta suscribió un documentito.

De esto se han pasado algunos meses. Cuando me ve, se esconde. Sé que se ha trasladado a este pueblo y aquí ha puesto su taller

Más vale que sea motivo de *badulaquería*, que es el caso diez mil uno, que no de faldas, contesta irónico el amigo entrañable. Pero de paso no dejarás de visitar a Rosita, Mercedes y Carlota que están aquí en aquella quinta, agrega señalando con el dedo una casa de azotea que se divisa en la colina próxima, pasando el puente.

CORRIDA DE TOROS

Sintióse murmullo extraordinario, aumentado con gritos y silbidos. De vecina hacienda llegaban cuatro toros más, acompañados de tres mansos bueyes. Eran de Vera a quien ya le daban el título de Coronel los chagras. El ganado fue metido al corral. La diestra huasca del mayordomo de la hacienda de Guagrapungo enlazó a un torete negro que fue el primero en penetrar a saltos a la plaza. Raspaba a ratos el suelo con las patas y arrojaba espuma moviendo los belfos. No hubo al principio quien se atreviera a torear. Querían conocer las mañas del bruto *pitonudo*.

—Limpio es, limpio es. Entra no más, Crisanto, gritaba el público a un chagra alto, famoso toreador, que se había distinguido en las corridas de Machachi y Cayambe.

Por un rincón de la empalizada le dieron una copa para quitarle el miedo. Al fin se resolvió el toreador. A cada lance, los espectadores aplaudían entusiasmados. Si el peligro aumentaba, los chillidos de alarma no se hacían esperar.

—Me muero, le va a pasar algo a mi compadre, casi gimoteando balbuce una chagrita de zapato blanco, que se tapa la cara con las manos.

Notando que el torete iba fatigándose y que no era *de revuelta*, entraron otros chagras en el redondel. Se generalizó el buen humor. Algunos toreaban con ponchos rojos para llamar vivamente al toro, otros con los sacos al revés, de los que se despojaban. Un chulla provinciano, al que animaban con ¡Adentro Dumas! hacía frente con su pañuelo, provocando al cornúpeto. Estaba algo calamocano. Sus compañeros Castelarillo, Pablo Atalpa y Villo se reían en el corro que formaban junto a unas cholas que asomadas a la barrera lucían pañolones multicolores y de largos flecos. Parecían, por la finura y los dibujos, mantones de Manila. Las medias de seda lucían en sus piernas, gruesas como torneados pilares.

Suplicaron a los jóvenes que alejaran a su amigo, pues le pasaría una desgracia. Así lo hicieron con no poco esfuerzo. Esto fue pretexto para mayores libaciones.

Sacaron al torete. Algunos gamonales repartían a

guardiente al pueblo, llevando un zurrón o perra sobre el caballo, tapándolo con el poncho. Muy cortejadas las Chiripollas.

Ya estaba el berrendo en la plaza. Sus cuernos habían sido recortados. Toro despuntado es, anotaba el público. A éste le pusieron una colcha azul, de la que pendían pesetas y reales de plata agújereados y cosidos a la lustrosa tela. Costó algún trabajo desprenderle el lazo de los cuernos y dejarle libre.

El chagra larguirucho, que se había aprovechado de las copas que le prodigaron para que "asentara el susto", quiso montar sobre la "azambada bestia". Le trincaron a un poste y le pusieron "braguero". El chagra ya estaba a horcajadas, pegado como con cera. Las violentas sacudidas del berrendo, los saltos y corbetas no le hacían mella, porque con ambas manos se sujetaba diestramente, entre las enhorabuenas de curiosos y paisanos que palmoteaban. Por un punto relativamente bajo de la valla quiso el bruto lanzarse al corral. Dió un vuelo monstruoso. El chagra cayó de bruces contra el suelo, junto a un montón de piedras.

—Ya se mató el zoquete, reprobaron los más descorazonados. Quedó sin sentido. El toro forcejeaba por salir. Concluyó por abrirse paso hacia el chiquero.

Retiraron al temerario jinete, le soplaron aguardien-

te en la cara, le introdujeron la cabeza en una tinaja y le sacudieron repetidas veces.

—No le hagan así. Llévenle a la posada, observó un compadecido, haciéndose obedecer entre el tumulto. Que le vea el doctorcito que está donde el cura, insinuaron.

La escena fugó casi inadvertida, porque otro toro hacía las delicias de los espectadores. Era de agilidad extraordinaria y corría como relámpago, sin acometer a nadie, asustándose y resoplando cuando veía algún bulto.

Un indio cruzó dos palos en el suelo, hincándolos lo suficiente, y les puso poncho y sombrero, simulando, como decía, un *cristiano*. Después de las provocaciones de los toreadores, se llevó en los cuernos el armazón, provocando general hilaridad.

—He ofrecido una colcha a mi amiguita, secretaba Paco Flor, al ver que un novillo, entre la admiración del populacho, se paraba amenazante, con la sedosa y emplateada gualdrapa en las ancas. Vas a relucir tu afición y coraje, le elogiaron Juan, Jacinto y Cristóbal.

Acercóse con brío, le dio algunos gritos provocadores, esperándole sereno. Sus lances y *verónicas* magistrales causaron delirio. En una de las arriesgadas suertes, le arrancó la colcha, y airoso la arrojó al rústico pasamano donde se apoyaba su enamorada que le envió un beso volado.

—Bravo, bravo, se desgañitan sus amigos, al unísono con el público.

Al felicitarle, bromean que tiene ganados una oreja y un corazón, detiéndense en charla que gasta términos raros, de modo que parece jerga. ¡Qué de tecnicismos del arte varonil de la tauromaquia que causa delirio al pueblo quiteño; qué de voces entendidas únicamente por los aficionados! Ilustran las citas a porrillo con anécdotas de los santos del toreo, de los que se cortaron la coleta, de los que se volvieron millonarios, de los astros y héroes de garbo principesco, más alabados que los viejos reyes de España. Refieren rasgos de valor a toda prueba, actos románticos, dramáticos, y cómicos, Salen a lucir hasta motivos de la ópera *Carmen* de Jorge Bizet, cuya pintoresca música, que evoca la animación hispana, tanto seduce. La discusión se acalora, se enciende con el épico tema de la "lid que sólo en España se acredita — de posible, genial y sin segunda", como en octavas dijera el viejo versificador taurónimo Tamariz de Carmona (Miguel Marcelo). Salen a colación las *cogidas* a famosos toreadores como Lalama, Barrera, Villalta, Niño de la Palma, Gitanillo y una legión que sabe temerariamente desafiar el peligro y ponerse con arrogancia a las puertas del sepulcro. El Gallito halla la muerte por el empuje de "un toro cornicorto de esos certeros", en frase recalcada por

Paco Flor. Antiguos y modernos son traídos como del torcido y encintado cabello que va hasta el cogote de los que visten de luces entorchados y lentejuelas. Como remontarse al diluvio, viene la arcaica desgracia de José Cándido, en el último tercio del siglo décimo séptimo, por ejemplo. No omiten las fechas de las alternativas ni los nombres de El Gallo, el Chicuelo, Carnicero, Joselito, Malagade, Pedrucho, Pepste, Zurito, Angelillo de Triana, Facultades, Lagartijo, Cagancho, Armillita —Chico, cuántos, cuántos, espadas, novilleros, becerristas, banderilleros.

No se olvidan de las acreditadas ganaderías y las divisas que adoptaron sus fundadores. Desfilan los bravos Miuras, las vacas de Murube, los sementales del Saltillo, la casta de Vistahermosa, los novillos de Veragua, la prístina vacada de Barrendero, los becerros del tío Curro Blanco, la "punta de ganado de 'as Niñas Pérez". —Recuerden que los toros de Juan Miura salieron por la primera vez a probar su pujanza en la lidia en 1849, con divisa encarnada y negra, después encarnada y lila y ahora verde y negra, si no me equivoco, pontífica Guardel. Se extienden a la crítica y personalización de la técnica en los ases del toreo, cuyo arte encumbran, casi dándole categoría de científico. Citan libros y periódicos tauróno-mos y hasta un diccionario de tecnicismos de no se acuerdan qué autor. No omiten a Antonio Cañero la "primera fi-

gura del torneo a caballo y el propulsor de esta manifestación de la tauromaquia". Con la ufanía del caso, no pudieron quedar postergados los ecuatorianos Chaleco y Marinero, conocido éste último en España, Colombia, Venezuela y otros países. Emocionante para ellos la lista funeraria. En una de las suntuosas corridas de Madrid halla la muerte Gavira, víctima de feroz cornada en la fosa ilfaca derecha; Pérales, en Valencia, a causa de las repetidas desgarraduras ocasionadas por Jardínero, toro asesino "que ha sembrado el luto en muchos hogares pues en su historia cuenta con 42 heridos y dos muertos"; y así Joselito el Gallo; así Félix Merino; así el picador Salmonete; así Benito Biencinto que no tuvo tiempo de embutirse en un burladero.

—Esto está muy conversado, corta Guardel. Vamos a tomar una copa por tí, Flor.

—Cambiamos ya de tema. ¿Visitamos a doña Rebeca y allí pedimos un trago?

—¡Qué diablos será de élla!. Está en el pueblo; pero no en la plaza. No hubiera venido ni rogada por Alfredo. Mucho recordamos a la teutona. Nadie negará que es guapa y que nos aprecia mucho. Es una dama chic, soberbia, de raros gustos. Huye de esparcimientos populares.

—Más me gustan sus hermanas, aunque prefiero a

sus primas Villacantos de la Roca, habla regocijado y en voz baja Jimés.

Salieron a familiar recorrido por el pueblo, mariposeando entre chullas y chagritas. Escucharon cariñosos y melosos agradecimientos de la poseedora de la colcha, que sorbía el seso al torero juvenil. Paco Flor ya estaba otra vez pirueteando en su brioso corcel, con vehementes antojos de sacar un lance a caballo.

Levántase insufrible polvareda. Asfixian tierra y arena removidas. Cáscaras de toda clase esparciánse en ese campo de Agramante que apestaba. Los huesos de aguacate causaron algunos resbalos, lo mismo que los desperdicios de plátanos. En la pila de piedra, siempre seca, están al contorno muchos mirones que se ponen en salvo cuando el peligro arrecia, subiéndose a la gran ponchera central, como monos o ardillas, entre silbidos penetrantes y provocadores.

—No vale el toro, que más parece buey de arada, censura la turba, ensordeciendo el espacio.

Llegaba más gente de los contornos y buscaba cada cual su acomodo para presenciar la fiesta, recurriendo a los conocidos para que les proporcionaran sitio cómodo, a fin de gustar del espectáculo.

Por todas partes menudeaban alcohol, guarapo y otras bebidas. Sin ellas, disminuían humor y coraje.

La borrachera se extendía, proporcionando valor a los toreadores. Muchos mozalbetes estaban ya «calentones». Valíanse o trazaban zigzags los indios. Algunos se revolcaban inconscientes, rodeados de la parentela que luchaba por llevárseles a sus cabañas. Mayor era el empeño de las indias por poner a sus chispas maridos a buen recaudo. La policía — cuatro gendarmes con garrotes — no se alcanzaba a cuidar el orden y apartar a los imprudentes. Los «chapitas» estaban medio zonzos con las atenciones alcohólicas de la camaradería. Imperaba la condición pacífica del pueblo, que huía de riñas y de escándalos, de borrasca y bronca.

El Teniente Político y el maestro de escuela, de brazo, diéronse una vueltita, deteniéndose entre sus amigos, sus comadritas y algunos huéspedes a los que aquél anhelaba agasajar, porque era obsequioso y *conversón*. Le tenían, aun sus enemigos, como portado. Cual para comprobación, sacó una limeta y su acólito una copa del bolsillo. Comenzó a servir un licor dulzón que recomendaba como buena mistelita a las hembras. A los machos les traigo un fuerte, porque ya sé lo que les gusta, insistía con amable mueca. Exigía que tomasen todo, hasta las *miseses*, como, por broma repetía para no decir heces. A las cholitas simpáticas les cogía suavemente de los carrillos como para comprobar que no retenían la mis-

tela en la boca y la arrojaban al escupir.

—No haga trampa, comadrita. Ud. es diestra para darme en la cabeza.

—Péguese no más con confianza un trago.

Tipo pintoresco era Carapacho, como sus viejos patrones le llamaban al Teniente Político. Había pasado por muchas vicisitudes. Era muy jugado. Vivió unos dos años en la costa ecuatoriana. En la sierra fue mayordomo, agricultor, comerciante, cantinero. Ensayó el negocio de ganado que engordaba para introducir al matadero. Parece que derrochó el fruto de su trabajo, en mujeres que le resultaron interesadas y de insaciable sed de dinero. Por deudas, por tramas o por enredos amorosos, que la causa no está clara, pues cuentan de cien modos ponderativos, lo cierto es que estuvo en el panóptico.

—Sí, pasé como cuatro años en el hotelito de García Moreno, recalcaba, sin ruborizarse, Pacho Carasil que, posponiendo, sin su sílaba última, el nombre al apellido, da Carapacho, como se le conoce generalmente. No me avergüenzo de haber estado preso. Verá usted por qué fué..... Y se desata en anécdotas heroicas y entretenidas, de las que el protagonista sale sin culpa.

La corrida seguía en todo su esplendor, entre la algarazara de la multitud, las risotadas por los lances humorísticos, las caídas y fugas despavoridas de la chusma to-

rera, inclusive muchachos que se mezclaban en todo y jóvenes forasteros venidos de la capital o de los pueblos vecinos. El sol tostaba a los que tomaban parte en la popular refriega y a la gente que no se había guarecido bajo los tablados o encima de los que tenían cubierta. Varios contusos retirábanse cojeando o rudamente escarmentados.

De pronto se levanta clamor ensordeciente. La muchedumbre se estremecía, gritaba, daba alaridos. Las mujeres se santiguaban o no olvidaban el Jesús, misericordia y otras exclamaciones. Algunos corrían sin darse cabal cuenta, creyendo que el toro había fugado del imperfecto redondel.

—Toro *desmanchado* o toro *juilón*, comentaban, pensando que se había desmanado. Bañosa y crespa fiera, de afilados y abiereos pitones, sacan con doble correa a la desigual plaza. Acaba de soltarse y arremete con agilidad y porfiado empuje. Un indio tambaleante, que por su ebriedad no acierta a correr, es cogido de lado. Cae al suelo, y queda como muerto, pesadamente extendido cuan largo era. Regresa rápidamente el amenazante novillo y se lanza contra el bulto que apenas respira, le escarmena con las temibles astas, le alza en vilo de una atroz cornada y sacudiendo por tres veces el testuz, se desembaraza del destrozado cuerpo al pie de una de las im

provisadas puertas de la barrera cercana al ángulo de la iglesia, y va a estrellarse con sordo ruido. El infeliz chorreaba sangre. El poncho, camisa y calzoncillos, en jirones cuelgan como flecos. El mechón de pelos de la hirsuta cabeza, empolvado, deja ver una mancha negruzca. La cara, pálida y terrosa. La sanguinolenta piltrafa, con los intestinos afuera, causa horror. El médico que le examinó pudo comprobar que la enorme herida era en la cavidad abdominal, comprometiéndole la región infraumbilical con salida del epiplón y de asas intestinales. Acudió coloradote el cura a bendecir el cadáver y murmurar preces. Las materias fecales apestaban. Confirma el diagnóstico el doctor Augusto Tinal que llega jadeante, dejando sabrosa parla femenina.

Agólpanse los indios y retiran al depedazado muerto. Quieren llevarlo a una choza cercana para velarle. Las indias se entregan a incesante lloriqueo, mezcla de canto funerario, de queja y de alarido. Apagan a veces la voz y zollozan; otras, el canto se vuelve más desapacible y melancólico. Con chapurreo de quichua y castellano tararean a su modo el elogio del difunto. Son comadres, parientes lejanas, vecinas, amigas que forman impresionantemente algarabía.

—Es símbolo de una raza proscrita de la civilización, que no se estimula, que no reacciona, que no aspi-

ra a su mejoramiento, observa el doctor Tinal que examinara el cadáver. Siempre la misma rutina, la misma dejadez, igual postración, insensible a estímulos y aspiraciones, como si los siglos no pasaran sobre ella. Ni los que poseen tierras y rebaños dan ejemplo de vida menos servil e incómoda. Descontando el aguardiente, consumen muy poco, determinados granos, de preferencia el maíz, algunos cereales como la cebada, hierbas y frutos de plantas como el nabo y la calabaza que denomina *zambo*. Producen perezosamente, agrega, para su fuero interno, el facultativo que ha palpado las degeneraciones biológicas de la raza en varios parajes del altiplano y en valles palúdicos.

—Oyen gentes ignorantes tus palabras pero, ni las entienden ni se preocupan de ellas, anota al pasar Carlos Mozqueta, que se esfuma como una sombra, sin duda por llevarle la delantera a Juan José. Este habría seguramente dicho a Tinal:

—Los menos tardos en historia, los menos palurdos defenderán a la postrada raza aborígen, poseedora de incomprendidas propiedades que necesitaron estímulo y educación; sobriedad, sufrimiento heroico, prudencia, desconfianza, todo envuelto en ingénita y primitiva filosofía que acentúa instintivamente su indolencia, su estoicismo, su resignada manera de adaptarse a lo más incómodo y

de conformarse casi con nada.

También habría pensado, en réplica al Dr. Tinal, que dicha raza fue remotamente sana, vigorosa, resistente a las grandes marchas, a las cargas abrumadoras, a las privaciones inauditas. No conoció enfermedades terribles que antes del descubrimiento de América, diezmaban a Europa, sobre todo a Italia. ¿De dónde los calificativos de mal napolitano, mal francés?. Después de que los españoles vinieron a estas desconocidas tierras, se deja sentir el azote que atacara al irreverente joven patricio Sifilo, por no haber respetado la magestad apolínea, según el sabio Girolamo Fracastro, poeta, geólogo, geógrafo, epidemiólogo, tal vez precursor de la bacteriología.

Hasta entonces, la sangre limpia, si envenenada por otros morbos, no se había mezclado con la virulencia degenerativa del *treponema pallida*. Exóticas dolencias, no estudiadas todavía, diezmaban al indio, ya el pian, ya la verruga peruana; pero no el gálico, pese a quienes afirman que fuera atacado uno de los pilotos Pinzones con el mal nuevo. Paludismo, fiebres tropicales, disentería, etc ; pero no el fruto del vicio había germinado en estas regiones. Necesitaronse la mezcla, el contagio, el látigo del conquistador, los trabajos agotadores en obrajes, chacras y minas, el hambre, la postergación social aniquiladora, para que la raza fuese degenerando, sorprendida en

su desenvolvimiento. Sin embargo, hay fecundas y templadas regiones ecuatorianas en las que el indio es, por contraste con otras, relativamente feliz, posee tierras y ganado, se baña continuamente, lava su ropa con una especie de jabón vegetal extraído del agave o *penco*, trabaja a su voluntad en campos heredados o adquiridos con su peculio. Así acontece en la provincia de Imbabura y sobre todo en la risueña Otavalo y sus inmediaciones, en las que el indio viste pintorescamente, con variados ponchos de lana de vivos colores y sombreros enormes y eternos, de lana apelmazada, teñida de rojo o de café oscuro; las *doñas* se atavían con mullos, corales, avalorios y monedas de plata, en serie de collares que cuelgan hasta el pecho o en manillas y brazaletes; dejan la sensación de limpieza personal, con la albura de sus bordadas camisas de tela resistente y sus *anacos* bien fajados, en sucesivas vueltas de la decorativa tira de hilo o algodón, que por la acostumbrada abertura de ellos dejan contemplar la piel bronceada, la enagua almidonada o el lavado camisón.

Se hubiera sorprendido de que el Dr. Tinal, en cuyas venas circulaba sangre india, no buscara atenuantes para sus mayores. Su verdadero apellido era Yanato, hijo del *lobo negro* Lucas Yanato, en una chagrita blanca, descendiente de un *gringo* que como un meteoro pasara por esas lejanías.

—¡Jesús! ya le mató el toro verdugo, aullaban cholas e indias.

Llamáronle la atención al enfurecido bruto por otro lado. Un diestro chagra le enlazó y, asegurado en un poste, le fueron tirando de la veta muchos comedidos. Cuando estuvo indefenso, le clavaron dos banderillas primitivas de carrizo y soltaron al cornúpeto una vez retirado el cadáver. Bufaba el animal sintiéndose herido. Tanto le hostilizaron y cansaron, que la chusma logró asirse del rabo. Le tumbaron varias ocasiones y le convirtieron en ludibrio. Fue el *toro de la oración*.

Rabiaba Carapacho, temiendo que suspendieran las corridas de los otros días.

—No me dan escolta suficiente. Yo no me alcanzo. Son testigos de que he hecho guerra a los borrachos. A mí me han de echar la pedrada.

—No es culpa de nadie, repetían en coro los agentes del orden y seguridad.

Reconocido al que yacía junto a una tapia, ve el Teniente Político que era el indio Changalpa (pierna de tierra) Si ya estaba bruto y sordo por el aguardiente, sentencia. Congrega a ocho indios, les quita los ponchos, les reprende sin motivo y les ordena que lleven el cadáver a Quito, al anfiteatro del hospital o la morgue. Manda que fueran remudándose y que, entregado el oficio, contaran lo

que habían visto ¡Lo que dirán los periódicos!

Las sombras de la noche cayeron, como pesado jergón, sobre el pueblo enfiestado, que no tenía bombillos eléctricos. Uno que otro farolito alargaba su ojo luminoso en las tinieblas. La concurrencia se había poco a poco evaporado. Quedaban solamente los que bebian en las chinganas, tenduchas y corredores en los que, a modo de tabernas improvisadas, se ostentaban botellas de chicha, *limetas* de aguardiente, frascos de limonada. Se comentaba la corrida, calificándola de magnífica, porque el ganado había sido estupendo. No sólo el indio Changalpa despedazado, sino el gran número de contusos y heridos, son testimonio de que la fiesta ha gustado. A mayores desgracias, mejor el éxito.

En la adornada tienda de las Chiripollas, que lucía farolas y festones de papel, estaban *llenecitos*. En media calle, frente al establecimiento, un grupo de indios repartía *puro* en un frasco verdoso.

—Ricos toros, caracho. Parecen antizanas y pedregales, era la sentencia popular. Tres provincianos pugnaban por la preferencia de un coche contratado; pero el auriga se resistía. Querían embarcar a Dumas que estaba completamente *chumado*. Castelarillo le reprendía por que se propasara en la empinada del codo. Había perdido el sombrero. Se dudaba de que le robaran el reloj o

lo empeñara, aunque allí no habían *contadurías*, como denominaban a las agencias de préstamo o casas de retroventa, en memoria de Tomás Contador, un chileno que por primera vez emprendiera tal negocio en Quito.

Asoma Felipe Marcol, que realizaba alguna mercadería en el pueblo, comestibles, bujías que decían *espermas*, caramelos, cigarrillos, etc. y ayuda a embarcar al más ebrio del conciliábulo de provincianos, clientes y amigos del negrito, como le llamaban cariñosamente.

El tropel de jinets regresó a galope. Dieron media vuela los carruajes. El cuarteto de cachifos comentaba: —«Habrà que ver el parte oficial del charlatán Carapacho. No he conocido un sujeto más fanfarrón. Es vivísimo. Explota el carguito y le hace producir como un banco, ¡Así son las barrabasadas que cometel Le llueven los obsequios, se traga el valor de las multas e inventa contribuciones. ¡Qué haría sin ese pie de altar?; se interrorra a solas. Miente sin escrúpulo. Se queda fresco hasta cuando calumnia. Adula a los de afuera. Manda a Quito frecuentes *agràditos* a las autoridades.

—¡Qué barbariel! ¡Qué barbariel, iba canturrrando Carlos Mozqueta, como si tararease algún aire de opereta.

Dibújase en la penumbra de un zaguán cercano al

puede la silueta de Alfredo Farín que da instrucciones a un muchacho que lleva ventrudo canasto de licores y comestibles. Se dirige a la casa en que se hospeda doña Rebeca con su familia. Alcánzala a ver la rubia desde la ventana de la quinta y sale a su encuentro. Osculos y abrazos efusivos dan al recibimiento la emoción erótica de dos corazones que palpitan al unísono y dos cuerpos que se estrechan en la sombra, como en cita de amor, en un poblado que aflora deleitosas bacanales, después de la jornada tauromáquica.

EN LA TABERNA

El Teniente Político, circundado de parientes y amigos, causa asombro, en su casera tenducha, por la natural facundia que gasta. De vez en cuando le interrumpe el maestro de escuela, sensato e instruído, pero "débil de carácter para rehuir las copas".

La autoridad vuelve a lamentarse de que el indio Changalpa le hubiera "hecho quedar tan mal". Ese infeliz era algo acomodado. Tanto *pasar fiesta* quedó en la miseria. A mí mismo me vendió la última yunta de bueyes. La casucha que daba al carretero tenía hipotecada en un bicoca. El abogado se tragó todo. No se qué haría los borregos. Viudo de la Madaco, se casó con *doña guapa* que le quitó el mayordomo de Chichimula. De esa pena se dió a la bebida el pobre que ya descansa.

Los hijos tuvieron fin desastroso. El Melchor murió de un puntapié que le diera su patrón, por cómplice en el rodar intencional de una vaca machorra para comerse. Pero dicen que el guambrón, que era de ñeque, le cobijó a su amo un asialazo tal en la cara que casi le deja tuer-to. No se han fijado en la *fiera* lacra de don Carpio? An-duvo escondido hasta que el hacendado finjió perdonar-le. Volvió al fundo. Pasaba mohino. Un buen día el patrón propala que había dejado morir al caballo que es-tima y revólver en mano le encierra en el cuarto de guar-dar alfalfa en donde le estropea hasta cansarse. El melchor falleció con cólico miserere, contaba a todos. Era un indio muy ágil, aunque pícaro. La longa Encarnación, jovencita murió de parto, porque ocultaba su pecado a Changalpa, negándose a declarar que el fruto de sus entrañas era de un blanco. Le atendieron unas comadres ignorantes y desaseadas que curan de manera bárbara, a falta de pro-fesoras de obstetricia. Le vino atroz infección. Las cóm-plices opinaron que había sido *ojeada*, superstición muy extendida.

—A la pobre le han hecho el *mal de ojo*. Ya era tarde para *darle la contra*, sostenían ingenuamente.

Al longucho Juancho, que continuamente jugaba con los niños de la hacienda donde era huasicama, le des-cargaron las municiones de una escopeta en traviesa ca-

cerfa a la que les acompañara. Blanco de las jugarretas y caprichos de los desalmados patroncitos, tuvo triste desenlace. Propagaron que por inadvertencia se había herido él mismo.

--En la niebla nada se veía. Al pasar por un charro, una rama movió el gatillo que había estado en peligro. Pobre *longo*, narraban los mozalbetes.

Sólo vive en poder de la familia Cárdetas, en Quito, una medio muda que ni el nombre sé. Apenas recuerdo de su gran coto (bocio).

Entraron a la taberna el indio arpista Chinaluisa, algo cegatón, y el tocador de guitarra que andábase husmeando en donde había diversión para introducirse hábilmente. Toca, "Panta'ón", la vihuela, ordena intencionalmente el Teniente Político; pero primero *pégate* una copa, de la que te gusta. Con ésa matas el gusano y ésa te espera a la oración.

—No exagere, mi jefe, acaso soy *consedulario* ni como el arpista Chinaluisa. Quería manifestar que no era ebrio consuetudinario.

—La prosa que exhiben esos gamonalitos *hechizos*, balbuce el maestro.

—No diga eso de mis patrones, reconviene la autoridad de aldea, al ver que se marcha el cuarteto precedido por Paco Flor, al trote de sus herradas caballerías. Les

he servido desde asicito, (señalando con la mano media vara desde el suelo) explica el Teniente Politico. Conoci a sus padres que me trataban bien, *lo que es he de decir*. El cargo que ahora tengo lo debo al patroncito tan alhaja Escuder, que irá al cielo derechito cuando estire la pata, y no es desearle ninguna *inconveniencia*.

Habló con su compadre ministro y en minutos me consiguió el empleo, porque le acompañaron también cuatro diputados. Yo mismo fui a hacer dejar en su casa una mula de papas que, entre paréntisis, fueron de las que sembré al partir. ¡Qué papotas! Hubieran visto! Eran del viejo Pungopotril que años estaba arrinconado como heladero. Pereza nada más de no trabajar esas tierras, que son una maravilla.

—Con razón, porque milagro habría sido que regale nada, saltó por ahí un chagra. Se parece a mi patrón que vendió una quinta que tuvo casi botada cerca de Quito, porque se quejaba del gasto imprescindible del coche, pues sus hijos no querían ir a pie, menos con unas alpargatas que les había comprado.

—Mi patrón Escuder es soltero y no ha sido miserable nunca. Al hijo que tiene en la Piedra Negra no le falta nada, aunque no se anima a reconocerle por miedo de que la abuelita le desherede si se entera de esos líos, porque la vieja es muy beata.

—¿Y cómo al hijo que adquirió en la chola Bernardina le dejó morir de hambre?

—Tampoco es cierto, porque si le echó de la hacienda a la Bernardina o *Mamaquina*, como le decimos, fue por haber vendido la vaca torta y cuatro borregos sin consentimiento del patrón. Antes ya había dispuesto de dos cerdos que los ferió casi regalado a la comadre Chaquina que vende fritada cabalmente en la tienda del frente.

Entre copa y copa, prosiguió el diálogo, mezclado con risotadas y observaciones burlescas de los circunstantes que iban aumentando la compañía, porque debían algunos favores al Teniente Político, que le secundaban y a su turno le obsequiaban.

—Que les parece, saltó uno, el patrón Jimés quiere que mañana mismo le dé dos mil sucres a cuenta de la sementera que le negocié. Así no es el trato. Creo que está muy endeudado. Tiene hipotecados tres fundos.

—¿Será jugador don Juan?, interroga un *veterano* que acaba de entrar y oye la animada tertulla. Abraza al Teniente Político y da palmaditas familiares en el hombro del institutor. Es el viejo Puma qua algo busca y se hecha al colete una buena copa.

—Nada de eso, replica la autoridad. No le descue-
ren a mi compadre. Lo que pasa es que su difunto papa-

cito le dejó clavado con muchas deudas, pagarés vencidos y otras obligaciones. El, sí, jugaba con furor. La patrona Carmelina, que ha de estar en el cielo, sufría mucho. A-vejentó pronto. Cuando le llevó la pulmonía, parecía tierra. Perdió a la pinta las joyas de la esposa, vendió por lo primero que le ofrecieron una partida de reses. Hasta los dos caballos de estima le ganaron en el club. Cuando quiso más plata, la patrona le negó. El disgusto fue *macanudo*.

— Esto le había causado la muerte, me contaron, salta el recién llegado, con aire misterioso. De la cólera le había dado ataque cerebral.

— Oigan, aquí en confianza y que nadie nos escucha, musitó Carapacho, ronco ya por la incontenible parla y el aguardiente que ingería, les voy a revelar un secreto; pero que no me descubran: el patrón grande Belisario Jimés, al que cariñosamente decían niño Belito, se suicidó. Al ruido de la detonación corrí por la azotea y entré de sopetón en su dormitorio. Caracho lo que descubrí: un bulto tendido en el suelo, medio de lado y lleno de sangre. Todavía el revólver humeaba y no se desprendía aún de su mano derecha. Estaba el rostro amoratado y se le había zafado la una zapatilla. Parece que enloquecido levantóse de la cama en pelota. La camiseta manchada, sobre todo en el puesto del corazón. En el ve-

lador encontré varios frascos y uno de coñac gastado hasta la mitad. ¡El susto en que me vi al avisar a la patrona! Me indicó que callara. Me hizo jurar que no avisara a nadie. Le lavamos y le metimos en la cama. Se corrió la voz de que estaba de muerte y luego que la apoplejía le había matado. Un médico de la familia certificó sin mayor dificultad que le trajeron enfermo de la hacienda; pero que la muerte había sido súbita.

Brillan los ojos de la autoridad de aldea, iluminados por la alcohólica llama. El aguardiente que ingiere parece exaltarle más, inspirándole escenas fantásticas.

Ninguno de los contertulios se atreve a desmentirle. Les sugestióna el miedo, porque se las da de matón; pero en la cara se puede conocer que desfigura la verdad. Intenta cambiar de tema y algo quiere esbozar en contra de la maestríta Toya Nara; pero casualmente penetran a la tenducha en busca de cigarrillos algunos mozueros de Quito amigos de la directora y parientes de las profesoras que la acompañan.

No acierta a reanudar la anterior conversación, y sin acordarse de que se contradice, agrega:

—El disparo, en resumidas cuentas, no fue contra las sienes ni el corazón, sino al tumbado, por amenazar a su mujer, para intimidarle, a fin de que no le niegue el

dinero que implora para saldar su deuda de honor. Para ayuda de costas, hasta había firmado un cheque en falso, balbuce.

El guitarreo incesante, tamboreado y palmoteado, se apaga entre el murmullo de la taberna henchida de gente, las toses, el templar del arpa que se dispone a tocar el indio Pascual, las risas que parten de un rincón, los suspiros del otro.

En esto penetra de rondón, como si cayera una bomba, Sancho Vera. Averigua por Jacinto Guardel.

—He tenido que regresar casi de medio camino, porque le necesito urgentemente.

—Ya se fue a Quito, dale razón el Teniente Político. Vi que el viejo satírico Tomás Puma le entregó unos papeles que metió al bolsillo.

Levántase tambaleando, y llegándose al oído del comandante, le confía este secreto:

—“El patroncito Jacinto no ha de haber avanzado hasta la ciudad. Búsquele a la entrada de la vieja casa de las Maimundis. Allí ha de estar tunando.”

—Ya pasó por allí, ruge furioso el militar, quemado por los celos y empujando a Carapacho. Suelta sa-pos y culebras por esa boca. Parece recapacitar y agrega:

—El caso es que el mujeriego y farsante, recóncholis, se ha vuelto humo, junto con la morenita que iba en

mi coche en unión de mis demás amigas. ¿Les alcanzan quizás a ver?, inquiría a todos, ciego de ira.

Otra vez levantóse Carapacho y llevándolo a un rincón le estuvo pidiendo señas de la morenita, porque tenía noticias que se había raptado una muchacha que podía ser la misma y que la guardaba en una quinta de un barrio que decían *ciudadela*.

—Dígame, jefe, no es de naricita perfilada, más pálida que morena, de grandes ojos negros y con un lunar en la mejilla?. Viste de negro, porque no hace medio año que se le murió la madre. ¿No es alta, espigadita, con un diente de oro?

—Basta, basta, es la misma, gruñó Sancho Vera. H: cometido una plancha metiéndole al coche casi a la fuerza. Sin duda por no escandalizar nos ha acompañado unas cuantas cuadras y como paré en la cantina del Mocho a tomar cerveza, allí desapareció la moza.

—Más vale así, replica satisfecho Carapacho, porque el patrón Guardel es vengativo.

—No me vengas a mí con tales temores, contesta con un taco Vera. Yo soy muy hombre y me limpio con los valientes y más si son noblecitos.

—No ha sido por ofenderle. Sabrá que por herencia les viene ser alevosos. El padre mató a seis indios. Así cuentan, yo no he visto; pero sí me consta que el patrón.

cito Jacinto macheteó a cuatro y después les trajo a mi despacho para que los juzgara y metiera al calabozo. Tras cuernos, palos. Tanto martirizó a sus peones, que los indios se levantaron en la provincia, le amarraron y ya le ahorcaban. Otros más vengativos fueron del parecer de matarlo en el camino y dejarle colgado a un árbol de la carretera. Mi compadre Crisanto había telgrafiado a la policía para que, con urgencia, mandaran una escolta. Esta encontró a la indiada en el camino, en circunstancias apremiantes: había hecho alto y atándole al cuello la soga, ya escogían el árbol para colgarle. La escolta hizo fuego, hirió a seis indios y libró del suplicio al patrón, que estaba más muerto que vivo, por los bochornos y estropeos que sufriera. Pero ni esta lección le ha enmendado: sigue cruel con jornaleros y campesinos. Sólo a mí me oye cuando le cuento que le han jurado matar y que no se arriesgue por la montaña cuando va a su hacienda más distante. A veces le he acompañado tarde de la noche. Una ocasión templaron una cuerda. Por poco no rodamos con los caballos. Disparó al aire. Yo perdí el sombrero que se fue al abismo. El patrón en la hacienda me regaló uno muy fino de paja.

El cantor era veterano en coplas e improvisaciones que aludían a la concurrencia, adulaban y herían, denigraban a las mujeres, se quejaban de terquedades y me-

nosprecios. Rompió así la ristra de versos populares:

La chola que está bailando
ya no tiene una peseta,
por esto le estoy rogando
que conmigo no se meta.

Pero, chola interesada,
se pega a este fiero mudo,
con la gánita porfiada
de dejarme al fin desnudo.

El que se enamora no hurta,
dice el político Pacho:

para que pronto le surta,
ya se está haciendo el borracho.

Que le den cuerda y le han dado
al aguardiente, qué dicha.

¡Viva el puro, el anisado,
viva el amor y la chicha!

Resuenan palmoteos rotundos. Celebran los gracejos y las alusiones personales. El tenor de trastienda; o mejor dicho el barítono, sentíase orgulloso, relamiase de gusto y acariciando sus cerdosos bigotes se quejaba de que su garganta no era de palo ni la había torneado un carpintero. Plagiando a la conocida copla popular, reclamaba antes un trago para continuar cantando y endilgando pullas y gracejos. Propasábase a ratos en sus cantares picantes, de doble intención y hasta obscenos.

Bailaron con algún donaire algunas chullitas que fueron atraídas por las fiestas populares, principalmente

por la corrida de toros, y se habían quedado a correr el albur.

—¡Que vivan las parejas! ¡Que se suelten, que se separen! ¡Con quitadas!, eran los pedidos más frecuentes.

Escuchando la general solicitud, lanzáronse algunas parejas a las agitaciones de la danza suelta. Las hembras, pañuelo en mano, y recogidos con la izquierda graciosamente unos centímetros del traje, sonreían provocativas, movían con donaire la cabeza y variaban el menudito zapateo al són de la música de una *alza* movida y sensual.

Entusiasmado el público pedía un *sanjuanito*.

Entró entonces en acción el arpa. El indio Pascual cantó unos versos tristes y monótonos. Muchas de sus expresiones eran quichuas. El martilleo inacabable, el sonsonete rudo, desesperaban.

RECUERDOS SOMBRÍOS

Despliega Toya Nara sus recuerdos. Desfilan por su mente las sombríos cuadros de una vida profanada al comienzo de su vía crucis en el magisterio. Se estremece al traer a su imaginación la vista del ingrato pueblo ya lejano: una calle estrecha y muy larga, salpicada de casuchas y cabañas, que era la principal, a la que, más que pomposa, vulgarmente denominaban calle real. Dos o

tres callejuelas que la cortaban. Por todas partes tapias derruidas, cercas, barrancos solares descuidados. Una plaza surcada de ondulaciones, en la que pastaban asnos y cerdos. Viejos corredores bajos, cuatro casas de alto, una iglesia humilde de aplastada torre. Eso era todo. Fresca la eternal ausencia de su madre amada, mozos audaces conspiraron contra su honor, confabulándose después de los exámenes, a los que acudieron, además del elemento oficial enviado por la superioridad escolar, las familias del pueblo, varios chagras de los contornos y algunos hacendados.

Como con una nube de tristeza se empañan sus ojos ante la ruda reminiscencia. Pónese a llorar quedo, muy quedo, Después de la comedia infantil, de los cantitos, loas y recitaciones, la humilde salita fue desalojándose. Aplaudía la concurrencia, satisfecha del aprovechamiento de sus hijos, pero unos pocos mostraban descontento y rumiaban su rencor. Propalaban que la maestra laica era atea, que no les enseñaba a rezar a los alumnos y alumnas, y que el plantel era mixto. Las pruebas escolares dieron margen a la promesa del visitador y comisionados de que informe y votación serían magníficos. Quedaron únicamente los invitados, para ser atendidos a la medida de las proporciones de la maestra. No faltaron los cuyes y gallinas y las chichas de arroz y morocho expresamente

preparadas para la fiesta, terminada la cual, y después del ligero baile, la concurrencia despidióse un poco antes de la media noche. Toya Nara quería descansar de las fatigas desplegadas en el laborioso día.

Donosa criada le acompañaba. Era Manuela Amuño una chagrita joven y robusta, regordeta, provocativa, que había cobrado cariño a la institutora. Nada boba, ayudaba a cuidar algunas veces a los chiquelos. Su aspiración era llegar a ser profesora auxiliar de alguna escuelita, rindiendo examen para obtener título de tercera clase. Amuño dormía al pie de la cama, como centinela de su patrona. Pronto el silencio fue completo. En la lejanía, lamentos lastimeros se confundían con otros más apagados. La sirvienta pasa el cerrojo del enrejado portón, da un vistazo a las cargas de leña del patio, cerciórase de que la puerta de la cocina está amarrada, atranca la puerta del dormitorio y se tiende a dormir. Tres tipos borrachos, los de la confabulación, hacían tiempo en la talerna de la plaza, hasta que avazara un poco más la noche y ni alma viviente cruzara por la aldea. Regresan donde la maestra con *parque* de refuerzo, según decían de las botellas de cerveza y aguardiente.

Fracasa el deslizar el pestillo del portón de reja, por los barrotes que protegen el cerrojo. Por la tapia salta el más ágil fácilmente y desde el interior les abre la puerta, que la cierran con cautela. En puntillas llegan al dor-

mitorio de Toya. Golpecitos menudos se repiten. Silencio absoluto. Golpes más recios sustituyen a los primeros.

—Toyita linda, bonita, ábranos y acépte una copita, se insinúan de afuera.

—Niña, niña, recuérdala Manuela.

—Si todo he oído, le murmura. Misericordia, ¿qué hacemos? Mejor es no contestar.

—Abra, ricurita, y no nos desprecie el último vasito de cerveza.

Nota la asustada pareja que la puerta va cediendo. Apenas la maestra tiene tiempo de saltar de la cama y vestirse. El empuje de los tres, ofendidos y encaprichados por lo que consideran desaire, es más recio. Cede la tranca de la puerta. Penetran en tropel. Se disculpan. Se humillan. Llenan una mesita de botellas.

—De gana se asustó. No queremos sino brindarle una copita, abusando a la simpatía que nos inspira. Nos acepta un trago y una cervecita y nos largamos.

Toya se resiste a beber. Menudean porfías y ruegos, chistes y mimos. La consigna es embriagar a Toya y Manuela.

—Somos caballeros, no desconfíe. Venimos a reiterarle nuestras especiales felicitaciones por el brillante éxito de los exámenes. Justo que ahora se *chume* un poquito y que descanse tranquila. Ya vamos a marcharnos

La exigencia de los tres tipos quebrantaría una roca. Paulatinas las libaciones, acrecientan con habilidad. En su interior la maestra se propone librarse del peligro acudiendo a la boadad e invocando la gentileza, la decencia de los mozos, que balbucen.

La resistente Amuño no se ha embriagado; pero finge estarlo.

Sale uno de los de la infernal trinidad y llama que do a la criada.

—Manuelita, oye una palabra.

—Mande Ud. ¿qué necesita?

—Quiero que me hagas un favorcito.

Llévala al rincón del corredor. Algo le ruega en voz baja. No es fácil la batalla de se lucción. El sátiro la sujeta los brazos por detrás y poniéndole la rodilla en la espalda le arroja al suelo. Forc jea, pateo, da alaricos intermitentes, porque el jayón le tapa la boca. Muchacha vigorosa, la defensa es ahora a mordiscos. De pronto cambia de táctica. Simula ceder por un momento. —No por la fuerza, mas ti fatigosa. No contra mi voluntad ni aquí, porque nos pueden ver de la calle los arrieros que suelen madrugar. ¿No ve los claros de las rejas? Vamos a la cocina. Allí es muy distinto; allí accederé.

Llévala asida del brazo.

—Suélteme, suélteme sin temor hasta abrir la puerta que está amarrada. Después de un momento en que

se le ocurre una idea salvadora, abre de golpe la puerta y empuja con increíble destreza al jayán, que va a caer de bruces sobre unas ollas por el recio empellón. No puede impedir que cierre al punto la puerta Manuela y, con rapidez increíble, la amarra fuertemente. Así asegurada, cogi un tronco de leña y corre en defensa de su patrona.

En el interior de la habitación, a medias alumbrada, la maestra luchaba con todas sus fuerzas, se resistía, en vano intentaba desembarazarse de los dos tipos que le sujetaban como con tenazas. El uno, tomándola de los brazos, con los mismos de Toya y los suyos sostenía un almohadón que le había puesto en la boca para que no gritase. Tendida cuan larga era sobre la cama, el otro le apretujaba las piernas contra el colchón, impidiendo que las cruzara. Casi sofocada ya, no se oían ni sus lamentos ni las voces de angustia y llamadas a Manuela. De pronto, amoratada, exámine, calla.

Entra furiosa Amuño blandiendo la astilla. Arremete contra los dos bandidos, que fugan amedrentados, creyendo que Toya había muerto de asfixia. En efecto, la infeliz maestra no daba señales de vida. Los estacazos tremendos continuaron hasta la calle, en la que a gritos se puso a pedir auxilio. Dos chagras que a la sazón pasaban con sus cargados burritos para la feria, porque ya era la madrugada y los cantos de los gallos anunciaban el amanecer, persiguieron a los pícaros y les cobijaron con sus

aciales yendo tras ellos hasta buen trecho. El encerrado hacía esfuerzos por salir; pero la ennegrecida puerta no cedía y la borrachera no le inspiraba otro recurso para fugar.

—Vamos donde el otro sinvergüenza, puerco, pedía a los arrieros Manuelita.

—Dónde está, donde está patroncita, inquirían los chagritos.

—Lo tengo asegurado, como raposa en trampa.

Regresa Manuela de la aremetida a esos malandrines, en unión de los arrieros. Abre la puerta amarrada. Del fondo oscuro se destaca un bulto que arremete al principio y pone después los pies en polvorosa, sin tiempo a evitar que lluevan sobre él estacazos de leña y zurriagazos furiosos. Paliza y azotaina saludables, decían a su modo los chagras.

—Hay que poner un *escalmiento*, por escarmiento, rumorean satisfechos de haber prestado ayuda a patrona y casera. Nos vamos no más, porque los burritos han *pegado* lo delantera, no sea que esos chullas se venguen, pero ya están pasando más paisanos, con los que les hemos de hacer *chuchuca*.

Silencio en el dormitorio después del sonado castigo. Manuela ve un cuerpo inerte con los brazos colgando de la cama, la cabellera desgreñada, acardenaladas las piernas por los pellizcos, apretones y estrujamientos; des-

garrada la ropa interior.

—Se ha desmayado o creo que se ha muerto, grita asustada Manuela, entre gemidos. Desespérase la muchacha, levanta la cabeza de Toya, la escobilla, le da aire, le agita los brazos, le acerca a las narices un pomito de agua de Florida que encuentra en la mesa. Entre sollozos cortados, le tiende en el lecho, le cubre con las sábanas, le moja la frente con un paño. Maldice a los perversos.

—Está heladita y con los dientes remordidos, observa monologando.

A la desesperada, toma una palangana e introduce en el agua fría las manos de la inconsciente y las seca con cuidado. Mientras le atiende, está reconstruyendo en su memoria lo que acaba de acontecer, inclusive el castigo a los perversos y las consecuencias que sobrevendrán, temerosa de los influjos y compadrazgos que se pongan en juego.

—Todo ha de quedar impune, recapacita meneando la cabeza y con gesto despectivo. Conoció al que intentó ultrajarme: es el primo del que le llaman el señor visitador escolar. Malencarado y repugnante, ha sido hasta tonto. Logré engañarle, porque estaba *jumo*. De los dos que aquí se quedaron, el uno fue el mismísimo visitador y el otro el *futrecito* que cada año ayuda a examinar en varias escuelas, según me ha contado mi her-

mano que estudió cuarto curso en el Instituto Normal. Por lo pronto, ya llevaron su merecido, aunque las autoridades se hagan de la vista gorda.

Solicita redobla sus atenciones y consigue que vuelva a sus cabales su tan querida maestría, ingenua y apacible de genio.

Como una cinta confusa, como un relámpago siniestro que se apagara al punto, destella por la mente de la institutora el ingrato recuerdo y se proyectan sus pálidos pormenores. al pasar revista en su espíritu a su primera, fugaz y trágica época de magisterio, cuando era muchacha inexperta e ignoraba hasta donde alcanza la maldad humana. No olvida que el escándalo fue fenomenal, que interpuso su queja al Consejo Escolar, que le apoyaron algunos padres de familia, pero otros demostraron punible indiferencia, que le cambiaron de escuela, que el pueblo al que le trasladaron fue menos desolado y hostil, aunque palúdico.

Estos borrosos cuadros veníansele a la imaginación, en tanto que bailaba cadencioso valse y oía los mimos de los farristas que halagaban su vanidad con hiperbólicos piropos.

—El más racional, aunque *charlón* es Manuelito Himaya, conjeturaba en su interior, sin borrar del todo la ingrata huella de esos negros días.

Comenzaba a despuntar en su espíritu el alba del

amor, disipadora de las sombras del pasado; pero columbraba todavía muy sombrío su porvenir de maestra rural, rodeada de gratuitas malquerencias, de rudas incompreensiones, en la estrechez de la aldea intolerante, implacable en sus pobres conjeturas.

Castelarillo me ofrece escribir. ¿Se repetirá la oferta que me hiciera el hacendado de marras que vio frustrados sus planes de conquista y engaño, deslumbrándome con su dinero?

¡Incierto porvenir de las que luchamos por el pan!, murmurara quejumbrosa ahogando un suspiro, en tanto que la música criolla, le acaricia con sus aires que le causan embriaguez melancólica y sedante.

EL SERENO

Eran muchachos de provincia, ingenuos algunos, jugados otros, que formaban compacto quinteto. Estudiaban a duras penas, por falta de recursos y sobra de tentaciones.

Dumas le decían a Roberto Humatu (corrupción quichua de cabeza) por su enorme testa y su afición a novelar. De vez en cuando sus padres se acordaban de ayudarle con algo, porque eran pobrísimos. Para que el hijo, en el que cifraban su porvenir, iniciara sus estudios, habían vendido algunas tierras— baratas en el rincón al-

deanó— y el ganado menor del que nada quedaba. El pegujal restante era cultivado para la diaria mantención. Humatu, padre, se había empleado de mayordomo en desapacible hacienda de páramo y esto por recomendaciones de su compadre Carapacho.

Cursaba leyes Manuel Rimaya, al que tal vez la manía del discurso le mereció el bautismo de Castelarillo. En muchas ocasiones hacía frente a los gastos de sus amigos. No se le conocía antecedentes. Su vida era un misterio. No sospechaban sus camaradas que le gustara juegos de azar, porque las noches toledanas hubieran acudido a garitos en su compañía. El empleo que consiguiera le duró poco, porque no podía servir a dos señores. Se mostraron exigentes los jefes de oficina. De repente le llegaba alguna encomienda: fruta y dinero, de los que daba buena cuenta, pero nunca franqueándose con los que estaba obligado por la confianza. Barruntaban que era hijo de algún rico de la costa, casado y comerciante, que en sus macedades tuvo enredos de faldas en alguna ciudad del interior de la república y adquirió a Manuelito, por lo demás muy querido. Por algunas cartas sacan en limpio que los recursos le envía su prometida que en el pueblo quedóse esperando que se graduara. Goza de marcada reputación de inteligente en la tierra. Por arte de birli-birloque sale, en una de la trastadas políticas electorales;

diputado suplente y asiste unos días a la cámara joven.

Pablo Atalpa sufre repetidas bromas porque su apellido significa gallina en lengua aborigen. No conoce a sus padres; pero estudia en virtud de la protección de su viejo tío; cura *platudo*, que por más de un cuarto de siglo reina en una feligresía de indios que "adoran al amo cura", no escatimando obsequios ni dinero ni frutos de la tierra, además de lo que le producen matrimonios, entierros y otras rebuscas de su ingenio, con la honrada ayuda de esos millares de feligreses emponchados. Algunas veces convida a sus amigos a pasar en el productivo cantón a costilla de su tonsurado benefactor.

De Lucho Villo se charla que experimentó ineluctables aventuras. El mayor de sus compañeros, ejerce cierto dominio sobre ellos, no por la palabra como Himaya, sino por la fuerza hercúlea. Afimándose su padre con los pies e inclinándose para atrás, detiene con el lanudo cabestro al toro que forcejea. De un soplamocós resuelve cualquier diferencia estudiantil, como su antecesor, desde chicuelo, en la escuela rural. El autor de sus días, un chagrote, célebre por su brutalidad, se bate solo contra labriegos de montaña y los deja mal trechos. De un puntapié había muerto a un indio que se insolentara. Por este acontecimiento y por haber pegado en rápida riña a un rico de influencia un leve bofetón, por reclamo de dine-

ró, tuvo que pasar muchos años en el lejano monte, escondido de la justicia. No pocos estacazos recibió a traición por venganzas contra sus tiranías. Anda con el sombrero metido hasta las orejas. Su afán, cubrirse parte de la frente afeada por deforme lacra. Aseguran sus paisanos que la huella que le quedara obedecía a una marca de hierro candente por tentativas de abigeato.

--Le pusieron *fierro* como a *guágra*, parlaban sus chagras conterráneos.

El último, Adolfo, de apellido Ucucha, el benjamín de los muchachos, estudia medicina. Su padre seguía la misma carrera, pero la trunció por partirse al oriente ecuatoriano formando parte de una expedición. Por un amigo que le ponderaba los lavaderos de oro de los Pactolos que arrastran arenas auríferas, se queda en la selva. Allí, viviendo entre jíbaros aprende a reducir cabezas, que las vende con mucho sigilo, de contrabando. El procedimiento no era perfecto, pero las *tzantzas*, muy solicitadas por los extranjeros, despertaban el celo de las autoridades. A la sazón Adolfo se hallaba enfermo. Aficionado a la pelota, el aplaudido deporte popular, muy de la serranía y ganador de premios provinciales, ha recibido en su aldea del rincón de los Andes un recio golpe en la cabeza que le dejara atontado algún tiempo. Temióse grave conmoción cerebral. De vez en cuando recrudecen los dolores, le

sofoca intermitente fiebre cilla y a ratos queda helado. lo que le obliga a castañetear. En opinión de su amigo Tinal, es forma palúdica, que en el campo llaman *fríos*. Un riachuelo junto a su casa forma algunos remansos. El verano estanca más esas aguas putrefactas. Criadero de mosquitos y zancudos, seguramente por estos vehículos, era amenazante foco de paludismo.

No olvidaron los cuatro amigos, desde la víspera instalados donde la maestra de escuela, cuyas profesoras eran morenitas de rechupete, cuando en aquella ocasión se dispusieran a quedarse a los toros, las atenciones y buen trato en aquel pueblo csi siempre tan tranquilo.

El *chutacuero* condújeles a las afueras del pueblo. *Chuchaquis* asistieron a la segunda tanda de toros. Al otro día regresaron a la ciudad, con el esplín del fugaz esparcimiento.

Inpresionada de las palabras dulces y del canto sentimental de Rimaya, la donosa maestra Toya suspiraba para sus adentros por otra *farrita* de confianza, apoyada por sus compañeras de labores.

Otra vez volvía a desplegarse en su memoria la manchada tela de sus primitivos días grises del magisterio. ¡Qué amargura! Tras corta remuneración no pudo comprobar ni el respeto a la mujer, joven y sin experiencia

ni las garantías y seriedad de las autoridades. Cuando puso su vacilante planta en aquel pueblo antipático, su madre había fallecido. Casi un año transcurrió de su calvario, hasta la noche en que iba a realizarse la crucifixión infame. Las dificultades económicas complicadas a causa del incumplimiento en el pago de la mísera soldada, agravaron su dura situación, en el fondo del poblacho inclemente donde iniciara sus labores incomprendidas y olvidadas. Perdido en la hondonada del valle, carecía de medios de transporte: era empresa de titanes proveerse de los víveres indispensables. Hasta la carne había que encargar a la aldea vecina. Centro de ignorancia, nidad de indios, punto obligado de posada para chacareros de la lejanía, mostrábase prevenido contra la institutora que vestía correctamente y exigía la asistencia de los párvulos a la escuela, en vez de permitir que vagaran miserablemente o se ocuparan en acarrear agua y leña, o en aseolearse tendidos a la bartola en callejones y potreros.

Cuando con la tropa infantil desfilaba por la plaza, que era enorme dehesa, llena de ondulaciones y frecuentada por ganado menor y aves de corral, señalaban a Nara con el dedo las rústicas viejas, motejándola de hereje, porque una vez, en víspera de la fiesta religiosa, convertida en monstruosa bacanal, habían oído al cura que decía con sardónico dejo:

—Ahí va la *sacha* radical, la masona y normalista.

La maldiciente frase sonó desde entonces como desafío. Era toque de somatén para el pueblo intonso.

Había borroneado en la soledad algunas impresiones que ofreciera prestar a Himaya, al que empezaba a cobrar confianza. Constaba en sus apuntamientos ligeros, trazados con la sinceridad de su alma, su primer ensueño amoroso disipado afflictivamente, antes del escándalo nocturno que era como porfiado agujón en su conciencia.

En repetidas visitas que dan margen a la murmuración, un hacendado le enamora y le da palabra de casarse; pero exige que deje el magisterio y le acompañe a su predio. Confusa, de doble sentido era la proposición. Con evasivas ofrece escribirle detalladamente, cuando se percata de que la plaza era inexpugnable y de que la compañía de su criada, como la de un perro fiel, guarda la casa.

En vano espera la misiva, las letras prometidas que aclaren dudas. La dolorosa historia de muchas cartas que las enamoradas aguardan se repite con Nara, que no había leído el desconsolador poema del burlón filósofo Campcamor..

Otros cambios de escuela le proporcionaron disgustos y peripecias; pero no de bulto como en la iniciación del profesorado. En caseríos y parroquias apura las amar-

guras de la orfandad, del vacío insondable y sin consuelo. Siquiera en los desiertos por donde pasó no le molestaron los campesinos, humildes y sencillos. Cuantas rudas pruebas experimenta en los exámenes. En vísperas de la terminación del año escolar, abandonan algunos rústicos muchachos el plantel, que se reduce a la mínima expresión, con riesgo de desacreditarse. No se doman varios cholitos, los demás pretextan que no tienen ropita nueva. La Junta Parroquial muchas veces echa la culpa a la institutora dirigente. No era muy raro que alguna profesora auxiliar se fingiera enferma y se marchara a Quito, en los momentos más difíciles. El Consejo Escolar, casi siempre negábale las licencias que solicitaba, sobre todo después de la criminal tentativa del visitador escolar.

Con la música que llegaba a su mundo interior, retoñaba su ya lejano amor. Ha fugado definitivamente de su corazón la sombra del chacarero cuya carta no recibió nunca. Quizá Castelarillo ha ocupado ese puesto. En él piensa a menudo, sobre todo cuando el estudiante entona aquellas sugestivas canciones que torturan, poniendo la vista en alto y a ratos mirándola con apasionamiento, como si la intención fuera decirle cuanto expresa la sugestiva letra, que desgrana sollozos entre las notas dolientes del amor.

El viejo Puma había estado en la farra; derrochan-

do chistes y repartiendo ingeniosos apodos a cuanto tite-re había. Moteja por ahí de girafa con angina a un muchacho delgadito y cuellilargo. A un chagra patidifuso denomina cientopies con callos, a una señora de arrugado rostro le compara con una sementera helada; a otra de alargadísima cara, con el reflejo de una cuchara; a un matrimonio singular en el que el esposo era gordiflón y su mujer una espina, les llama alfiler en almohadón, etc. Unos epítetos son originales y los demás aprendidos en almanaques.

—¿Cuándo nos lee su composición sobre la corrida de toros?, le preguntan.

—Muy pronto, muy pronto; quizá el treinta de febrero, contesta sonriente.

Muy aficionado a la música, el quinteto forma una estudiantina. Reúñese por lo regular tres noches a la semana para los repasos. Se perfeccionan los serenateros y dan golpe con su canto y con las composiciones aprendidas: aires nacionales, tonitos, piezas de salón, valeses y especialmente pasillos, en variado repertorio, desde el tema vergonzante, de pobre argumento musical, que a-bruma de pena, hasta lo movido y sensual, de notas alegres, retozonas, que convidan al baile, por la vivacidad de sus compases rítmicos.

La serenata, decía uno de ellos, es atracción constante, delirio en las noches apacibles, cuando Quito prepa-

ra un onomástico e interrumpe la murria nocturnal. Serenatas de amor, rondas armónicas, de cuitas, de requiebros pasionales; música a la reja o al pie de las ventanas, acelera el latir de corazones; tonadas en la acera de la calle, deleitable conjunto de guitarras, bandolines de trinos seductores, acordes y rasgueos que en las almas despiertan sentimientos y amarguras, olvido de la ausencia en ocasiones y en otras alegría, aturdimiento, según las impresiones que reciben de las notas y trovas entonadas. Serenata inolvidable, alma quiteña, con mucho de dolor y poesía; canciones populares aplaudidas en zaguanes, balcones, celosías; lenguaje sin igual de enamorados; expresión pasional de los galantes.

Torrencial lluvia la de aquel día en Quito. Estuvo serena la mañana, abrasada por ardiente sol. Las escarmenadas nubes se disiparon. No quedaban ni siquiera cirros. Azul intenso y purísimo decoraba la bóveda celeste. De súbito, después de las dos de la tarde, descárgase formidable tempestad, que arruina varias casuchas de los barrios, abre no pocas goteras aun en las casas modernas e inunda corredores y balcones. Gruesos granizos como cocos caen con furia sobre el pavimento, pintándole de blanco. El ambiente húmedo cala hasta los huesos. Tirita la gente que sorprendida por la cerrazón se queda a escampar en los zaguanes. Rios de agua descenden

desde las calles altas de San Roque, El Tejar, la Chilena y los terraplenes de la quebrada de Jerusalén, arrastrando piedras, arena, fango, ripio, basuras que se precipitan a las hondonadas, obstruyen cañerías y penetran en las tiendas y casas de los barrios bajos, inundándolas, con no pocos perjuicios. También sufren algunos almacenes de la zona central, en la que el estancamiento de las lodosas aguas forma lagunas. Varios caños se han obstruído. Otros se destapan con furia por el empuje de las corrientes interiores que abriéndose paso revientan el pavimento.

—Es el cordonazo de San Francisco que se ha adelantado, opinan los antiguos que siguen las experiencias de las cabañuelas. En muchos años no hemos presenciado tormenta semejante.

Por fortuna, el empuje pluvial no duró ni dos horas.

Serenada la tarde, cambia la decoración como por arte de magia. El escenario es risueño.

Después de la torrencial lluvia, la ciudad queda lavada y como nueva.

Despejada la noche, convida a salir, aunque el frío es intenso. Uno que otro lucero brilla en el negro firmamento, con parpadeos luminosos en un dosel gigantesco. Capa lechosa va cubriéndolo. Poco a poco la luna se eleva majestuosa tras de la desigual colina de Ichimbía.

Casi ya no se deja ver la cumbre regular y negruzca del Panecillo, erizada de eucaliptos. Por entre los árboles enhietos, los tenues luminares están moviéndose como ojos que se abren y se cierran en la tiniebla del montículo. Por el otro lado, el Pichincha se corre con el velo de neblina. A sus pies la ciudad diríase dormida, como cansada de las fatigas diurnas. Apáganse los ruidos. El silencio le besa suavemente. Muy temprano aún para buscar la almohada, infíciase la paz nocturna.

Apenas se escucha el pagado traqueteo del rodar de un coché, a lo lejos, en las menudas piedras. Sopla débil vientecillo. El frío se va poniendo reconfortable. Cerradas las tiendas de comestibles y todos los almacenes, una que otra botica de turno, con su rojo bombillo anunciador, conserva las puertas entreabiertas. Escasos los transeútes, van dejando la mayoría de las calles solitarias. Alguna limosnera, como alma en pena, apostada en los ángulos oscuros de los portales, formula su pedido mendicante con la mano extendida. Las horas somnolientas transcurren en la augusta calma nocturnal como de inmensa necrópolis. El teatro Sucre está cerrado larga temporada, porque la compañía de zarzuelas, estremecida de miedo por un amago de revolución, marchóse apresuradamente a Guayaquil, en perspectiva de franquear el puerto en cualquier emergencia desgraciada.

Así fuéronse sucediendo las noches quiteñas de análoga monotonía, sin la frecuencia de fiestas familiares ni la tentación de las casas de cena, salones de entretenimiento, ni garitos disimulados.

En vísperas de las Mercedes, nótase alguna animación. El pueblo se dispone a asistir a la *misa de la gallina*. Desde las diez de la noche échanse a vuelo las campanas con alegres repiques insistentes. La querida ciudad, como salida de estricta convalecencia, recobra vigor y vida. Ríos de gente se dirigen al iluminado templo mercedario. En su atrio, matizado de farolitos, distribúyense las ventas. Las anuncian los comerciantes ambulantes, especialmente los que ofrecen colaciones y caramelos sobre plegables esqueletos de madera. Las tiendas del contorno están endomingadas y ostentan en sus puertas los primores de su repostería. Adaptándolas al caso, se han transformado otras en fondas y cafetines para el expendio de viandas criollas. En algunas se exhiben cartones llamativos.

"Aquí los buenos tamales, la chicha de morocho, el café a toda hora"

Las chinganas y figones, improvisados en el atrio y los contornos de la Merced, ofrecen frituras características de la popular cocina quiteña.

Las enormes lenguas de bronce que llaman a los

fieles, prolongan sus sonoras vibraciones para la gran ceremonia de media noche.

--Apúrense, apúrense que nos vamos a hacer tarde, insiste una chola de vistoso pañolón y botines de tacó alto, que lleva de la mano a sus dos hijos pequeños, precedida de chusma de criados, ansiosos de asistir a la afamada misa de la gallina.

Vomita el templo a los devotos. Todo queda en la vieja quietud de otras madrugadas.

Algunos transeuntes que pasaran noches toledanas, golpean las fondas en busca de algo para el gaznate y el estómago.

--Vamos a engullirnos un *bistec* donde las Papi-tas, que allí abren a cualquier hora y sirven bien, insinúa burlesco mozalbete que lleva debajo de su abrigo una guitarra y capitanea a toda una estudiantina de serenateros.

Entran a la afamada fonda. Las cocineras están ya somnolientas. Tárdanse en servir a los serenateros. En una mesa mugrienta dos artesanos cabecean ante media botella de aguardiente. Vienen los *bistesques* montados. Sobre una parva de arroz, cocido más que frito, imperan dos huevos estrellados. En torno del plato se derraman las lechugas picadas; unas pocas papas fritas y húmedas esconden una lonja casi microscó-

píca de carne. A uno de los borrachos se le cae el plato boca abajo. Se inclina al suelo y con temblorosa mano mete los dedos entre el entablado y la vianda y la pone boca arriba con plato y todo. La sube a la mesa y comienza a masticar muy tranquilo. Pide cerveza. Concluyen la cena con un cafecito en el que pescan algunos fragmentos de cebolla y otras cosas extrañas al fragante brebaje que esta vez no tiene aroma de ninguna clase, sino que, más bien huele a fritura.

A la madrugada recogíase pálido y enervado el quinteto de Dumas, Castelarillo, Marcol, Pablo y Villo, que fueran contratados para deleitable sercnetta a una santita de tranquilo barrio quiteño. El *pagano* era el funcionario Arcila que en su comitiva llevaba a sus compañeros de labores ministeriales Ibáñez y Padrón. Uno de estos oficinistas sale muy agasajado, por la hermosura de su mujer medio alegre de cascos. Arcila visitábale de vez en cuando, en las horas en que al empleado ordenaba algún trabajo urgente.

Después del rasgueo de sonora guitarra, elevóse por los aires el canto de un pasillo atormentador, con letra más quejumbrosa si cabe, henchida de ayes y reconvencciones del amante. Sigue la *segunda* Pablo, famoso por su voz robusta. Tenía el pasillo dos partes: la primera derramaba todo la tristeza, y en la última, sentía algún consuelo con el cambio de entonación que variaba a tér

minos mayores, según iba enseñando *sotto voce* el del bandolín, al indicar a donde pasa la postura. Después se volvía a la primera parte, con melancólicos dejos y requiebros al finalizar.

—Muy triste, muy triste, criticó. Toquen algo más alegre y bailable: un pasillo de Ortíz: *Corazón que sufre* o *No te olvidaré*, o un paso doble, un valse, algo que anime.

—¿Qué es del permiso, señores, pregunta majestuoso un guardián del orden público.

—Cálmese *chapita*, ya le vamos a presentar la boleta, pero primero *péguese un trago*. Le alargan la botella. Cógela el polizonte, limpia el gollete con la mano y a boca de jarro se echa al colete cuatro dedos ralos de aguardiente puro. Hace una mueca expresiva, carraspea, saliva y, agradeciendo, devuelve el acariciado recipiente.

—Qué bueno para esta fría mala noche, resopla el agente del orden. Gracias, señores, pero procuren irse pronto a sus casas, porque ya no más viene el que ronda.

—Permítanos tocar al frente de la otra cuadra, "ahisito" la última piccita.

—Pero, que sea la última; señores, porque me comprometen.

--Repita otra *buchada*, le dijeron.

Esta vez saca un mugriento pañuelo para secar el cuello de la acariciada botella; que está húmedo, y se eterniza, pegándole a la boca abierta.

Después de afinar los instrumentos nuevamente y de pedir la prima, para guiarse en el acordinamiento musical, entran en acción dos guitarras, un bandolín, un violín y una flauta. La soplaba Marcol. Empieza la melodía de un pasillo tan triste que pone el alma en un puño. Los versos están de acuerdo con la desgarradora pieza.

¡Ayayay, cholita, que me muerol, era el estrbillo, como corolario de la dramática composición henchida de reconvenciones y de sombríos deseos de quitarse la vida el desesperado amante.

Enseguida cantan, con pausado ritmo, la *Barcarola*, como para poner una dedada de consuelo sobre tanta tristeza, sobre tanto pesimismo. La canción entusiasma por su armonía imitativa. La ilusión de una barca que se aleja lentamente, balancéandose, como siguiendo el compás de los remos, al salir del puerto, trata de revivir la música cuya onomatopeya confirman las voces candenciosas. El poeta, autor de la letra, aplica la materialidad de su pintoresca trova al amor que se pierde a la distancia, llevando su cargamento de recuerdos, quizá sin esperanza de volver, ya nunca, nunca....

Resuenan, desde el interior de una casa, ruidosos aplausos. El tema de la siguiente canción es la esperanza. Llámala palanca de Arquímedes que empuja a lo alto, estrella que ilumina a los peregrinos y guía a los soñadores del azul. Invócanla en los momentos tristes en que el alma desfallece y el pensar anubla a las ilusiones. Van comparando a esta virtud con el bálsamo que cura a los corazones heridos, con la flor que esparce suave fragancia, con el alba que clarea horizontes, con la tabla de salvación para la humanidad zozobranante, etc.

Gusta la canción. Palmotean desde arriba las chiquillas que escuchan tras la ventana. Fluye otra tonada, como salmo de optimismo. Hablan de la vida tan cara, que nos dio su nobleza y que es a la vez dolor y alegría, combate y solaz; de esta vida que así aconseja sé bueno y hallarás dulce paz; destierra el pesimismo y vence a la tristeza. Si llorar es consuelo, retemplemos las almas. Cesen las quejas que eclipsan a la esperanza bendita. Los suspiros deslucen las coronas del sufrimiento. La victoria del esfuerzo y de la lucha se aminora. Describir fingimientos y pintar negras cosas no es sincero ni justo. No lo es tampoco, en mitad de la vida, invocar a la muerte. Si hay espinas, hay también bellas rosas que no hieren si no acarician.

—Nos están, oyendo las *guambritas* pero no abren la puerta de calle, se quejan los *serenateros*.

Como ya sonaban las avemarías, se retiran disimulando los instrumentos debajo del saco que lo abotonan. Alzan los cuellos de la modesta prenda de vestir forzados por el frío. Mustios, *chuchaquis*, llegan a la posada, en tanto que cruzan por la acera del frente, dedicados a dibujar eses, Paco Flor y su comparsa.

Los del sereno les tocaron intencionadamente.

Quito amanecía con su querido y risueño semblante. Repicaban las campanas de San Francisco y Santo Domingo, poniendo sus sonoras voces junto a la tintéante y aguda de un monasterio cercano.

—Mañana a primera hora iremos a ver cómo sigue Adolfo. El primero en recordarse que despierte a los demás. Augusto Tinal, tan dedicado a la fisiología y psiquiatría, le está recetando. Según como siga, tendremos que llevarle al hospital de pesionista, aunque está sin *monis*, lo mismo que nosotros.

—Esta crónica enfermedad nos persigue: la "sindineritis.,,

Despidiéronse en la puerta de Marcol, que solía completar el quinteto cuando alguno faltaba, o que iba a *inquietarles* a jugar a las cartas, de preferencia a *la caída*.

Felipe Marcol tenía trazas de costeño, pero era muy serrano. Primo del Teniente Político, no se llevaba con la autoridad plebeya, por dificultades que le puso para la venta de sus mercaderías, cuando iniciara el negocio ocasional en esa aldea.

No gozaba de la intimidad del quinteto. Sólo le buscaban en los serenos para completar la estudiantina. Punteaba la guitarra y tocaba la flauta, no por casualidad.

Les chocaba que hablase mal de los serranos. A fuerza de pullas y de algún golpe de Dumas y Castellarillo, iba corrigiéndose de tal defecto. Fingía en el dialecto. Se comía la última letra de algunas palabras. Verdá, amistá, decía, lo mismo que poyo por pollo; cabayo, gayo, trocando la *elle* en *ye*.

Delgadito, trigueño, representaba menos edad de la que tenía. Frisaba en los treinta años. Su padre, contratado como peón de un ingenio, llevóle niño de diez a tierra tropical. Veinte años permaneció desempeñándose en varios y rudos menesteres, machete en mano, o a horcadas sobre mañosa mula, o remando en frágiles canoas en viajes a traer leche y fruta de Daule, Nobol, Pascuales y otros pueblos y haciendas de la orilla. Conoció las pozas en la que alimentaban a los lagartos para vender la piel. Le habían referido leyendas trágicas acerca de castigos inauditos con montuvios revoltosos que alguna vez fueron pasto de los temibles saurios. Se ejercitaban venganzas tremendas, principalmente por celos. No quedaban huellas cuando algún desventurado caía en la espantable *lagartera*. ¿Eran fruto de su imaginación ca-

lenturienta estos relatos? ¿Quién puede saberlo?

Alguna vez va a la Universidad a cobrar unas cuentitas al portero su connotado lejano. Allí conoce a los estudiantes que forman el quinteto. Llega a ser amigo y les saca muchas veces de apuros, con préstamos en dinero y especies. Mantiene una tenducha de abarrotes. Frecuentes los *fios* de la tropa escolar, singularmente fósforos, cigarrillos y paquetes de bujías. ¡Qué de cosas ensartaba para pintar el alma caballeresca del montuvio, el arrojito del campesino del litoral, la brutalidad cuando se sentía menoscabado en sus intereses! En la zafra, entre los cañaverales, estuvo a punto de que le picasen las culebras. Alguien le aconseja que llevara una bolsita con pastillas de sublimado corrosivo pendiente del cuello.

—Déjese de la curarina. Crea a su compadre, le repite un montañés vecino.

En la sierra pone su *negocito* de artículos de ferretería y loza en un zaguán cercano al mercado de Santa Clara. Sobre una *macana* están tendidos jarros, palanganas, olletas, platos de fierro enlozado, cucharas ordinarias, jabones y diversas chucherías. Discurre agilitar la venta por medio de rifas, premiando un solo número de cada lote o rueda que forma, generalmente completada con muchachos y sirvientes. No le va bien. Opta por la abacería, en modesta tienda que llena con raspaduras,

alféiques, arroz, maíz y otros comestibles. De la puerta cuelgan trenzas de cabuya, sogas, alpargatas, ataditos de raspadura, tamaños como naranjas mandarinas, trompos, pasadores, en un cartón tijeras enmohecidas, picaportes, aldabas, armellas, etc.

Marcol en los juegos de azar provoca broncas, de tanto discutir las partidas, alegar y defenderse de que no ha perdido. Maldice a los serranos y echa tacos de grueso calibre, asustando a veces a los tímidos. Suele alabarse de que le corresponden las chiquillas. Cuando está *mamado* se atreve a calumniar a Victorita (Toya) Nara y lanzar pestes contra las chiquillas que le desdeñan cuando va al pueblo.

DIGRESION ARACNIDA

—Veamos estos papeles que me trajo el viejo Puma. A lo mejor es una crítica humorística sobre la pasada corrida de toros, ¿Se acuerdan?, interroga Guardel a sus amigos. Entremos a tomar un vaso de cerveza y safemos de la curiosidad. Penetra el cuarteto al restaurante de moda. Saca Guardel de su cartera unas pocas cuartillas ya bastante arrugadas y comienza el deletreo.

—Aquí, no, aquí, no, suplican los amigos. Iremos a la morada de Nipas y verás como nos trata.

Así lo hacemos. Este les conduce a su recibimiento. Pasaron más tarde a la biblioteca. Sentáronse. Comienza la charla frívola. El anfitrión les atiende exquisitamente, con libaciones de lo fino.

Ahora sí, lee el trabajo de Puma. Por fortuna es corto. Dice así:

LAS ARAÑAS. — Mi helmintológico amigo, genial en todo, me había facilitado el barato goce del vehículo eléctrico, con el trato de que me resignase a es-
cuchar la lectura de una lucubración sobre no sé qué capítulo de ciencias naturales.

Atravesamos la conventual y colonial ciudad, que diría el escritor Alberto Gutiérrez, el Gómez Carrillo boliviano que alabó a Quito. Viajábamos de pie en la plataforma del carro, más apretujados que en una caja de sardinas y con los ojos piadosamente puestos en los callos. Después de sacar todo el partido posible del real que cuesta el pasaje, desmontamos en la simpática parroquia Benalcázar y nos internamos en el bosque del Seminario Mayor, huyendo del metropolitano ruido y siguiendo a "los pocos sabios que en el mundo han sido". Allí, en la quietud física del sitio, *desenvainó* mi amigo un largo rollo, de papel que llevaba encerrado en estuche de lo mismo y se dispuso a leerme sus científicos y antigramaticales disparates, más

incorrectos que los de algún Camoens cuencano. Aun nos arrullaba la ilusión del tranvía.

—Después del antiguo real de helados de la tienda de San Agustín o los de Teresita, tan hábil en repostería y en refrescos, los diez centavos que aguantan más son ahora el real del carro, reza mi amigo, a manera de exordio, y con penetración de psicólogo.

—Más dura un *roast beef* del elocuente Charpentier, cuando la carne es como caucho, le respondo; pero no divaguemos, y al grano. Comienza al instante.

—De qué te figuras que hablo en mi artículo?, pregúntame con maliciosa sonrisa de hombre profundo.

—No acierto. ¿Tal vez de la última corrida y de la escena sangrienta que me referiste?

¡Tomal pues de los araneidos, cuarto orden de los araconeidos, conforme a su jerga científica acostumbra producirse aquel profesor, que se figura con más sabiduría que los *Anales de la Universidad Central*, plantel que cuando se le quiso llevar al ejido protestó un sabio con el argumento de que ya no sería central.

¿A qué viene tal fatuidad?

—Ya verás, ya verás. No sospechas que invoco a José Fabre, el Virgilio de los insectos, cual le llamó creó que Rostand.

—Como conozco tus aficiones de helmintólogo, si

no es del ilustre anciano de Serignan y su mundo de arañas, lombrices, avispones, hormigas, langostas, grillos, moscas, dragones, polillas, orugas, tenias, chinches, no atino acerca de qué se te haya antojado disparatar y más ahora que no gustan temas serios, ni estudios sustanciosos.

—¿No adivinas "mismo"?

—No acierto, envíame donde la vieja.

—No es hora todavía. A la vuelta quizá.

—¡Ah! ya doy. El título que le has puesto avisa: de los tetragnatos extensos y de las tarántulas. Por ahí diviso ilustraciones de aumento como las fotografías de David Fairchild. Siempre andas dibujando tus colecciones de bichos. ¿Satirizas así a los congresos?

—Son manchones de tinta, hijo. Como no has dado en el clavo, costearás tú el carrito de regreso, previo el asentante del caso.

—Bueno, bueno. Vengan esos monstruos minúsculos, esos teridios o lo que sea, por algo fueron sagrados antiguamente.

—No obstante tu poca penetración, en parte diste en el clavo. Voy a leerte un poema acerca de la última corrida de toros.

—Has forzado el tema. ¿Encuentras como Salomón, en tus famosos cuadros, el símbolo de la valentía, la

loca afición de una raza, la herencia española?

--Si hallas muy extraña mi asociación de ideas, peor es la de versificadores que abusan de la metáfora.

--Realmente el espectáculo plebeyo, que nada de arte despliega, orgía en grande, recurso de lo grotesco al que se acude siempre, convida a pensar en...

--¿En las arañas? Nada de eso, chico. Déjate de bromas. Mis tendencias zoológicas son una cosa, la expansión taurina en los pueblos, otra muy distinta: un palenque de alcohólicos y alienados, por más que la estirpe española con su bravura, te fascine y halles en el coso admirables notas de color. Abundan las pinceladas francesas y americanas, no solamente de Víctor Húgo, Teófilo Gautier, Esteban Mallarmé, sino también de novelistas de la categoría de Carlos Reyles en su *Embrujo de Sevilla*, acerca del espectáculo taurino.

--Verboso estás; pero el problema es delicado, a no ser que intentarás parangonear las corridas de toros con deportes bárbaros. Si las ataco, no me creerán civilizado ni de esta época, sino enemigo de los españoles y de los indios, ya que la fiesta de los primeros fue imitada, aunque burdamente, por los segundos, es delirante diversión de ambos. Comprendo que tu sincera crítica será pasto de los descendientes de Aracne. ¡Lástima de cos-

tumbres enfocadas por tu cámara fotográfica!

La composición está en décimas picantes, insultativas, aunque no tan groseras como aquellas chabacanas del colonial P. Aguirre contra Quito, que salen a colación envueltas en el despecho y la rabia de los regionalistas hueros. Abunda en chispezas, genialidades, brotes de sal quiteña, en alusiones personales. Los aplausos de entusiasmo imagina que son burlescos. Se acerca ceremoniosamente a la chimenea y quema las cuartillas, con más heroísmo que Cayo Muscio Escévola su mano, sin dar tiempo para salvar la obra maestra.

Quedamos pasmados. Sin duda está calamocano. No le habíamos felicitado irónicamente.

Nipas nos lleva a biblioteca, herencia de un anticuario: su abuelo.

De antaño, habían quedado alineados los volúmenes de una misma estatura. Ahí un libro de culinaria codeándose, por ser del mismo porte, con un Allan Kardec; una álgebra de Kolberg con un tratado de medicina doméstica de Troya. ¡Cuestión de dimensiones!

Extraño al sistema decimal, creía que había estética alineación, orden en los claros de la estantería, economía en los vanos. Alguno, para mayor seguridad, estaba envuelto como en amianto, en telas de araña, a cubierto de la humedad y de los gusanos.

—¿Qué les sorprende, criaturas, dijo medio corrido Nipas. Nosotros también hemos de ser pasto de los gusanos y nos hemos de reducir a polvo, mucho menos los miserables elzevros y los pobres incunables. Además, forrados de esa manera, se evita que el sol les descolore y que los ensucien las moscas que en su red quedan presas.

—Si; pero mientras no espichemos, preciso es conservar libres siquiera de polilla los libros de tu venerable abuelo, observó Jimés, palmeándole en el hombro. Respetemos el tesoro de nuestros mayores.

—Ya saben que he vivido años en las haciendas. Entro a la biblioteca a los dos lustros, *lo menitos*. Además, modestia a parte. ¿quién se ufanará de biblioteca como la mía? No me vengan con reconvenciones. A mí me cuesta plata los volúmenes que he adquirido, sin contar los que reunió mi abuelo. Conozco casas y haciendas en las que no tienen ni un solo libro ni para remedio. Leen almanagues o folletos que reparten gratis. Quieren formar bibliotecas "a punta" de pedidos vergonzantes y limosnas. Ustedes también son lectores da gorra, en esta pereza mental que nos agobia.

—No te calientes. Te hacemos un servicio al indicarte que protejas tus libros. Las bibliotecas abundan en enemigos, estuvo comprobando el erudito Arturo Sca-

rone, el gran bibliotecario uruguayo. Devoran montañas de papel, como congresistas empleomaníacos el presupuesto, las cenizas mineras, los atipos de Sulzer, los dolmedos..

—¿Vas a seguir la lista de los que maman la teta del Erario nacional?

—No me interrumpas. Decía que destruyen libros los tomisos, las angelenas, cluviones, las epeiras diademadas, los linifos, etc.

—Basta de letanías, sabio empedernido. Picóme una araña y áteme una sábaua, contesta sardónicamente Nipas. Sólo en lo malo te fijas.

Tarde era cuando tomamos el tramvia. Nos aplañamos como obleas, a fin de no molestar a las hermosas viajeras. ¡Qué jardín de chiquillas! Paseaban a esa hora crepuscular acompañadas de algún ñaño. Un encanto la colmena, la orquesta y el vergel, todo reunido en el cuadro de bellas quiteñas que engalanaban el pintoresco carro.

—¿Fumas? me pregunta con prosa mi sabio amigo Puma, tan quejumbroso e hiriente. ¿Te supones que sea tan descortés en medio de tantas y tan bellas flores femeninas? ¿Y cómo esos pelucones echan humo que parece una chimenea?, le respondo subiendo el gallo.

--Es que ellos siempre se toman toda clase de libertades. La mala crianza es de buen tono. Fijate co-

mo agujerean con esa colilla el abrigo de la señora distraída, empujan a la señorita y fastidian con el humo de tabaco a esa seductora chulla.

—Son aquéllos verdaderas arañas sociales.

La afluencia de pasajeros nos obliga a levantarnos tres o cuatro veces y ceder galantemente nuestro asiento, hasta que poco a poco somos empujados hasta las narices del conductor.

—Empiezo a sofocarme, observa mi amigo un tanto molesto por el "apelmazamiento" y estropeo.

Consecuencia de tus arácnidos, murmuro, codeándote. ¿Al fin quedará inédito para siempre tu poema sen saciona! de las corridas de toros, superior al del Dr. Julio Castro, ya que lo entregaste a las llamas sin que pudiésemos advertirlo?

Con ensordecedor campanilleo se arrastra jadeante el tranvía hasta la plaza principal. Nos arrojamós del carro y penetramos en el parque. Sentados en un banco, gozando del frescor de la noche que tendía su manto, callamos un rato

—La araña, grita, señalando el enrejado espaldar del asiento, a tiempo que cruzaba Arcila. Y añade:

—¡Qué rico ejemplar! Es tarántula. E inclinándose instantáneamente, examina con devoción científica al peludo monstruo y pronuncia este brillante discurso al guardar

la araña no en una caja de fósforos porque no cabía, sino en un tarrito de hojalata que llevara: «Esta es la araña magna, la que para los indios fue modelo de laboriosidad, a la que era prohibido matar; esta es la hija de Idmón que alcanzó de Minerva la gracia de aprender a tejer y formar finisimos hilos de la virgen; este es el animal que, según Galeno, cura el dolor de muelas y según Walckenaer, no es venenosa su picadura».

Reí mucho. Lo hicieron también los vecinos que parando el oído, acaso se daban cuenta de la chifladura.

—Créí que aludías al funcionario Arcila, porque al verle exclamaste ¡la araña!, con mezcla de susto y complacencia. Sin duda te ha meado el bicho. Será tu arácnido, Puma, murmuré palmoteando. *Aracnidus pumensis*.

—No me hables de ese insecto de poca vergüenza. Los de mi colección son más decentes y menos ofensivos. Conozco su asquerosa vida, desde cuando fue visitador escolar y cometió una violación en triste pueblo y un estupro en la ciudad, valiéndose de mañas. Fue el principio de su carrera. Ayudante de oficina, el primer abuso de confianza le sirve para ascender a Jefe de Sección. Después de sonado desfalco, ya le tienen de alto funcionario. Vende hasta los muebles del despacho, inclusive las máquinas de escri-

bir, y estas raterías le recomiendan más a sus superiores, a quienes sabe escobillar hábilmente y mostrarse partidario incondicional, con celo que muestra los dientes de rabia contra cualquier impugnador de esa política. Los cómplices le sostienen en el cargo, por la tupidada red de intereses creados. Ser persona honrada resulta contraproducente. Todos le temen, porque no se da a partido ni entra en componendas. En política los pícaros prosperan. Cuando la amnesia es enfermedad de cobardes, se olvidan las culpas y hasta se las premian. Desfalcadores conozco que han mejorado en su empleo en vez de ir a la cárcel. La impunidad es el peor de los flagelos. Epidemia apestosa, contagia a cuantos simpatizan con el delito, por esto se apresuran los congresos, como primer acto parlamentario, a dictar amnistías e indultos.

Callamos, como meditando en las pinceladas sombrías del naturalista que pasa por loco.

Las estrellas, como en despliegue luminoso, extienden sus guerrillas en el campo infinito de la altura. El frescor embalsamado del parque acaricia suavemente. El reloj del palacio gubernativo deja oír sus cuartos de hora. Le secunda el de la Compañía. Los grandes punteros de la esfera de la torre de la Merced señalan

lan las diez. La ciudad, rodeada de montañas, quédase adormecida poco a poco, en un soñar sin pesadillas y como envuelta en espesa manta salpicada de puntitos brillantes, en la calma solemne de la noche ecuatorial, perdida entre los pliegues del Fichincha.

PINCELADAS DE LA TIERRUCA

SEGUNDA PARTE

DONDE CHARPENTIER

—¿Qué se sirve, Dn. Fermín? ¿Y tú, Carlos? Pronto, que ya repiquetea mi estómago.

—Una copa doble de anday, murmuró Dn. Fermín. Es un licor nuevo que prepara el estimable don Gastón.

—No es más que aguardiente y cortesitas de naranja, añadió, torciendo la boca y meneando la cabeza.

—Yo un bitter. ¿Hay hielo?, preguntó Carlos Mozqueta.

Le acompañé con lo mismo. Invité a hacer la penitencia a Dn. Fermín. No aceptó, porque ignoraba su mujercita que él no comería en casa. «Siempre me espera y no es posible contrariarla», dijo con gesto que parecía de disgusto. Le insinué que podíamos tomar una copa más en *La Palma* y avisarla por teléfono. Don Fermín insistió en irse. Largo era su trayecto. Vivía

lejos del centro de la ciudad. Hinchado y reumático, caminaba despacio. Despidióse y se fue con lento paso, apoyándose en su bastón de cabeza de fraile. Quedéme con Carlos, quien conmigo departió en la mesa.

—No me quejo de la comida, hablé; pero uno se cansa muy pronto. A los ocho días, ya da hastío de la repetición eterna de los mismos platos. Esto es una *macana* muy grande. Y se rió a mandíbula batiente, con la carcajada franca, dichosa y campechana de costumbre. Le consulté si prefería el vino a la cerveza. Teníamos confianza de hermanos.

—¿Sabes? El vino es pésimo y caro. Tomar cerveza extranjera es un lujo tonto. Se paga sólo el capricho. Bebida insípida, pura *macana*. Algunas marcas se han desacreditado por completo. ¿Te has fijado que las *monas* con cerveza extranjera son detestables? Al otro día de haber bebido mucho, amanece uno con fuertes dolores del cerebro. La cerveza *Chimborazo* tiene hasta estricnina, y no digo más..... Ahora esos mazzamorrones de la cerveza inglesa... ¿Y esas dulzonas alemanas? Prefiero la nacional. Tenemos la Imperial o la *Maulme doble especial*. Hay que proteger, después de todo, no solamente los bolsillos, sino la industria nacional. ¡Ja, ja, ja!.... Manos a la obra.

—Casimiro, mozo, dos botellas de cerveza Imperial.

—Empinemos el codo a la salud de don Fermín.

—Le tengo bastante cariño. Es un artista. ¿Te has fijado cuánto ha envejecido? Está medio abotagado ¿Qué tendrá? Anda encorvándose; va a duras penas.

—Ya es una verdadera *macana*. Sufre mucho. ¡Ah! si tú supieras sus dolores. No es muy viejo. Sólo está aniquilado. ¿Cuántos años le calculas?.

—Sesenta. Debe ser mayor que Tomás Puma.

—No, no. Te equivocas. Don Fermín está en los cuarenta. Hace cinco años, antes de casarse, estaba jovencito, del aspecto de Alfredo Farín y más mozo que Sancho Vera. El matrimonio le ha arruinado.

A propósito. ¡Qué hermosa es doña Rebeca Quiñares! Guapa mujer. Pronto será jamona. ¡Pero qué voluptuosidad, qué viveza! Buena familia y noble corazón.

—Hablas a humo de pajas. Provocativa es, cierto, pero, la histérica, al doblar el Cabo de las Tormentas, declinará pronto. Es de esas bellezas que se apagan súbitamente. Acuérdate de mí. Dentro de cuatro años, la verás convertida en una *macana* vieja. En cuanto a lo de la nobleza del corazón, etc, mejor es no meneallo. Eres muy soñador, querido Juan José. Ves las cosas *bajo* el prisma de la apariencia. En esta vida hay muchas *macanas* ocultas. A veces me parecés el hombre más sencillo del mundo.

—Calla, Carlos. Eres, más que hablador, ponde-

lejos del centro de la ciudad. Hinchado y reumático, caminaba despacio. Despidióse y se fue con lento paso, apoyándose en su bastón de cabeza de fraile. Quedéme con Carlos, quien conmigo departió en la mesa.

—No me quejo de la comida, habló; pero uno se cansa muy pronto. A los ocho días, ya da hastío de la repetición eterna de los mismos platos. Esto es una *macana* muy grande. Y se rió a mandíbula batiente, con la carcajada franca, dichosa y campechana de costumbre. Le consulté si prefería el vino a la cerveza. Teníamos confianza de hermanos.

—¿Sabes? El vino es pésimo y caro. Tomar cerveza extranjera es un lujo tonto. Se paga sólo el capricho. Bebida insípida, pura *macana*. Algunas marcas se han desacreditado por completo. ¿Te has fijado que las *monas* con cerveza extranjera son detestables? Al otro día de haber bebido mucho, amanece uno con fuertes dolores del cerebro. La cerveza *Chimborazo* tiene hasta estricnina, y no digo más..... Ahora esos mazzamorrones de la cerveza inglesa.... ¿Y esas dulzonas alemanas? Prefiero la nacional. Tenemos la Imperial o la Maulme *doble especial*. Hay que proteger, después de todo, no solamente los bolsillos, sino la industria nacional. ¡Ja, ja, ja!.... Manos a la obra.

—Casimiro, mozo, dos botellas de cerveza Imperial.

—Empinemos el codo a la salud de don Fermín

—Le tengo bastante cariño. Es un artista. ¿Te has fijado cuánto ha envejecido? Está medio abotagado ¿Qué tendrá? Anda encorvándose; va a duras penas.

—Ya es una verdadera *macana*. Sufre mucho. ¡Ah! si tú supieras sus dolores. No es muy viejo. Sólo está aniquilado. ¿Cuántos años le calculas?

—Sesenta. Debe ser mayor que Tomás Puma.

—No, no. Te equivocas. Don Fermín está en los cuarenta. Hace cinco años, antes de casarse, estaba jovencito, del aspecto de Alfredo Farín y más mozo que Sancho Vera. El matrimonio le ha arruinado.

A propósito. ¡Qué hermosa es doña Rebeca Quiñares! Guapa mujer. Pronto será jamona. ¡Pero qué voluptuosidad, qué viveza! Buena familia y noble co-razón.

—Háblas a humo de pajas. Provocativa es, cierto, pero, la hística, al doblar el Cabo de las Tormentas, declinará pronto. Es de esas bellezas que se apagan súbitamente. Acuérdate de mí. Dentro de cuatro años, la verás convertida en una *macana* vieja. En cuanto a lo de la nobleza del corazón, etc, mejor es no meneallo. Eres muy soñador, querido Juan José. Ves las cosas *bajo* el prisma de la apariencia. En esta vida hay muchas *macanas* ocultas. A veces me pareces el hombre más sencillo del mundo.

—Calla, Carlos. Eres, más que hablador, ponde-

rativo. Exageras las cosas. Capaz de quitar el honor al lucero del alba, no te paras en pelillos en llegando a las mujeres. ¿Por qué tienes tan mala idea de ellas? Pesimista y cristiano a la vez, con tus rancias creencias de que haces gala, ¿por qué dudas de la virtud? ¿Por qué te parece todo el mundo pérfido y solapado, sobre todo la hembra? ¿No admites que haya todavía personas ejemplares, criaturas angelicales que inspiran amor, envidia, respeto? Dudaste hasta de las cualidades de Victorita Nara, la prometida de un estudiante, pues fracasó el compromiso con un agricultor.

—No te sulfures, Juan José. Has viajado, eres leído, sabes borrar versos y macanas, con todo, te falta mundo. En asuntos de mujeres, no entiendes jota. Todas te parecen unas saaitas, todas vírgenes, todas celestiales. ¡Ah! si supieras cuántas cosas me han pasado y lo que he visto. Yo también he amado a chiquillas honraditas y dignas de todo encomio. ¿Te acuerdas de Eloisita? ¡Que mujer esa! Nada tengo que decir en contra. Me inspira respeto. La quise mucho. Ya te he contado las aventuras que me sucedieron con ella. Quién al vernos creería que procedimos como santos? Páseos libres, lenguaje a veces más libre, sobre todo cuando yo apuraba algunos lapsos, pero en el fondo, corrección, respeto, secreta complacencia de ver una alma sincera, buena, de primitiva candorosidad. Hubo ocasión en que

fuimos solos a la Magdalena, de brazo en la intimidad más grande, como dos antiguos confidentes. Regresamos de noche. Y siempre las mismas consideraciones. El menor abuso me habría humillado. Habría tenido vergüenza de mi mismo. Cierta día se sucedieron los acontecimientos de tal modo, que (me lo dijo con suma reserva y en voz baja) cuando regresamos del paseo era tan tarde que no pude llevarle a su casa ni menos a la mía, y fuimos a pasar en un hotel. Jamás te he contado esto. ¡Figúrate yo con Eloisa en un hotel!. No me has de creer. No necesito mentirte, pero supe portarme como un caballero. Vi sus ojos húmedos; había llorado en silencio. Debíamos habernos casado; pero te consta que no sucedió así. Me quería, cierto; yo, en grado máximo. No tengo para que explirte las circunstancias que atravesaron, pues tu estás al corriente de ellas, para que hayas olvidado por qué Eloisita no fue mi mujer. Se que su marido me odia. Tal vez le han contado algo de mis paseos e imprudencias; pero no hay duda que la han culumniado. Para que veas que admito la virtud en las mujeres, mas de esto, a considerarlas a todas unas santas, hay un abismo; se disimulan jesuíticamente tantas macanas ...

—Vamos, Carlos, háblame con la franqueza de siempre. ¿Qué sabes de doña Rebeca, mujer de Dn. Fermín? Te escucho con curiosidad y asombro.

—Nada, nada, hijo. Volteemos la hoja y comamos con calma. Ya habrá ocasión de llevarte a casa de la *alharaquenta* Quiñares: juzgarás por tus propios ojos. Mientras tanto, ¿qué te parece la figurilla de ese medio pasteño que está a la mesa en aquel rincón? Observa, observa la facha de ese *macana*.

—¿No es costeño? Le he visto otras ocasiones. ¿Quién es, Carlos? Siempre come en compañía del panzudo Renca, del Dr. Tinal y a veces de Arcila, el de los *chanchullos*, el usurero de marras que te ha comprado tantos vales.

—Ahora está solo. Este tísico es el futuro ministro de hacienda, de la guerra, de no sé qué. Choca que un hombre así ocupe una cartera. Talante desgarrado, modales de carretero, traje mal traído, ¡qué ministro tan imposible!

—Te chanceas, Carlos. Además, el hábito no hace al monje.

—¡Vaya! Lo sé positivamente; pocos días de plazo, y le verás de miembro conspicuo del gabinete, porque es familia del presidente, es de los *mesmos*. ¡Qué política tan asquerosa! La familia imperial empleando hasta a los chinos. Altos funcionarios, personas de pro, por el mérito del parentesco ¡«Casimiro!», gritó Carlos.

Dos botellas más de cerveza». Y continuó con entusiasmo:

—Sí, hijo, esto se *asienta*. ¡Juan José, escéptico! Dudas de mis palabras. Ministro, como oyes. Ministro de instrucción pública. Pero tomemos, que lo demás son *macanas*. Allá, ese bienaventurado, que obre prodigios.....

—Salud, por el candidato.

—«Casimiro, un bistek a la Chateaubriand, por el analfabeto señor ministro», dijo a media voz.

—¡Carambas! No te ha de entender el mozo; pídele un frito con papas ídem, porque si le dices con salsa a la *maitre d'hôtel*, tampoco te entenderá

—Eres medio culinario o culinario y medio. Algo dan los viajes.

—En verdad. ¿Recuerdas esos famosos ponches que *confeccionaba* para las Chiripollas y las Chivatas? De vino con huevos a la inglesa, en chicha y a la chilena. ¿Y esos tallarines o macarrones a la italiana, con salsa de tomate o queso parmesano y bastante jugo de carne? ¡De chuparse la yema de los dedos de gusto! La trompudita Flora Marín se encantaba. Paseaba sus grandes ojos de miope por la fuente, como si quisiera contar los filamentos del queso derretido y las capas de los macarrones. Tu les decías, sobre todo a Flora: “ajá, inútiles, gua-

—Nada, nada, hijo. Volteemos la hoja y comamos con calma. Ya habrá ocasión de llevarte a casa de la *alharaquenta* Quiñares: juzgarás por tus propios ojos. Mientras tanto, ¿qué te parece la figurilla de ese medio pasteño que está a la mesa en aquel rincón? Observa, observa la facha de ese *macana*.

—¿No es costeño? Le he visto otras ocasiones. ¿Quién es, Carlos? Siempre come en compañía del panzudo Renca, del Dr. Tinal y a veces de Arcila, el de los *chanchullos*, el usurero de marras que te ha comprado tantos vales.

—Ahora está solo. Este tísico es el futuro ministro de hacienda, de la guerra, de no sé qué. Choca que un hombre así ocupe una cartera. Talante desgarrado, modales de carretero, traje mal traído, ¡qué ministro tan imposible!

—Te chanceas, Carlos. Además, el hábito no hace al monje.

—¡Vaya! Lo sé positivamente; pocos días de plazo, y le verás de miembro conspicuo del gabinete, porque es familia del presidente, es de los *mesmos*. ¡Qué política tan asquerosa! La familia imperial empleando hasta a los chinos. Altos funcionarios, personas de pro, por el mérito del parentesco ¡«Casimiro!», gritó Carlos.

Dos botellas más de cerveza». Y continuó con entusiasmo:

—Sí, hijo, esto se *asienta*. ¡Juan José, escéptico! Dudas de mis palabras. Ministro, como oyes. Ministro de instrucción pública. Pero tomemos, que lo demás son *macanas*. Allá, ese bienaventurado, que obre prodigios.....

—Salud, por el candidato.

—«Casimiro, un bistek a la Chateaubriand, por el analfabeto señor ministro», dijo a media voz.

—¡Carambás! No te ha de entender el mozo; pídele un frito con papas ídem, porque si le dices con salsa a la *maitre d'hôtel*, tampoco te entenderá

—Eres medio culinario o culinario y medio. Algo dan los viajes.

—En verdad. ¿Recuerdas esos famosos ponches que *confeccionaba* para las Chiripollas y las Chivatas? De vino con huevos a la inglesa, en chicha y a la chilena. ¿Y esos tallarines o macarrones a la italiana, con salsa de tomate o queso parmesano y bastante jugo de carne? ¡De chuparse la yema de los dedos de gusto! La trompudita Flora Marín se encantaba. Paseaba sus grandes ojos de miope por la fuente, como si quisiera contar los filamentos del queso derretido y las capas de los macarrones. Tu les decías, sobre todo a Flora: "ajá, inútiles, gua-

guas, macanas, vergüenza tuvieran siendo mujeres *huar-mis*". Y te reías como un cosechero feliz.

—Muchas gracias.

—No hay de qué agradecer.

En esto levantóse el ministro en ciernes de su asiento y, mirándonos al soslayo, salió con lento paso y gesto de reprensión, lo que nos hizo al punto sospechar que anduvimos indiscretos en nuestra charla. Carlos dio a entender que eran meras aprensiones. Pidió rábanos, ponderando sus cualidades estimulantes y anti-escorbúticas, y siguió comiendo con provocativo apetito. Cuando tocó el turno a los berros, explicó que eran magníficos, aunque no procedían del Pará. Su ensalada dijo que era sin igual para el hígado. Los franceses *choferes* de los automóviles alborotaban en el segundo departamento. Oíamos claramente sus risas. Dominaba la voz de *monsieur* Politt, penetrante, pausada y de acento especial. En el primer departamento, en estrecho cancelito, comían los cuatro amigos de la hoja, abonados constantes: Paco Flor, Juan Jimés, Jacinto Guardel y Cristóbal Escuder. El hotel Charpentier no había variado un ápice de treinta años a esta parte. El mismo papel sucio, color de humo, de antes; el invariable local, el mismo cajero que cuando se inauguró el establecimiento, idéntica disposición de la cantina y

comedores, los cuadros de papel, los mismos: el uno, Verdi, ahumado, que confundíamos con Julio Verne y fue tema de muchas discusiones; el otro un Mozart casi borrroso. Allí estaban estos músicos mirándose de frente, en el último departamento. Nadie reparaba lo impropio de aquellas oleografías en un comedor. Cuando niño de seis años, pasaba a la escuela de los hermanos cristianos veía siempre las vitrinas con botellas, confites, una redoma de pescados, algunas frutas secas y una carlota rusa. Entraba a comprar caramelos y me dirigía siempre al mismo casero, D. Pedrito. Sólo ha variado el precio de las comidas desde 1881. Ha ido ascendiendo poco a poco, hasta llegar a un suere cubierto. La comida francesa, buena. Regulares, por no decir malucas, las atenciones personales, el servicio pasadero, por la monotonía desesperante.

—Sólo al otro día de mala noche vengo acá, dijo Carlos. Para el *chuchaqui* es remedio infalible el caldo que aquí preparan.

—Un excelente *consommé*, le respondí. Le llaman a la María Luisa. Se extrae el jugo de varias carnes, que no tengan grasa, a fuego lento, y se clarifica después el líquido. Es muy sencillo el procedimiento: sólo requiere paciencia. Algún día de buen humor lo haré. Te invito desde ahora.

—Gracias, Juan José, contestó Carlos. Eres cocinero hecho y derecho.

—Es tal vez mi chifladura, le repuse; pero me encanta la culinaria. Muy útil para la vida práctica, nos saca de grandes aprietos. No entro por los remilgos. A la cocina voy con alegría, sin escrúpulos, aunque salga con los dedos enmantecados y oliendo a cebolla. La amistad de D. Fermín me ha estimulado y aprovechado en lo de la culinaria.

—Lo que menos tienes, Juan, es ser orgulloso, añadió Carlos. Me gusta que los jóvenes sean para todo y no *macanas* vistosas, niñas mimadas y bonitas.

Al salir del hotel, Sancho Vera, un tanto alumbrado, porfió que le aceptásemos un pisolabis. Con uniforme de comandante, arrastrando la espada, balbuciente y medio encorvado, asíóle de la muñeca fuertemente a Carlos y encarándose con él: «Si no tomas algo, te fusilo», le dijo. Y dirigiéndose a mí: «Y tú, chiquitín Portales, digo mal, señor ministro de Chile, ¿qué se sirve?». «Como se ve que no has olvidado las alusiones históricas», le respondí. «Claro, me repuso, acaso soy militar de la hampa? He estudiado. He viajado... ¡canastos! Fuí profesor del colegio militar ¡caracoles! Dicté clases de Gramática en la escuela de idem, ¡voto al diablo!. Alguna cosa sé, además de mis bachillerías. Sancho Ve-

ra (aquí soltó taco redondo) no es peca cosa. Ahora mismo llevo de la Comandancia general... de festejar... Pero qué les importa mi vida ¡córcholis! ¿Vienen esas copas? ¡La imposición! ¿Estamos? Tú Diego Portales una crema de cacao; tú, Carlos, un *charteruse*, para mí un fuerte, un Pichincha con amargo».

«No soy Diego, señor Comandante de la gramática parda y de las interjecciones», murmuré, excusándome. No hubo que tratar. Depositamos las copas entre pecho y espalda. Sancho Vera quiso que siguiéramos libando. Contónos después que la víspera había sido fiscal en un consejo de guerra, que ajustó las clavijas a cierto oficial por traidor; que hizo ver estrellas al defensor; que pudo con sus repreguntas acuser de perjuros a los testigos; pero le impidieron el Código Militar aquí, la Ley Orgánica, allá, las Reformas del Código acullá, la indisciplina allí, la moral militar ahí, en fin, un sartal de frases de cuartel y declamaciones comunes en pro de la noble institución militar y de los bravos guardianes del orden y de la constitución. Al despedirnos, después de hábil lucha con Marte y Baco, le preguntamos por su hermano natural Arturo. Dijonos que seguía *in statu quo*, que días, semanas, pasaba bien, desde que salió del hospital, que no le habían vuelto los ataques epilépticos, que llevaba régimen severo, y multi-

tud de divagaciones cortadas por tacos rotundos. Sancho Vera, muchacho de talento, iba reduciéndose a la mínima expresión y cayendo en caso de menos valer a causa del maldito aguardiente. Carlos me expresó que corría en busca de su abrigo para encaminarse al teatro. Diríjeme yo camino de la cigarrería Esmeralda, con la firme intención de encerrarme después en casa. Mis planes fracasaron, porque encontréme, al voltear la esquina, con Alfredo Farín, que me obligó a pasear lo suficiente. Invítome, para otro día, a la casa de don Fermín. "Quiero que trate a la simpática doña Rebeca, para que Ud. confiese al tiro el talento de esa mujer", agregó el *roto* chileno. Acordéme también de la insinuación de Carlos. Al fin la Quiñares, tan defendida por mí sin conocerla a fondo, tan atacada por Carlos, tan aplaudida por Farín, tan querida por su esposo, sería visitada, por Juan José Portales, no el ministro de la patria de Vicuña Mackenna, sino el cuasi cocinero.

DON FERMIN

Le conozco hace muchos años. ¡Qué cambio tan radical! De lo que antaño fue, hoy parecía una tumba. A la época que, por razones del oficio, intimé con él, no tenía coramvobis deplorable. Don Fermín Cabrera, de cara hinchada, hundidos los ojos, mac-farlán color ca-

fé y bastón grueso que parecía bordón, era artista de verdad. En su primera juventud, fue sibarita. Dióse buena vida, leyó mucho, hizo versos y procuróse cuantos goces le permitían sus reales. A poco de casado, la transformación diríase súbita. Con aspecto de viejo de sesenta años, apenas andaba, víctima del reumatismo y no sé qué otros males. Le gustaba el aguardiente. No bebía licores suaves y refrescantes. Odiaba a la cerveza. Aguardiente, sólo aguardiente, mientras más fuerte, mejor. El "purito" su encanto. Apoltronándose cada vez más, su pereza era casi invencible. Descontentadizo, misántropo, creíase que a'gún mal hondo, una pena profunda, heridas del alma, le consumían. Hablaba poco, pero en cualquier rasgo resaltaba el genio. De sus particularidades, de sus gustos, sobresalían dos: el amor a la caricatura y al Quijote. Casi de memoria sabíase la inmortal obra de Cervantes. Citaba al dedillo las aventuras del gran loco manchego. A pesar de su holgazanería, daba razón de los modernos literatos y marchaba al día con las producciones de los escritores universales. Traducía el inglés. En sus mocedades, sostuvo una sección del periódico sólo con versiones de revistas norteamericanas. Hablaba italiano, y cuando, arrastrado del amor al aguardiente, tropezaba en las tabernas de mala muerte con al-

gún *bachicha*, cruzaba frases agradables que le proporcionaban repetidas copas. Pero su orgullo, su fuerte, era el francés. Los libros flamantes, últimas novedades que llegaban a las librerías Sucre y Americana, leía en ese idioma. Hace algunos años publicó un periódico ocasional y satírico con caricaturas muy originales, por las que se apreciaba su genio y arte. Alusiones muy hábiles a los personajes políticos, pasajes chispeantes del Quijote, figuras que provocaban risa, todo manejado con gusto y distinción. Actualmente, dirige un diario de la tarde. Dióme a entender que trabajaba mucho. La renta era más que regular, dada su fama literaria; pero los demás empleados se quejaban del ocio clásico de don Fermín. A medio terminar el editorial, salía de la redacción a meditar, con la mano en la mejilla, en las cantinas de la vecindad, ante una copa respetable de Pichincha, nombre del aguardiente nacional más abrasador en aquellos tiempos. Otras veces, empezaba sabrosa revista artística y literaria, en la que ponía los puntos sobre las íes, y dejaba coma chupa de dómone a los versificadores chirles o a los periodistas que se daban bombo mutuo como atildados escritores; pero el artículo crítico quedaba sin publicarse, porque jamás se concluía. Con todo, en obsequio de la verdad, le arranqué más de cuatro magníficas colaboraciones para la *Re*

vista Selecta que estaba a mi cargo. Prueba inequívoca de que te aprecia, decíanme mis compañeros de labores. Debo hablar del bastón simbólico de Dn. Fermín. Era de madera preciosa, pero tosco. Más trazas de garrote que prenda de lujo. Sus amigos denominaban la *moncayote*. En Chile se le habría bautizado de *pedromontt*. Pero el puño, sí, era artístico: una cabeza de fraile admirable. Regalo de Marconi, músico italiano, esa cabeza de estudio valía mucho. Representaba a Fray Chinché (seudónimo de D. Fermín usado por varios años) con la capucha arremangada, la gran coronilla pelada, la faz llena de arrugas, los labios prominentes, los ojos hundidos y maliciosos: fray Chinché hablaba. El nombre de guerra de D. Fermín estaba bien representado. Conmigo se franqueaba con increíbles confianzas. Sus amenas conversaciones, cuando nos encontrábamos, le alegraban, quitándole su eterna murnia, su viejo descontento. Refirióme que el abrigo que usaba, lloviera o no, a sol y sombra, le habían regalado desde Inglaterra, y que era de rica tela «Es mi impermeable»; decíame. Otro día que en el establecimiento de *Mister Braun* tomaba aguardiente, y yo cerveza y *manjarrés*, trázome a la ligera, con a-sombrosa habilidad, sobre el tablero de la mesita redonda, el mapa manchego, o mejor, el itinerario de los parajes recorridos por D. Quijote, pues la discusión vino a este pun-

to, ¡Cuántos primores le oí! Con clara visión, en cuatro líneas, desarrolló los sitios más célebres de las aventuras del de la Triste Figura y sus tres salidas. Explicóme el sentido esotérico del Quijote, con tan profunda filosofía, que crecían mi atención y respeto. ¿porqué no confesarlo? al hombre que alguna vez lo compadeciera: la fatal dualidad de la vida, la lucha interminable entre el espíritu y la carne, los ideales y sueños grandiosos de D. Quijote, y las prosaicas, pero prácticas observaciones de Sancho Panza, sacarronas y de Perogrullo a ratos, mas grandes verdades en el fondo, axiomas incontrovertibles al fin. Remontóse a extrañas concepciones, a originales comentarios, a interpretaciones geniales que salían de lo vulgar, de lo traqueado por retóricos de pega y maestros literatos de tres al cuarto. Hablóme del Quijote de Avellaneda, moviendo de izquierda a derecha los labios y pómulos hinchados; pero no le atacó cual yo me figuré. De Montalvo, refiriéndose a la imitación del libro inimitable, emitió conceptos que callo, siempre con idéntica mueca, pero puso en los cuernos de la luna. *El Biscapité* del Cosinopojita, "Más de tres siglos que la humanidad lee el Quijote, dijo, y hay que saber leerlo. Desentrañar su oculto significado. No fijarse más en las galanuras del estilo, en la armonía de la lengua, sino en las recónditas enseñanzas. Debemos desenvolver sus alegorías y considerarlo como

una Biblia, fuente de sabiduría e inspiración. Cada pasaje, aplicado convenientemente, sería materia para obra voluminosa y de buena miga".

Quejábase de firme del tiempo que le robaba su diario *El Pichincha* (no el que fundó Miguel Aristizábal), que concluiría por matarle. Cada día sentíase más enfermo. Siempre el reuma, el maldito reuma. «Soy una marmota. Tengo a las veces pereza de mover un dedo, como los pericos ligeros. Danme ganas de gritar cuando trabajo. En la jaula de mi pereza, parezco encantado como D. Quijote. Ya no vuelo ni en pensamiento: voy tirado por taidos bu-yes». Acerca de su dolencia, desarrollóme larga teoría microbiana. Del reuma sabía más que un médico recibido. Había intentado varias curaciones, hasta la hidroterapia. Causado de precaverse de los cambios atmosféricos, de apurar remedios chocantes, como el salicilato de sodio, de suministrarse fricciones de trementina, de acudir a la poción de Laennee, al digital, al sulfato de quinina, al eucalipto, a las inyecciones hipodérmicas, al láulano de Sydenham, le había dado por recibir la lluvia desde la azotea de su casa en los fríos días de invierno. «Estos baños son la ducha del cielo, me alivian», repetía. No sé dónde leyó tan raro procedimiento. Tenía fe en él. El reumatismo articular agudo, se le volvía crónico. La hinchazón estaba en su punto. Por las

noches, le venía calentura. Cuando ahondaba el reuma, pensaba en la artritis y en la gota. El doctor Clímaco Urbina (nunca tuvo fe en Tinal) le tranquilizaba; mas no se conformaba. Con su visaje característico y movimiento de cabeza, hab'ando entre dientes no se qué, callaba a la postre. "Síntomas de meningitis, Clímaco", decíale al médico, cuando el alcohol le excitaba: "Tengo la pía — mater rojiza seguramente, me duele la cabeza, siento vértigo, el vómito no me falta; brillan mis ojos; tiéntame el pulso. ¡Qué cefalalgia tan atroz! Deben estar inflamadas las membranas del cerebro, Sí, la dura — máter y aracnoides", se quejaba ante Urbina. "Recétame paños mojados de agua fría, mucho hielo, sinapismos, vejigatorios, calomelanos, aun que sean enemas, pero algo, doctor de piedra o de balsa", añadía "Se me destroza la cabeza. Venga, en hora mala, el bálsamo de Fierabrás", proseguía con quejas.

Eran de verse sus escrúpulos, sus estudios patológicos y su abrumador reuma, traqueados, declamados, maldecidos por D. Fermín. Sin los visajes y las dolencias, cuando desembuchaba sus conocimientos, se imponía ante cualquier auditorio, si no le martirizaba su misantropía ni le desgarraba el escepticismo. Su cariño a la caricatura iba convirtiendo su rostro en algo parecido

Una mañana de Mayo, recuerdo que era sábado.

por lo que apuntaré, más tarde, me colé en la oficina de *El Pichincha*. Necesitaba publicar en el diario, que era de regular circulación, un aviso que no podía interesar sino a escaso número de lectores. En mi *Revista Selecta* habíanse agotado las ediciones de enero y febrero. De la de marzo, quedaban pocos ejemplares. Algunos coleccionistas reclamaban y ni yo mismo podía mandar a encuadernar mi colección por falta de los N^o 1 y 2, que estaba resuelto a comprar a cualquier precio. D. Fermín Cabrera, lo que atribuí a la casualidad, estaba allí ocupado en escribir la revista de la corrida de toros de la semana.

— ¿Qué milagro Ud. en la oficina a esta hora?, le dije.

Los sábades madrugo, respondiíme. Salgo de casa por la mañana y regreso de noche

No almuerzo con mi Rebequita. Como vivo tan lejos, el permiso se me concede con justicia. Aquí me tiene, pues, trabajando desde las seis, hora en que "el rubicundo Apolo apenas extiende por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos".

Estaba jovial, lo que rara vez sucedía. Rióse de la alusión. Hizome sentar a su lado, preguntándome qué me llevaba pr esos trigos. Expliquéle lo del aviso, el mis-

mo lo redactó de manera original, sin cobrar ni medio ni tarifa alguna. A mis preguntas por su salud, por sus quehaceres, habló así:

"Hoy he amanecido con buenas disposiciones. El reuma no me atenacea. Parece que mi sistema curativo viéneme de perlas. Estoy dispuesto a charlar largo con Ud. Le daré lata, si quiere, cosa que no me sucede con frecuencia. Soy misántropo por temperamento y huyo de los coloquios kilométricos y de las visitas. Pero con Ud. me expando, uso de excepciones. ¡Si será porque somos del oficio! La santa hermandad, esta caballería andante del periodismo, tiene sus fueros, sus aventuras, sus distracciones, sus compañerismos gratos. En esta redacción, como me ve, solo, tengo que hacer todo: desde el editorial o artículo de fondo hasta el último dato de crónica los *confecciono* en persona. Mis empleados no asoman todavía las orejas. Y son las ocho de la mañana. El tísico Lautaro no sirve para nada. Sé que anda diciendo que soy holgazán. Tentado me veo a renunciar el cargo. Con manías no se prospera. Aquí me encuentra Ud; revistando la última corrida. No son capaces ni de eso los pobres chiquillos de *El Pichincha*. Jamás han leído una obra de Tauromaquia. No saben los tecnicismos usuales, el vocabulario especial. El periodista moderno debe picar de todo. No es que me agraden

los toros, pero he leído cuanto a ellos atañe, hasta las obras festivas de Taboada y las caricaturas de Xaudaró. Así no comete uno *planchas* ni se deja sorprender. Y a propósito de sorpresas, acaba de despedirse el doctor Ortega, quien me trajo un remitido chispeante, pero grosero, sátira despiadada contra la empresa de la luz eléctrica y alusiones personales duras, hirientes, tratando de que lo publicara. Exigí la firma de responsabilidad, y él quiso eludirla con astucia. Total, que no hubo trato. Se imaginan que los periódicos son como los confesorios: desahogo de pasiones y porquerías; espuerta de inmoralidad y fierno, válvulas de sapos y culebras contra el prójimo o estantes para exhibir majaderías. A diario vienen sietemesinos de la prensa con versos y partos ridículos a rogar que se pongan en letras de molde. ¡Qué creerán que es la misión del periodista! Como está tan profanada, tan prostituida, se improvisan los escritores: hay quienes hacen cada artículo doctrinario que tiembla el misterio y cada nota editorial que canta el credo.

— No es tarea de gañanes ni de zapateros la de escribir para el público. Sobre estas impertinencias de los noveles literatos y periodistas improvisados, tiene que contar usted con los lectores de gorra, con los reclamos gratuitos, con la tropa de noticieros honoríficos, con los mentirosos. A todos les cierro las puertas. Soy

agrio, y con la enfermedad encima, insufrible. Y añada que la oficina es húmeda y desaseada. Vea, si destila agua por estas tablas. Observe el montón de tiras, de recortes, de basuras, de restos de *clisés*, las pilas de periódicos empolvados. Mire, mire, Juan José, hasta colillas de cigarro de los tertulios desocupados, salvazos del tísico *Lan'aro*, paquetes de canjes que jamás se han abierto. ¡Y dirá Ud. que hay un portero rentado; que se barre todos los días! El borrachín que viene aquí a recoger diz que las basuras es un soldado inválido, del depósito, que no sabe donde está parado. Para que se ocupe en algo, le envían a veces, a la redacción, como gran favor alcanzado por Alfredo. Es insufrible esto; créame que estoy hasta la coronilla con el tal periódico. No es siquiera negocio. Poco se gasta y poco se lee. Aquí lo de Larra: "O no se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee". Es labor imposible la del diario, si los abonados no se cuentan por millares. Recuerdo que cuando mi gran amigo Dn. Juan Murillo fundó *El Quiteño* no tuvo con quien hacerlo pregonar.

Primero muertos los muchachos que vender el periódico por las calles. Se vio precisado a sacar alumnos de la Escuela de Artes y Oficios con tal objeto.

El fundó el gremio de granujas o suplementer ambulantes.

El decano de ellos, un muchachito Guerrero, salió ni mandado a hacer para el oficio".

Y siguió entre gestos interminables y movimientos de cabeza, en s6n de desaprobaci6n, contándome multitud de detalles periódicos. Pensaba editar un número extraordinario para el 21 de Mayo. Había logrado que Domínguez litografiara un busto de Sucre con autógrafa al pie. No llevaba marco ninguno y era de mérito artístico por su sencillez y originalidad. Había escrito un artículo, medio en serio medio en broma, intitulado "Don Quijote y Sucre". Me leyó una parte picante contra el Gobierno. Sucre, empapado en las leyendas de libertad, como el andante Caballero en sus fantásticos libros, comprendió la extraña aventura de darnos patria independiente, a costa de molimientos y de su vida. Fue como liberar a los galeotes. Esparciéndose los ambisiosos y políticos por esos campos del diablo, los volvieron peor que de Agramante. Quijotada de Sucre dolerse de gente ingrata que le robaría y asesinaba en la encrucijada de esa Sierra Morena de Berruecos.....Y seguían consideraciones que se alejaban de lo vulgar, por sus alcances y filosofía. Lástima que ni ese artículo, ni el número extraordinario, ni el retrato de Sucre, ni la revista taurina, llegó a publicar.

Don Fermín almorzó esa mañana conmigo. Para variar, nos metimos en el *Royal Palace*. Al pasar por el

primer espejo del hotel, me dijo. "¿Verdad que ya no estoy muy hinchado?"- No claudico al andar. Se esforzaba en mostrarse más sano y rejuvenecido.

Mañana es mi cumpleaños, Juan José. Entro a los cuarenta y cinco. No estoy muy viejo ¿verdad?. De los imposibles le llevaré a mi casa. Queda Ud. solemnemente invitado a pasar conmigo. Por fortuna, es domingo y no tiene qué protestar. Me noto locuaz. No sé lo que me ha sucedido esta madrugada. Sólo dos copas he tomado en compañía de Alfredo. Sueños, quimeras bullen en mi cabeza. Creyera que me hallo bajo el influjo del hachisch, por lo risueño que estoy, contra mi carácter. Vamos ¿acepta mi ofrecimiento?

- Gracias, don Fermín. Estaré mañana en su casa a felicitarle. ¿Sabe que, a pesar de la estrecha amistad que nos une, no ha llegado la oportunidad de ser presentado a su señora?

- ¿A mi Rebequita? ¿Sí? Pues mañana sin falta. ¿Que distracciones las mías!

Amena fue la conversación durante el almuerzo. Echó su cuarto a espadas en literatura. Al corriente de las publicaciones del día, criticó, rápida y magistralmente, con cínicos movimientos de labios y cabeza, de izquierda a derecha, a la escuela decadente. Recitóme íntegro, con arte, el *Palemón el Estilista* de Valencia y algunas estrofas de Julio Flores, todo muy fresco para a-

quellos días. Dióme cuenta del *Manejo de Zarzas, Altas ternuras, Cesto de Lotos y la Araña* de este poeta co'ombiano.

Contóme que le había llegado por el correo anterior la obra de Doublé Urrutia *Del mar a la montaña, Alma*, de Mauret Caamaño, y *Alma Criolla* de Orrego Barros, producciones recientes de jóvenes chilenos. Leía a la sazón *Amar con desobediencia* de D. Quintiliano Sánchez y borroneaba una reseña de *Abelardo*, de Eudófilo Alvarez. Preguntóme si me había suscrito a *Vejes y Novedades*. Sus pinceladas de algunos noveles poetas me hicieron reír.

Dn. Fermín tenía una pasión: su mujercita. Cuando hablaba de ella, se entusiasmaba. Mi teutonita, le decía; porque era rubia y gorda como una alemana. Su amor era como reciente luna de miel. Vencía su ociosidad por ella. Por ella seguía en *El Pichincha* sacrificando su tranquilidad. Las mañanas, excepto los sábados, consagrábase al hogar. A la ciudad venía después de almorzar. Callaba su repugnancia, sólo por complacer a su teutona. Las noches, rara vez salía, rarísima. Sus libaciones no le perjudicaban. En la oficina, un tigre; pero en su casa, un ángel. Su Rebeca le quitaba la roña. Con sólo verla, gozaba secretamente. ¡Qué de virtudes puso de relieve en favor de su esposa! Su matrimonio

fue un idilio. Compuso un poema. Su escasa fortuna había gastado en ella: él casi no cambiaba de ropa. ¿Para qué mudar de indumentaria cuando con ese dinero podía vestir a Rebequilla como una princesita? Su misantropía era, más que esto, consagración exclusiva a su mujer. Ella, sólo ella. Nada de cumplidos sociales ni visitas. El hogar con su reina: Rebeca, a quien amaba y admiraba, como personificación de la belleza, de la inteligencia y de la fortaleza. No se le borra de la memoria lo que Galdós pone en boca de María Juana de Molina: «Nosotras somos el sexo fuerte y sabemos ser heroínas antes que ustedes intenten ser héroes. De todo esto deduzco que vosotros escribís y representáis la historia, pero nosotras la hacemos». Tal decía la sabia hermana mayor de la familia Bueno de Guzmán y Ataide a su primo José María.

DOÑA REBECA

Otro día tomé un coche y me dirigí a casa de don Fermín. Vivía lejos del centro de la población, en el extremo norte. Su morada era, con más propiedad, una casa - quinta. En el tránsito saludé por señas a los amigos Paco Flor, Juan Jiménez, Jacinto Guardel, Cristóbal Escuder que, en automóvil iban a las carreras de la temporada, a ser víctimas de la astucia y truhanería de

un extranjero de moda, jugador y caballero de industria que en el hipódromo dirigía la batuta y daba cada *bata-tazo* que trinaba el salterio, presentando descaradamente caballos y «jockeys» con más faltas que el de Gonela. Pintoresco era el ejido: extendía su mancha verdosa que limitaba en un macizo de eucaliptos, como si fuese una muralla verdinegra. De un lado sonreía la población Larrea coronada por dos grandes enemigos: el sanatorio Rocafuerte y la capilla oblata, proyecto de basílica. Más allá, se escondía entre el bosque la torre gótica del seminario mayor. El camino carretero, como una boa monstruosa de piel blanquecina, se esfumaba en el confin de la Carolina. Del otro lado, las quintas del Batán y de la *pata de Guápulo*, manchaban la nítida falda del Cayambe que se perdía en lontananza. Poder de la perspectiva, diríanse situados a sus pies bosques y caseríos del Girón y Carretas y aun de gran parte del ejido. Los carruajes formaban zigzags en la sonriente llanura. Por el camino del Belén, desembarcaban los peatones que Quito vomita de su seno.

Eran las dos de la tarde, cuando llegué "al fin de la jornada", en frase usual de Flor. Al ruido del *victoria* que se detuvo delante de la puerta de calle, se asomaron de golpe, saliendo por ventanas diferentes, ocho o diez personas, entre las que conocí a doña Rebeca, Alfredo y Carlos. Las demás eran señoritas a quienes

me pareció haber visto alguna vez, pero de pronto no recordaba dónde. El cochero figuró no tener la vuelta y quedóse con todo el dinero que ostentosamente le alargué. *Aquí hay sueltos*, grita Mosqueta. Don Fermín, sin pagar tributo a la curiosidad de los que casi se atropellan por satisfacerla, gruñóles: *chagras*, entre horribles contorsiones faciales. Saludéles al bajar del vehículo. No fue buena zarabanda la que de nuevo se arma cuando el grupo se retira de los balcones.

Las ciudades, populosas o no, poseen rincones plácidos, donde el socio, la poesía, el aire puro, la frescura, el retiro, convidan a olvidar las turbulencias de la vida mercantil de los centros de comercio, las manzanas de moda, con almacenes concurridos y el ir y venir de la gente. Uno de estos lugares tranquilos, canastillos de aljófar y esmeralda, entre el campo y la ciudad, era la casa quinta de propiedad de doña Rebeca, la que, salvo las mañanas de los días festivos, rara vez salía a la calle. Al subir la escalera, decorada con cintas de azúdar, verbena y claveles, y cerrada con puerta de ca'ado, oí una voz aguda que chillaba desde arriba: «Caballero, tenga la bondad de no arrimarse: la pintura está fresca. Se va usted a hacer un asco». Atravesé artística galería de vidrios de colores, adornada con cuadros, cornucopias y cortinajes, imitación gobelinos, y penetré en el salón. Don Fer-

mín presentóme a su esposa, la que, con sus arrumacos, comprobó ser la de las alharacas de la escalera. Las demás mujeres de cabellos ya negros y ensortijados, ya taheños, ya en bucles de oro, ya en rel cogidos, ya en madeja, ya volando al viento, eran tres primas de la dueña de casa, llamadas Rosa, Mercedes y Carlota Villasantos de la Roca y sus dos hermanas Leocadia y Ramona Quiñares, (de bellos y alegres ojos, en particular la última, capaz de sorber el seso y marchitar las frescas flores de los tiernos años al más calavera,) y algunas contertulias e invitadas.

Era doña Rebeca una rubia de rostro encendido, macrocéfala, locuaz, exaltada, de imaginación viva, fácilmente irritable e imoresionable, de pasiones violentas, incapaz de sangre fría y equilibrio. Ella misma cuenta a gritos que en sus sueños está sujeta a terrores y habla alto, que sufre de gastralgias y experimenta algunas palpitaciones del corazón, que ha disminuido en sus cóleras, pues de niña fue tan impulsiva y ardiente que mordía a sus condiscípulas en los accesos de violencia. Sus ojos despedían fuego. No sé cual red más temible, si la de sus manos "sacras manos del castalio coro", amasadas con lirios, que diría el poeta, o sus ojos. Quien los ve, la luz mirando, y con la luz más ciego, es capaz de cualquiera tontería.

Al principio, la conversación fue de la más desesperante vulgaridad: manoseados cumplidos, preguntas de la parentela, quejas de la carestía de todo y de la inutilidad y corrupción de la servidumbre. «Ya no hay con quien contar», suspiró la linda Ramona; todas las criadas cortadas por las mismas tijeras, respondonas, sucias, y ladronas». —Los chapas, pues, hija mía, las han envalentonado y pervertido así», agregó Leocadia.

Entre la salud y el clima tan variado y tan ardiente, cruzáronse después muchas frases. Doña Rebeca contó que el arzobispo había lanzado fervorosa pastoral para organizar rogativas a fin de que lloviera. «*Ad petendam pluviam*», interrumpió don Fermín con una profunda zalema. Suspiró en esto Leocadia, ponderando los males que vendrían a la agricultura.

—Multitud de gentes del campo y algunas de la ciudad han ido en peregrinación al Quinche con tal objeto, dijo Rosa. La virgen portentosa ha de hacernos este milagro.

—Todo ha sido desastres en el viaje, carraspeó don Fermín. Lo que ha llovido es crimen y dolor. En la plaza del pueblo, cetrino chagra desalmado diz que ha cosido a puñaladas, por celos, a su mujer, que llevaba en brazos a un niño, su hijo. Como llorara éste, el vesánico criminal le ha arrancado la lengua, y ha huído,

dejando sangrientos despojos. En el interior del santuario han muerto muchas personas de asfixia, tal ha sido la aglomeración de romeros. He aquí los milagros de la madre de amor y de misericordia en el pueblito del Quinche.

—¡Aaaay!, gritó doña Rebeca. Son exageraciones de los periódicos radicales; invenciones de los herejes para extinguir la fe. Pero nada han de alcanzar los *sacha masones*.

—Si quien cuenta estos dramas es el mismo diario órgano de la curia, apuntó don Fermín.

—Eso si no creo, replicó riendo Rosita. La virgen del Quinche es muy buena y se duele de los pecadores: perdonará a los que le calumnian por la prensa.

—La Sra. es radicalaza, dijo Alfredo. Me han referido que a Alfaro le quería mucho.

—Lo de las sofocaciones acontece todos los años, murmuró Carlos.

—El viejo Alfaro le regaló un órgano, agregó la dulce jamona.

—Yo no la conozco. Sé que es muy chiquitita, continuó Alfredo. ¿Cuándo la traerán a Quito? Siempre que visita la ciudad me han dicho que triunfan al *tiro* los liberales.

¡VIVA EL SANTO!

Tal fue el grito estentóreo que interrumpió la conversación. Al mismo tiempo, se detuvo en la portada un *chutacuero* que, por el ruido que metió, parecía que se desbarataba. Repitióse la misma escena que a mi llegada: los concurrentes se lanzaron a los balcones. Medio calimocano venía Sancho Vera. —“Se va a hacer un cochambre en la pintura, cuidaaado”, silbó doña Rebeca. Con solemne paso subió el militar. “¿A qué vendrá, pues el chocante?”, murmuraron a un tiempo todas las mujeres. Entró como un conquistador y pronto estuvo quebrándoles la condición a las hembras y en dares y tomares picantes con las pelillosas aristócratas. “¿De qué conversabais tan acaloradamente, queridas primas?”, inquirió.

—¡Ud. no es mi primo!, musita, frunciéndose, Leocadia. —Ni mío, ríe musicalmente Ramonita.

—Me he dirigido a Rosa, Mercedes y Carlota. Por lo demás, nada raro sería ¡cáspita! No soy de los de medio pelo, sino sangre azul como Uds, aunque fisiológicamente no es muy buena, según apunta *Fray Candil*. Pero esto es lo de menos ... Al grano. Continúen el debate sobre pelitriques. ¿Qué de nuevo? ¡Modas! ¡Noticias! ¡Crónicas! A ver, pues, no estén mudos, Carlos, Alfredo, Juan José. ¡Viva el santo! Reanúdesse la char-

la. El tema de actualidad, ¿cuál es?, caballeros estafermos.

— El sermón era acerca de la virgen del Quinche, comandante, dijo algo enojado por los gritos de ¡viva el santo! que le chocaban lo indecible a don Fermín.

¡Ja, ja, ja!... ¡Qué ocurrente!... Pero, para otra vez, mi coronel, que lo soy desde ayer.

Recibió felicitaciones por el ascenso. Alfredo, al oírlo, le pidió algo.

— No me cumplimenten, no me cumplimenten, no porque no lo merezca, sino porque la carrera está perdida. Ordenanzas he conocido que hoy son jefes. El peluquero tal, el indio cual, el traidor de más allá, jefes; el negro de belfos de caballo, el zambo de media vara de jeta, el cholo zamborotudo y patituerto, jefes; el patibulario equis, el desorejado efe, el tuerto criminal jota, jefes; el analfabeto, el de las portaviandas, el de las plazas supuestas, jefes; ¡cangagua!

— Bravo! bravo!, aplaudiero a todos.

— ¡Viva el santo! ¿Se festeja o no se festeja?, concluyó su arenga Vera.

Después, trajo a colación los escándalos flamantes; infanticidios con sevicia en las criaturas, escenas de frailes cogidos en citas en el cementerio, preñez de una matrona insospechable, rapto de un cura a una menor, ca-

samiento civil de un canónigo, estafas ruinosas de bonos y vales, quiebras fraudulentas, audacia de un garrotero que besó a una dama aristocrática y se entró de rondón en la alcoba de otra, porquerías políticas, etc., etc. Y concluyó:

—¿Qué les parece el testamento de *mama* Dolores Urraca? Deja con un palmo de narices a sus numerosos parientes. La heredan los curas y su china. Esta, que entre paréntesis aseguran que es su hija, queda a manos lavadas con más de cien mil sucrés. ¡Cuántos caballeres hubieran deseado que enviude para atraparla por el matrimonio! La vieja ridícula muere de hambre, después de darse una vida de perros. Ni sus haciendas conoció. No es murmurar, pero las huasicamas de las casas ricas lo pasan mejor. Su habitación, la última de su gran palacio, era todo a la vez: dormitorio, comedor, sala de recibir y cocina. Comía sentada en el suelo, sirviéndose, cual mesa, de unos cajones vacíos. Telarañas, trapos sucios, colchones viejos, cajas destripadas, tablas, ladrillos rotos, canastos, rodeaban a la avara viejecita que, apergamina-da como una momia, de ojitos malignos como una serpiente, chiquita, sucia y huesuda, cual un murciélago, se estaba vegetando ahí, como una mendiga astrosa en medio de tanto oro. Las once mil vírgenes eran sus deudoras, con primeras hipotecas.

—¡Tanta soña porque no le ha dejado nada! ¡Aaaaay! qué bien hecho, mau'ó doña Rebeca,

—No ha sido la única. Jamás he aspirado a herecías. La otra vieja que murió estrangulada tampoco se acordó de mí. Lo mismo ha de suceder cuando espiche el misérrimo de mi tío, dueño de quince o veinte haciendas. *Taita desgraciadísimo* trabaja para los curas o para el Fisco.

—¿Pero todavía se dan ejemplares de tan sórdida avaricia? En mi tierra les curarían con el corvo, abriéndoles la *huata*, dijo Alfredo.

—Ya quedan pocos, pero hay todavía quienes piensan en las musarañas, en el afán de atesorar. Ahí tiene al doctor Adobe, *podrido en plata* y solito; al viejo Simplicio que no escupe de miseria, a *taita* Tobanco que con sus acciones en las cajas hipotecarias y de ahorros, se come los codos de hambre, a *mama* Curcuja, *alocada*, sola y que no sabe qué hacer de sus reales; al cura Sorama, al obispo Pólipo, al canónigo Sacarías con párvos de oro y trazas de pordioseros. A todos conoce Ud. Le desaffo, capitán, si les saca una peseta ¡recórcholis! ¿No han muerto algunos de hambre y otros comidos de las ratas?

— ¡Aaaaay! como descueran, al prójimo, estos *mal-cristianos*.

— Dejémonos de *macanas*, observó Carlos, *sotto voce*. Hay cosas más amenas y más divertidas.

— Sí, sí, repuso Vera. La virgen del Quinche o la del parpadeo ¡canario! ¡Todo es fuente de exolotación!

— No se meta con las cosas santas, gritan las mujeres aterradas.

Y otra vez revive la conversación sobre temas religiosos. Las franquezas y groserías del coronel suben de punto. Amoscadas estaban las hembras: Rosita hasta quiso retirarse de la reunión. Vera mezcló argumentos místicos con chascarrillos licenciosos. Alfredo le apoyaba de vez en cuando. Carlos reía descomunemente. Don Fermín se aburría. No obstante su fanatismo, doña Rebeca toleraba al flamante coronel. Se diría que le miraba con buenos ojos.

Su juventud, su corpulencia, su robustez, su cara jovial; sus ojos vivaces le atraían más que el llamativo uniforme militar. A ratos, gustaba de sus franquezas y atrevimientos. Sus primas no le tragaban ni en pintura, pero Sancho las amaba. No había miramientos cuando estaba *jumo* y les decía las del cabrero, achuchándolas al peso de sus verdades.

— Si no es política, si no es religión, no hay otro tema, murmuraron algunos, muy descontentos del palique.

ESCENA COMICA

Fue interrumpida la amena y agresiva charla por una voz agudísima que pausadamente gritaba a las puertas del salón: *Bueenas días*. Era una muchacha de cabellos erizados y en desorden como una selva, de cara idiota que constantemente enseñaba los dientes, con repugnante mueca que no se sabía si interpretaba contento, tristeza o cólera. Sus piés, desnudos y desaseados, abrían los deformes dedos como los tentáculos del cangrejo.

—¿Qué quieres? ¿Cómo has subido tan, tan en silencio?, chilló en tono de reprensión la rubia Rebeca.

—Está mandando la patrona a suplicar que es mi niña y que por favor haga la caridad de acomodarle una jeringuita, silabó; confundiendo los términos, la gramática y el sentido, aquel espantajo de bocio.

La carcajada fue general ante tan cómica escena, Repuestos de la festiva sorpresa, doña Rebeca preguntó a la Maritornes en miniatura que de dónde era y quién estaba enfermo.

—Dé donde mi patrona de enfrente, repuso, "doncella" que da plata a rédito a los inválidos.

—¿Qué patrona? ¿Cómo se llama?

—Como también se llamará, pues, pero tiene al niño que llegó de *dotor* de Cuenca y está ahora enfermo con

irritación y le han recetado unas ayuditas.

—¡Ah!, saltó la linda Rosa, debe de ser de donde los Cárdeas. Manuelito, su hijo, es hoy abogado por la Universidad del Azuay, máquina de proletarios de levita, como calumnian las malas lenguas. No hace un mes que llegó con la muceta.

— Lo que quizá ustedes ignoran, dijo don Fermín, es que Manuelito había sido reprobado por tres ocasiones en la Universidad Central: pero en Cuenca se gradúan hasta los arrieros, con la liberalidad con que antes eran generales en Venezuela y Colombia, según mienten los analfabitos. La primera vez que obtuvo notas en el examen trató de suicidarse tomando láudano con cuentagotas; la segunda, se quiso estrellar contra las piedras tirándose desde la ventana del aula, y la última, puso una pastilla de sublimado corrosivo en el café. Le llaman el doctor *Negrete*, aludiendo a las votaciones. Y este fracasado llegará después a las más altas magistraturas.

— Breve, pes, despácheme, niña, ama íña, gruñó el espantajo que pedía la jeringa. Esta pobre es hija del indio Changalpa que murió en una corrida de toros de hace poco, observó la dueña de casa.

Don Fermín entre sus curiosidades, conservaba una jeringa de bronce o de hojalata, obra del padre Gil, uno de los belermos que llegó a Quito en época imemorable.

rial. Se opuso a deshacerse de esa joya arqueológica, y expresó que tales utensillos no podían prestarse sin contravenir a las más rudimentarias reglas de higiene. Carlos contó que no sólo jeringas iban de mano en mano, sino instrumentos de más delicado uso y concluyó refiriendo que en algunas comarcas norteñas la gente del pueblo solía pedir de prestado un *hueso gordo* que llamaban el *sazonador*, el que pasaba por muchos caldos, porque tenían la creencia de que volvía más suculenta a la vianda. Despachada la repugnante aparición, continuó el festejo.

Taita Puma halla tema para hilvanar pullas y gra-cejos.

Le acorralan con lo del poema a los toros, suplicándole que leyera la obra maestra. Se defendía recalcando que, como Cortes, quemó las naves.

— Detesto, por lo demás, los toros de pueblo, que nada de arte desenvuelven. Aquí lo de una cartita de Luis de Oteyza a no se qué toradeora polaca que había decantado que nada le atemorizaba en el mundo: «El arte del torero es tan sencillo que se cierra a la fórmula por Lagartijo dada: «Viene el toro y se quita usted. ¿Que no se quita usted? ¡Pues le quita el toro! “Pero ocurre que el toro quita pegando cornadas mortales muchas veces”».

Menudearon las risas después que dejó de accionar don Tomás, no sin satirizar a los que adolecen del vicio de pedir en préstamo lo que se les antoja.

—Gentes conozco que viajan de un barrio a otro por que le prestén el diario; ya no más piden el cepillo de dientes, murmuró en tono persuasivo.

MUSICA CRIOLLA

Resonaron las notas melodiosas en la reducida habitación: un gabinete precioso, adornado con gracia. Sobre el piano destacábase dos grandes floreros de la China con rosas de seda que daban sombra a un Víctor Hugo y un Goethe que se miraban frente a frente. Un espejo circular ocupaba el centro del precioso mueble músico. A la derecha del piano, un gran abanico abierto, de fina factura y varillitas de marfil, tenía a sus pies copias de la creación de Joaquín Pinto: el *Dies Irae*. Lo que Rosa tocaba era una mazurca nueva del Album Salón. Después, cerrando el libro de notas, expresó que no entonaba a primera vista, por lo que siguieron piezas populares, pasillos de pésimo gusto, pero que le sabían a delicia a doña Rebeca. Como aplastaba con tanta fuerza el teclado, bamboleaban las figurillas huecas de bronce y chocaban contra los floreros. El entablado de la pieza movíase como al impulso de un ligero temblor de tierra.

«Más despacio, hijita», gritó doña Rebeca. Su voz aguda hizome mala impresión, al mezclarse con las notas chilonas del pasillo *Aguarico* que atacaba Rosa.

—¿No toca su señora?, pregunté a Dn Fermín. Tendríamos mucho gusto si se dignara complacernos con alguna melodía.

—Antes lo hacía regular, hoy ha olvidado todo, hasta el canto, mi Rebequita.

—¿Y Ud., Dn Fermín? Alguien me ha asegurado que Ud. es músico excelente.

—Magnífico, dijeron Carlos y Alfredo que, sin duda, escuchaban nuestro diálogo. Queremos oírle una melopeya.

—El pícaro reuma ha dado al traste con todo, murmuró en són de protesta, meneando cabeza y boca Dn Fermín. Antes, sí, recorrí algunas escalas del Bertini y del Cesi.

En esto, levantóse un corro de voces a exigir a *Fray Chinche* que no fuera tan terco.

—Estas manazas hinchadas, estas venas encogidas, estos nervios me imposibilitan, volvió a argüir Dn. Fermín. Si hasta estoy usando guantes verdes de lana, que es el colmo.

—¡Aaaaay! que chocante y melindroso, chilló doña Rebeca. Hazte no más el rogado. Ensayá el valse «Pe-

numbras, del *fiato* Veintemilla o "Ricardo," de Juan Pío.

Lo que acabó de conmover y decidir a *Fray Chinchó*, quien, después de unos aires de *Lucia de Lamermoor* y de *La danza de las horas*, de Gioconda, preludió un valse inglés de no sé qué autor moderno, una fantasía de Becucci y un boston de Ramenti, sin decirse por ninguno. Su mujer, rogándole que tocara una vulgaridad de moda, música desesperante con letra ridícula y amorosa que empezaba *Son los ayes del alma de un amante*, concluyó por sacarle de sus casillas. Protestó. Dijo que no entraba por los chabacanos aires callejeros y por los yaravies tristonos, de monotonía abrumadora; que la música, sobretodo en su casa, debía ser clásica, distinguida. Que los tonos populares, los pasillos disparatados, eran buenos para las chicherías, por más que el gusto se hubiera estragado y la música anduviera de capa caída, con el nombre pomposo de arte nacional. ¿Dónde las fantasías que requieren algún estudio? ¿Dónde las creaciones artísticas que conmueven el corazón y deleitan los oídos? ¿Un motivo difícil, una ópera, una pieza con arreglo a las leyes de la armonía? Sólo chilenas, sanjuanitos, pasillos, salen cada año por esas calles a destrozar los tímpanos. Cuando aparecen valeses, son tan cursis y dasarmónicos, que se vuelven intolerables, sobre todo si caen en pole de las bandas militares

que los zarandean tarde y mañana. ¡Y qué nombres tan chocantes y románticos! *El amor marchito y desolado, Gotas de sangre en el alma de un enamorado, Tiernos suspiros de amor, A la luz de la melancólica luna, Tristes recuerdos del alma*, etc. Y terminó así:

— Rosita, tienes aptitudes. Anda al conservatorio a perfeccionarte, porque lo que las monjas te han enseñado se puede encerrar en un puño. No desperdices tus buenas facultades.

— Sólo por hablar de las madrecitas, respondió Rosa, me das tales consejos. Sí, te comprendo.

Carlos insinuó que se acercara al piano Mercedes, quien, con susto respondió que era muy inútil y nada había aprendido. Casi con iguales razones se disculpó en seguida Carlota. Tocó el turno a los hombres, los que con frases corteses, íbamos saliendo, a duras penas, de las horcas caudinas de la exigencia colectiva. Había que ser músico o no asomar las orejas. Estrelláronse las porfías contra Alfredo Farín. Aseguraban que era maestro en la ocarina. Vino el instrumento de barro y lo metieron por los ojos. Alfredo, rojo de vergüenza, disimulaba con sonrisas su turbación, hasta que intervino doña Rebeca: "Toca Alfredo (Aaay casi le tuteo). Toque no más Alfredo y dénos un momento de complacencia", dijo con distintas modulaciones de voz, la esposa de *Fray Chíncho*.

Farín, ante el fuego graneado de súplicas, moduló escalas en la ocarina, deshaciéndose siempre en quejas acerca de su poca habilidad musical. Al fin, con esfuerzo, tosiendo y soplando como si fuera a escupir, empezó un aire de polka. «¡Qué bonito, qué bien!» aplaudían las mujeres, estimulándole a que continuara. De la polka *Qué reír* pasó al valse *Sobre las olas*, de Juventino Rosas. «Que le acompañe la Srta. Rosa en el piano», observó Carlos. Doña Rebeca, con visible desagrado, expresó que no se le interrumpiera, que estaba mejor así. D. Fermín fue de contrario parecer. Farín, sentándose junto al taburete que ocupaba la Sta. Rosa, volvió a comenzar el valse, que resultó inarmónico. La pianista no daba con el término. «Por sol mayor, ya está pu», le decía Alfredo. El concierto era cada vez más insoportable. A la postre, pudo Rosa coordinar, pero perdía a ratos el tiempo preciso. Olvidábase que es *tres por cuatro* y daba distinto compás *Fray Chinché*, movía la cabeza y estaba violento. De pronto, ruido de coche que paraba de golpe. Volaron las mujeres al corredor, casi derivan las platabandas de jazmines del Cabo que estaban junto a la primera puerta. Cesó la música, gracias a este incidente, porque Rosita imitó también el ejemplo de las demás.

—¡Aaay! Pepito, qué milagro, dijo doña Rebeca. Entre con cuidado que el albayalde está fresco.

Subió, y me lo presentaron. Le conocía de nombre. Venía del hipódromo. Dió cuenta del éxito de sus caballos y se manifestó muy gozoso. Pepe Nipas de Farinango del Chacón, de distinguida alcurnia y de respetable fortuna, ocupó el mejor asiento a la derecha de doña Rebeca, con quien cuchicheó casi en secreto. Alfredo les devorba con la mirada... Esto, comprendido por la esposa de *Fray Chirche*, dió pretexto para levantarse y salir. Regresó con un charolito a manera de taller, asiéndole de sus dos orejas de níquel. Las copitas balanceaban dentro de los soportes circulares. Los hombres nos levantamos, menos Pepe que repantigado quedóse en el sofá, pero doña Rebeca dijo: «Ud, Alfredo, haga mis veces. Atienda a todos». Farín le obedeció al punto, ofreciéndole con alegría la primera copa.

COPAS Y CIGARRILLOS

Llegó a tanto la desfachatez del *juvenil* coronel que pidió a las claras una copa. «Den algo con que remojar el guargüero, d.jo. ¿No hay cariño en esta casa? Ya no puedo con la sed. Estoy *escupiendo palomitas*». Yo permanecía callado, recreando mi vista en el elemento femenino presente y en la variedad de objetos de arte salpicados por mesas y paredes. Mi asiento, junto al de Alfredo, daba frente a un espejo biselado, que por marco ostentaba un concatenamiento de angelitos, en hermosa

hibridación, con ramos de flores. Los que coronaban el espejo sostenían gruesos cordones con borlas. Prolijamente tallado, que descansaba en artístico caballete, absorbía mi atención, tanto más cuanto que en el espejo se retrataban los rostros de las mujeres presentes y en especial de doña Rebeca que se acaloraba al hablar, reía con adorable gracia y movía los brazos con entusiasmo. D. Fermín se acercó y me gangueó muy quedo: «Permítame», y me llevó a otra habitación, diciendo en voz alta a la concurrencia: «con perdón». Vamos en pos de un pitillo” — Juan José, venga, venga tomemos una copa de fuerte. Este es el primer motivo de mi estrategia para obligarle a salir del salón, al que sólo quiere mi teutona que lleven cositas dulces y suaves; el segundo, es la tertulia religiosa. Quizás callen pronto o varíen de tema para entrar. Hasta tanto, el anuncio de que nos retiramos a fumar hagámoslo efectivo. Vea si le sabe a delicias esta purito de Esmeraldas, ahora este coñaquito para Ud., Juan.

— Tomo por Ud. D. Fermín, y sea esta la ocasión de felicitarle, ansiando creciente ventura para Ud. en hogar tan feliz como el suyo, gobernado por una reina y un genio, le dije en palabras cursis y chabacanas, aunque con persuasión. Sólo faltan los herederos, siquiera el primogénito.

Y seguí con frases de cumplido y tonterías de ca-

jón, que se traducen, a la postre, por mentiras sociales. Llévome Dn. Fermín a su biblioteca.

— Voy a mostrarle algunas curiosidades, dijo don Fermín. Ahora que el reuma me da tregua, saldré de mi terquedad. Aquí tiene el retrato de Fray Chinche (y me presentó un dibujo al carbón en ancha cartulina) Mis amigos aseguran que me parezco. De más hinchado ¿verdad? (Al mismo tiempo frunció la boca y meneó la cabeza.) La dedicatoria es cursi, pero el cuadrito es bueno: recuerdo de un compañero de periodismo que está en Roma. El no sé si me dijo que es de Salguero o Cevallos cuando estuvieron en Europa, pues de allá me lo remitió. Conservo la carta por ahí. La he de releer por curiosidad. Aquí tiene el autógrafo de Vargas Vila que me dedicó un ejemplar de "El Alma de los Lirios" que no pasa de ser un disparate lírico. Este libro, (las poesías de Restrepo) envió el autor a mi Juancho, que prologó la obra, me donó al morir el primer ejemplar de estas poesías que llegaron al Ecuador directamente. Esta medalla artística, obra preciosa de orfebrería del maestro Romero, tuvo la ocurrencia de regalarme el presidente por la versión del inglés de algunos documentos públicos. El intérprete oficial había sido una nulidad. (Meneó la cabeza y torció la boca). De casualidad me hallaba en el gabinete del Jefe del Estado: "Veremos el

contrato", le dije, y comencé a traducirlo. Lléveme a la casa y lo puse en español. Esta es la hazaña. El trofeo: una medalla. Buen negocio ¿no? Este jarroncito de porcelana de Sevres, afirman que fue de García Moreno. Yo lo conservo por otras manos: por las de la Sra. de Sánchez González a quien le gustaron unos versitos míos, traducción fiel de la serenata de Schubert. Fijese en el vasito de cristal de Bohemia legítimo que se asienta sobre aquella consola. Es recompensa de cierta colaboración satírica para *The Punch*. Vino tan bien acondicionado, que está intacto. Ya le abriré series de álbumes y revistas extranjeras, la última palabra en el arte y la fotografía, que le recrearán; pero regresemos al salón: quizá no dispute más acerca de los milagros de la virgen del Quinche. ¡Ah! se me olvidaba: llevemos esta colección de música moderna, lo reciente del parisiense *Album de Música* para que lea Rosita o Merceditas. Los libros registraremos otra ocasión, que no será la primera y última que me visita.

—De ninguna manera, Dn. Fermín. Respira atmósfera de arte que embriaga. Los libros y revistas me atraen. Acudiré a su invitación cortés, y trastearé todo.

—Venga, venga a menudo, y haremos un escrutinio, aunque no como el del cura y el barbero en casa de Quijada.

Al volver a la reunión, el debate místico más animado aún, había pasado de los portentos de la virgen del Quinche a la del Parpadeo, de la Compañía de Jesús, y a no sé qué maravillas de un Cristo viejo que había sudado en no sé dónde, creo que en la Cruz de Piedra.

Alfredo reía y terciaba en la discusión en broma. Carlos tomaba pocas cosas a lo serio; pero las mujeres, al pie de la letra, creían todos los rumores callejeros y se defendían con energía, impulsadas por su fe ciega. Doña Rebeca gritaba con frecuencia. Rosita, en cada frase, atacaba a los herejes de los liberales.

—En paz, dijo *Fray Chinche*. Basta de vulgaridades. Un poco de música, y que concluyan las luchas imaginarias, porque no hay tales carneros, ni son milagros gigantescos esos molinos de viento que ilusionan a mentes calenturientas.

—Sí, dejémonos de macanas, se le escapó a Carlos por segunda vez.

—¡Aaaaay! Jesús y María!, Carlitos, nuestro partidario, católico, apostólico romano, llamando a los milagros, ¿cómo?, ¿qué fue lo que dijo?, exclamó doña Rebeca.

—No me ha comprendido o quizás no me he explicado, señora, repuso Carlos; ruborizado y confuso. Quería significar, digo, me refería, es decir, más bien, mi

pensamiento era éste: que le oigamos a la señorita Rosa sus habilidades en el piano, porque la música distrae más que... que la *maca*... que las más pacíficas adquisiciones religiosas.

—Que toque *al tiro*, Rosita, ya *ya está pu*, dijo Alfredo, levantándose y conduciéndole al taburete del piano. Acérquense Uds, también. Ven Rebe... Venga doña Rebeca.

Y regresó presto a conducirla del brazo. En este momento, sirvieron un vaso de fresco. Rosita lo tomó de cara al instrumento, sentada frente al taburete diciendo:

“*Dispénsamen* que me adelante para complacerles cuanto antes”.

La criada, al salir, chocó los vasos, porque iban en un charol pequeño. Don Fermín menzó la cabeza, y doña Rebeca gritó: “*Aaay*” muchacha, *atufadaa*.

A Pepe, en ocasiones, se le enredaba la lengua. Al tomar dijo “*sa salud*”. Y al ponerse de pie, viendo un hermoso cuadro que estaba delante de dos columnitas de yeso, sobre las que la Tarde y la Aurora, personificaciones vaporosas, exhibían sus carnes impecables y mórbidas añadió cesando apenas: ¿Qué potreros son aquéllos? ¡Qué ricos comederos! ¿Representan gama de olor o pasto azul?

— *Ni anthoxantun odoratun ni dactilys g' me-*

rata, ni raygrás ni ocho cuartos, respondió con sorna *Fray Chinche*. No representa sino un bello país de Martínez, del artista Luis Martínez, mi amigo ¿"sabe"? Ese lienzo, en unión de otros notables del mismo autor, fue exhibido en las galerías del Club Pichincha. ¿"Cómo no se ha fijado, Pepito"?

— No me llama la atención tales *jaranas*. Lo que, mientras usted hablaba, me ha complacido es aquel caballo de yeso que está sobre la repisita dorada. Es perfecto. ¡Qué bueno para carreras! Pero, no, ahora que me fijo bien, es muy pobre de cascos.

— Es obra de Nardí, copia de Bucéfalo. Acerca de él sé una anécdota.....

No pudo continuar, ni contarla *Fray Chinche*, por que, en el mismo instante, sirvieron de nuevo, apenas vaciadas las anteriores de crema de vainilla con demasiado azúcar, sendas copitas de *pipermin* que las presentó un indiecito, de media vara de alto, vestido de militar. "Salude, mi hijito, salude a los patrones", insinuó doña Rebeca, con voz de triple, que trataba de suavizarla. El longuito, atortolado y con cara de estúpido, murmuró: "sacramento alabado".

— ¡Aaay! eso te he enseñado, torpe, bribón, gritó doña Rebeca. Estos *runas* mojigatos son muy rudos. Vén-gase, mi hijito (calmándose) Si te matara, te matara,

Te hiciera oler paico' Te restregara el hociquito. ¡Fermiiiiiii! Atiende, posma, a la reunión. Distribuye personalmente esas copas, en tanto que saluda Kuroqui (así se llamaba el criadito). ¿Cómo se saluda a estos niños?

— ¡Alfredo! ayúdeme, por favor. A Ud. le hace caso. A mí poco me respeta Kuroqui.

Alfredo, levantándose al momento, célere acercóse al longuito, asióle de un brazo y lo plantó en medio de la sala, diciéndole con energía:

— Ya está pu, Kuroqui: Salude al tiro a estos caballeros. Cuadrándose. ¡Firmes!

El moftetudo indiecito, mirando a todas partes, colorado como un tomate y casi llorando, gangueó, con apagada y triste voz, en un tono desesperante, llevándose la mano a la gora: "Baceenos diñjas". Aplaudieron los concurrentes, don Fermín hizo una mueca atroz de disgusto y Alfredo se pavoneó ufano. Doña Rebeca no cabía de bienestar.

— Es un dije mi longo, gritó. A Alfredo ocurriósele por algo es militar, bautizarle con ese nombre que diz que es ruso, japonés, no sé qué. Me lo regalaron hace un año unas parientitas. Kuroquí es de los Chillos. Vino hecho una bola, pero completamente jibaro. Veía a la gente y corría. Trabajo me ha costado dejarle en el estado que le han visto.

Pape Nipas de Farinango del Chacón, que aprovechó de la «petipieza» para sentarse a mi lado, preguntábame con entusiasmo si era cierto que en mi hacienda había *surtido* el trébol.

—El fundo no es forrajero, respondió; pero he ensayado la propagación, por tallos, del trébol rojo, en un huerto chico que tiene facilidades de riego. No sé como se me metió en la cabeza este procedimiento, porque he oído que la fecundación del pratense es muy difícil, porque el polen le llevan de una flor a otra millares de insectos, cuando el viento ha dejado algo y cuando los animalitos abundan.

—Esas cosas no sé, dijo Pepe; pero le aseguro que en mi hacienda *Guaguamula*, sin nada de ciencias ni *jaranas*, con sólo tender las aguas, el trébol crece que es un contento, sólo que el mayordomo me conversa que, maduro el pasto, se transforma en *sinchiquigua*, como el azul.

—¡Qué disparate! ¡Tienen ideas tan raras los chagreros primitivos!

—La yerba de Guinea, y no son *jaranas*, me ha resultado espléndida, siguió Pepe. Me mandó de la costa Mariduel, el mismo que me vendió el tordillo que Ud. pronto conocerá. ¡Qué caballo! Ha estado estos días con muermo, contagio y *jaranas* de la yegua del ayudante;

pero felizmente, le curé anheloso. Mi pomada no falla.

—¿Al ayudante?

—Estoy hablando de mi gran caballo. Parece que Ud. se burla de mí. ¡Ah! le aseguro que es una bestia soberbia, qué *buque* de animal. Con la avena le voy engordando que parece empanada de viento. La alfalfa mezclo con holco blando que tengo en cantidades.

Don Fermín recibió algunas tarjetas. Una de ellas era del vicepresidente de la república. Abrió algunos telegramas, solicitando venia. Al recorrerlos, movía la cabeza y fruncía cómicamente la boca. El tísico Lautaro llegó jadeante a saludarle. Entraron algunas visitas más que yo no conocía. Por dos veces, pretextando lo futilidades, despedíme, antes que hubiera plétora de gente. Se opusieron con tenacidad a que me fuera. Dn. Fermín, llevándome a fumar al corredor de vidrios, me dijo: «Ud. se queda a comer con nosotros. Personas de confianza sólo han venido. Vivo tan lejos y mantengo tan pocas relaciones, que sólo por tarjeta son mis cumplidos. No hay que recelarse, Juan José. No le he de soltar pronto. Nada. Ud. come en casa». Acepté y agradecí, no había más remedio. Al regresar a la sala, ignoro lo que originaría la conversación, más Rosa hablaba con calor del cura de Ars y de su beatificación. Las nuevas visitas contestaban o intervenían con monosí-

labes.

—Sé que poseía un caballo soberbio; dijo Pepe.

—Tal vez por ser del campo el cura Juan Bautista Vianney, observó don Fermín.

—¡Aaay! ya vas a burlarte, hereje, como te llama Rosa, gritó doña Rebeca.

—Si, sí radical, hereje, dijo Rosa. El cura de Ars fue siervo ejemplar: madrugaba, oraba, enseñaba, confesaba, celebraba misa, predicaba, daba caridades.

—Y montaba en el caballo de marras y todos los de en *aba*, respondió *Fray Chinche*.

—De caballos no sé nada, dijo rabiosa Rosita; lo que no ignoro es que el cura de Ars es patrón de los párrocos de Francia. Así lo ha honrado a este venerable su Santidad Pío X.

Y se habría continuado el sermón, si no entraran en este momento, de regreso de las carreras, Paco Flor, Juan Jiménez, Jacinto Guardel y Cristóbal Escuder.

—Llegamos al fin de la jornada, subía diciendo en tono alto Paco.

Su voz, peculiar y gruesa, repercutió por los pasillos. Estos cuatro amigos conocían a medio mundo. No hubo necesidad de especial presentación. Tornaron para los recipientes visitantes, las copas, que fueron de vermut con agua gaseosa. La tertulia entraba en depresión.

Y los temas favoritos del clima tan cambiado y de la salud de ausentes y presentes púsose al tapete.

Lautaro despidióse. Don Fermín, con la mano en el hombro, le llevó a fuera a darle instrucciones para el diario del lunes. Como se olvidara un manojo de recortes, *Fray Chínche* fue a buscarle en su escritorio, y poniéndolos bajo cubierta, le recomendó que no descuidase de reproducirlos.

Tocó retirada Pepito. Como doña Rebeca le suplicaba con norria que les acompañe a la mesa, Nipas de Farinango dijo: «Hágame el favor de disculparme, porque quiero que me conste que le den los polvos del Dr. Tobias a mi caballo. Es un serio experimento, y ya pasa la hora».

—¿Al chagra? preguntóle Cristóbal, o al famoso tordillo *talamoco*?

—No, al alazán grande, ocelado, repuso Pepito

—Que figura tan estrambótica, dijo Jacinto, cuando todavía sentíanse los pasos de Pepe en la escalera, es tan tonto como presuntuoso. Créese el más noble entre la aristocracia. La crema de la crema. Soy miembro de la gran familia, suele repetir en los clubes que rara vez frecuenta, porque tiempo le falta para vivir remontado en sus haciendas.

—Y se fijaron que sólo hablaba de granos, pastos

y caballos, añadió Cristóbal.

—Antes sólo andaba enfrascado en sus polainas amarillas, dijo Paco. De aquí que le llamamos el *Polainas*. No llegaba al fin de su jornada sino a caballo. Su obsesión ahora son las semillas de forraje. Sus dehesas le quitan el sueño. Quiere aumentar la renta del pasturaje.

¿—Con que polvos del Dr. Tobías?, ¡ja, ja, ja!, dijo Juan Jimés. Ya no más se especializa en la cura de la encefalomiелitis infecciosa de los equinos y los denominados «Peste bobá» y «derrengadera».

Su estruendosa carcajada fue comunicativa. Rieron todos, menos doña Rebeca, que gritó algo contrariada: «¡Aaay! en mi casa no quiero que se burlen de nadie, cuanto más de los ausentes».

—Señora, respondió Jimés, recogiendo el guente, hay ocurrencias que valen un tesoro. Reirse de ellas no es pecado. ¿A quien se le antoja corresponder a una invitación galante de matrona tan digna como Ud. con los polvos del Dr. Tobías? ¿Qué relación hay entre la comida que Ud. ofreció a Pepe con las experiencias de alimentación a los caballos? ¡Ja, ja, ja!. Aquí del pensamiento de Tolstoy, por órgano del príncipe Neklin-doff: «Es una cosa horrible la presencia del bruto en el hombre». Y perdone mis humos de erudito. Cosa muy

sencilla; acabo de leer *Resurrección*.

—También en el mismo libro hay otra alusión que apenas recuerdo, dijo *Fray Chinche*: la de que el mismo príncipe, que iba muy preocupado por la calle, quiso hallar solución a sus pensamientos, y en sus mocedades se le ocurrió cierto día preguntar a un muchacho que regresaba de la escuela si sabía deletrear. El niño contestó afirmativamente. "Pues bien, deletrea la palabra pata", repuso el príncipe. ¿"Qué pata? ¿La del perro"? contestó con risa maliciosa el muchacho. Pero estas son tristezas y miserias de la vida. ¿Para qué censurarlas en momentos como los actuales, en los que campean la alegría, la amistad, el porte caballeroso y los sinceros sentimientos?

Ya que te has acordado, Jimés, de aquella preciosa obra de Tolstoy *Resurrección* y de su protagonista, recordemos también que éste, al remate de su incómoda marcha de la Siberia, meditó mucho en el sermón de la montaña, para sacar por conclusión tantas lecciones saludables, no siendo la menor que el hombre no debe irritarse contra el hombre ni despreciarlo, ni acusarlo ni burlarse de él. Y no es que quiera tomar un púlpito o dos en cada dedo y poner cátedra de sabiduría y cristianismo. Mis ideas son bien conocidas: las he expresado con franqueza cuantas ocasiones las he creído oportunas; pe-

ro tú, Juan, abriste el camino y citaste a Tolstoy. Yo seguí la corriente, y, a propósito de Neklindoff, refresqué el nuevo sentido que, al cerrarse la novela, halló en el sermón de la montaña, cuando bregaba por su reforma interior, por el amor a la humanidad, por el bien y la abnegación.

—¿Pero Ud., don Fermín, crítico empedernido, en quien la caricatura es arma festiva y temible, nos viene a esta hora con sermones y acotaciones bíblicas?, respondió Juan Jiménez. A cosas más amenas. Toque el piano y que renazca el buen humor y la alegría mundana.

—Te complaceré, chiquillo; pero, ¡oh, asociación de ideas y fondo supersticioso que ocultamos todos!, he sentido, por la primera vez en mi vida, terror a la caricatura y recóndito arrepentimiento en mis ratos de ocio artístico, de haberme burlado de tanta gente. Tiemblo, hoy que medito en ello, con sólo la suposición de que también seré víctima de la murmuración y juguete de extraños, joviales y picarescos. La pena del talión, hijo. Cuántas deducciones nos han inspirado los polvos del doctor Tobías, que ocupaban la atención de Pepito campechano a la reflexión un si es no es filosófica. Basta. Voy al grano.

Y preludió, después de repasar pianito, la *sinfonía en do menor* de Beethoven. Sus dedos, torpes e

hinchados, fueron deslizándose por las teclas con bastante maestría. Aplaudí tanta habilidad en un hombre enfermo y descuidado que había dado al traste con la música meses ha. El clásico andante resultó dulce y sentimental. Conmovió mi alma, al calor de tantas tiernas remembranzas que las notas del excelente piano me traían. Admiré a *Fray Chinche* que revivía de su postración de alma y cuerpo. Sus canas, que ya las peinaba desaparecieron, sus arrugas se borraron, la hinchazón de las manos disminuyó, el abotagamiento del rostro esfumóse, el rictus de sus labios se desvaneció. ¡Qué transformación! Vi simpático a don Fermín, le miré rejuvenecido. Me pareció el artista que yo conocí años atrás, el hombre de acción, el soltero de exquisito gusto, libre, sano, feliz; y no el viejo casi achacoso, el esteta degenerado, el reumático irascible y quizá el dipsómano en ciernes. ¿Qué misterio había en su existencia? ¿Por qué tenía aspecto desgraciado? Cuando terminó la sinfonía, el feo sexo aplaudió a una, y sus representantes le rogamos que repitiera. No lo hizo como en el estreno. Algo le inquietaba. Sus miradas dirigíanse a menudo al espejo circular que custodian las estatuas de Víctor Hugo y de Goethe.

Nubláronse sus ojos. Pasaron no sé qué sombras por su mente. Y más de dos lágrimas se deslizaron, furivas y rápidas, hasta el marfil del piano. Cuando abandonó el taburete, me pareció que su rostro se había cu-

bierto un velo de tristeza infinita, que desapareció con los enredos y chirigotas de *taita* Puma, que así se llamaba familiarmente. Era don Tomás Puma, viejo de setenta años, parásito de casas grandes. Al dedillo sabía la vida y milagros de la mejor sociedad quiteña. Acostumbrado a almorzar un día en la más encofetada mesa; otro, en la más humilde, por serie de comparaciones, había llegado a apreciar las costumbres sociales de modo tan peculiar, exclusivo para él, que cuando manifestaba sus opiniones hacía refr. Había construido un vocabulario especial, jerga de dichos e insultos españoles y quichuas, diccionario de apodos que divertían a que por primera vez lo oía, pero cansaban por las repeticiones: *taita* Puma, considerándose el más chistoso y el hombre de más mundo de la sociedad quiteña, se ponía a la postre insoportable y pedante, lo que, a su edad,apestaba.

A los presidentes de la república había bautizado con mil disparatados nombres. Anoto los que más frecuentemente usaba: «Chicharrón con movimiento, Burro tierno, Runazambo, Papallumi, Yaguarmaqui, Cabeza de manteca, Sacharruna». Entre los manoseados, también omito los díscolos y demasiado crudos, que, a quema ropa, lanzaba sin miramiento alguno, pesados como plomo y redondos como bola de nieve. Tuteaba a media hu-

manidad. Con los jóvenes adoptaba cierto aire de protección: solía decirles, indistintamente, chiquillos, por más que valieran más que él.

Entraba a los salones como Pedro por su casa, alegre y confianzudo. Desde el primer momento, ponía se a bromear. A Fray Chinche llamóle *Cientopiés*, a Alfredo Gato de yeso, a Carlos Mascarón de tinaja, a los cuatro amigos *Sociedad de la Manta Negra*, y a mí Cuico, todo entre risas y adulos. Con amable tono chancaba, reía y alababa tratando de anular las protestas y alejar los resentimientos.

— Hoy me he divertido en *grande*, dijo. Vengo de presenciar la entrega de la hacienda *El Casco* que Pepito Fantuche arrienda al *Chucchucira* ¿Qué chagra tan bruto éste y qué sencillo el *Polainitas*! Era de martarlo al autor de los inventarios. Figuraban disparates como los siguientes: «Una puerta casi del todo inservible con un atravesaño nuevo». Al margen estaba anotado así: *Herramienta*. Donde constaba la palabra *árboles*, se leía textualmente: «Quinientos árboles sembrados en el fundo». Con la calificación de *material*, borronearon esto: «Cuarto solado de madera». Y así las barrabasadas *en grande*. Casi se van a las manos, porque Pepito reclamaba que los árboles eran cedros, capulíes y sauces viejos, de corte, y no eucaliptos tiernos: «Arlo-

Es son, respondió el Chucchucara, me atengo al inventario». Que las soleras no eran retazos, ni la puerta de ventana sino para tapialera, alegaba *Polainas*, pero el arrendatario se refería siempre a los inventarios. Las cabezas de ganado casi ocasionan otra paliza, porque no estaban especificadas ni se sabían si eran ovejas, terneros, vacas o bueyes. *Omisiones y desatinos en grande escala.*

Llegó la hora de la comida. La guagua teutona, dijo repetidas veces: «Vamos, pues, serviránse una sopita. Justo es que hagan penitencia».

LA CENA

El comedor de don Fermín era la habitación más alegre de la casa. Adornada con gusto y lujo, parecía salón de recibir, al golpe de vista, por la elegancia de los cortinajes, la decoración de cielos y paredes y el marroquí. La mesa central, rectangular, con fina alfombra verde, rematada en garras de león que descansaban sobre felpudo rodapié de dibujos orientales. Había otras mesitas circulares en las esquinas del amplio comedor. Abundaban las palmas, latánias, ficus y otros arbustillos. Los roperos eran muy ingeniosos: patas de pavo disecadas que entre sus garras aprisionaban bolas de marfil. Estos aparatitos tenían por asiento hojas de vid imita-

das a lo vivo. Un cuadro de fajas movedizas, que se superponían con facilidad, anunciaba tarde y mañana el flamante *menú* que, en las grandes ocasiones, estaba escrito en francés. Los días ordinarios, la lista era en español, y no se omitían los platos criollos: arroz, puré de zanahoria, chupe o locro de queso timbushca, seco de chivo, fritangas, costillas de carnero, patas de puerco fritas, mote con chicharrones, habas tiernas, etc., etc., constaban en el famoso cuadro, en el que esta vez se leía lo siguiente: «Potage au riz, a la purée.— Quartier d' agneau roti— Fricassés de poulets,— Artichauts a la barigoule.— Beignets soufflés». Y en letras gordas, al pié: Chat roti a la frére Punaise». Terminaba con los postres y licores.

Reinó la mayor alegría en la mesa, y pronto los concurrentes se expandieron, gracias a las viandas y libaciones. Todos parecían viejos amigos. Doña Rebeca gritaba de buen humor, exigía que entregaran los platos vacíos, obligaba a concluir las copas y multiplicaba su acción con amabilidad y coquetería. Don Fermín hizo algunos visajes como quejándose en silencio de los guisos, porque en culinaria era exigente. El pan italiano lo había preparado él en un hornillo portátil o propiamente asador, aumentado y corregido por Fray Chinche. *Taita* Tomás, con su carácter *adulón*, deshacía en elogios,

ponderando los alimentos, los vinos y el arreglo correcto de todo, en especial del comedor.

— Pocos ricos, agregó, se desayunan en habitaciones racionales. Sus comedores son sucios y desmantelados. Algunos hacen de los comedores desde dormitorio hasta oratorio. ¡Cómo desearía traerles a las *mamas* Cocos, viejas que poseen más de un millón de pesos, para que aprendan a vivir como racionales y *en grande!* Y qué susto llevaría don Felicísimo *Cangahua* al entrar aquí! El, que en sus haciendas no tiene un poyo sobre que tenderse, ni un pellón para mantell. Créen que, con llenar el estómago, el negocio está terminado. Para esta vida transitoria, aun que sea en cua'quier ángulo de la pesebrera harfa penitencia, con una batea de maíz y otra de *churos*, o *cusos*, por delante el indio Vicente, a pesar de los miles de patacones que guarda como mono con huevo. No todos son decentes como mi don Fermín. ¡Qué viva el cachaco Cientopiés, siempre con muchas monedas, sano y feliz en unión de su esposa, la noble y hermosa señora Rebequita!

— No es necesario ser rico, respondió Fray Chínche, para vivir con aseo. Vean que aquí no hay nada costoso. Todo depende de la buena distribución. Esas plantitas son poca cosa. ¿Qué cuesta cultivarlas?. Fíjense. Las jardineras con barrilitos pintados: hay tiras

de madera superpuestas con gracia. Esos roperitos se me ocurrió hacerlos con una bioca de paciencia. Los aparadores son sencillos y baratos. Los graciosos que tienen los puse con nada: cuatro sucres o suma parecida. El marroquí del piso es a precio cómodo y, además, se lo lava cuantas veces uno quiere. Las galerías de los cortinajes las formé de cartón con peluche: su alma es de virutas, lana, adhesivos, y ya ven qué raros y elegantes parecen. Aquellos espejitos usados, eran impropios para la sala. Con el marquillo de terciopelo y uno que otro adorno, están coquetones y pasables. Las columnatas de la esquina son de alma de carrizo. Para el peso que llevan: fruteros de loza, no se necesitaban más sustentáculos. Las decoraciones son *penelipes* que me vinieron casi regalados de Europa. Total: lo que más me cuesta es esta mesa neyorkina de alargar; pero ¿quién no puede hacer el sacrificio de pedir al exterior una mesa de piezas? Lo único que aquí resplandece es el aseo, mucho aseo, aire puro y luz, más luz, que no me consaré de pedir como Goethe, hasta que me muera. ¿Ya se convence, *tai-ta* Tomasito, de que no hay tales carneros?

Lo que también le abona, sentenció Puma con brutal franqueza, es que no le molestan los guaguas. Por algo dicen que quien con muchachos se acuesta. Marido y mujer gobiéranse bien; sin el rosario de los hijos, las cosas marchan a pedir de boca, aseadas e intactas.

Con chiquillos, todo anda revuelto: que ya se desportilló un vaso, cayó en trizas un centro de mesa, se manchó el papel tapiz, que ya desmoronaron la pared, arruinaron el jardín y obstruyeron la cañería; que ya le sacaron un ojo al granuja vecino, pusieron bigotes hasta las estampas de los santos, arañaron las fotografías, regaron tinta sobre los muebles: disgustos en grande. Los guaguas son una calamidad. Feliz usted que está libre de esa grillera de cabros y demonios.

— Más bien infeliz, diga, don Tomasito. ¡Ay! esta aparente tranquilidad del hogar, esta paz de los sepulcros, cuánto me asusta. Triste de la casa no alegrada por un angelito rubio. Pensar que va extinguiéndose la familia, que con uno perece su nombre, que con uno se acaba todo, y que nadie queda en el mundo a llorarle, a recordarle o quizá a imitarle, es muy doloroso. Los hijos, dulces lazos del matrimonio, unen estrechamente a la familia y hacen llevaderas las recónditas amarguras que el corazón sabe ocultar. Sin ellos, desesperante vacío se encuentra en todo.

Doña Rebeca, roja, ya por la emoción que le causaban estas palabras, ya por la abundancia de comida y licores, callaba congestionada. Su mirada, ardiente y misteriosa, se clavó primero en su esposo y recorrió después, lentamente, la mesa, hasta fijarse en el extremo o-

puesto, en el que Farin departía con calor junto a Rosita y le ofrecía bocadillos de postre. Colocado a la izquierda de la teutona, yo le atendía con frialdad: no sé por qué esta mujer voluptuosa, de expresiva mirada y carnes rozagantes, ya no me inspiraba el mismo respeto que antes, cuando, majestuosa, pasaba como una reina, llevándose de calle las miradas codiciosas de los transeuntes y arrancando exclamaciones de envidia de las mujeres del pueblo.

La escena del *gato asado de Fray Chinche* fue sensacional. Tragamos todos el anzuelo, y yo hasta con advertencia, por aquello del letrero; pero, en verdad, el guiso no me supo mal.

Los recelillos y asco se fueron con uno de Chataeu-Laffite, seguido de un Chambertin.

Las mujeres más alharaquientas y sensibles, protestaron entre enojadas y risueñas, no sin alguna revolución de tripas, que fue combatida con sendas copas de vino. «No ha habido engaño. Ahí está el ambigú», repetía Dn. Fermín, complacido por la genialidad.

—Aquí hay gato encerrado en el estómago! dijo Carlos con alguna intención.

—Atracón de gato en grande. ¡Huy! ¡huy! que me araña las tripas, murmuraba Tomás.

—Un gato que llega al fin de su jornada en esta

tumba, observó con voz ronca y peculiar Paco Flor, cruzando las manos en el estómago.

¡Cuidado con las mujeres!, exclamó Guardel. El gato es o mejor dicho las gatas son muy fecundas. Quien come carne de gato o de conejo no es por más tiempo estéril. Parece que don Fermín lo ha hecho intencionalmente. ¿Qué opina de esto, doña Rebeca?

— Lo que he oído más bien es que los gatos son celosos, dijo Alfredo, sin dárle tiempo a responder. Hay furbundos dramas de amor en los tejados y esos animalitos felinos, echando chispas por los ojos, se despellejan sin misericordia, quedando su piel en tiras, como las correas.

— Por tanto, no debías comer de esa carne, le contestó taita Tomás, porque van a pelear en tu vientre el gato de yeso con el *chat roti o roto*, como sea, de don Fermín.

Con el mismo tema del gato, continuaron dirigiéndose pullas y chistes que era un contento.

Terminada la comida, pasamos al salón a tomar el café. Rosa tocó no sé qué piezas de su repertorio. Improvisóse típico baile, a indicación de la rubia dueña de la casa, que con el rostro más encendido y sus grandes ojos brillantes, estaba hermosísima. Fuíme acostumbrando a sus gritos, y a la postre no me chocaron. En el largo co-

redor que daba a la calle, oscura y silenciosa a esa hora, apartadas las orquídeas y demás plantas tropicales y corridas las cortinas de lona que se ajustaron con múltiples hebillas, empezaron a deslizarse las parejas. Don Fermín no bailó, sino que, acercándose al piano, reemplazó a Rosita y, desde luego, le superó en la calidad de música. Doña Rebeca, ágil a pesar de su gordura, daba vueltas como un torbellino en brazos de Alfredo que bailaba con gallardía y gusto. Taita Tomasito entró a acompañar a *Fray Chinche*. Menudearon las cremas de rosa el anisete de Burdeos y el *noyau* para las damas; los hombres bebíamos cerveza. Las horas transcurrieron rápidamente. Cuando a las once intenté despedirme, levantóse un clamor, quitáronme el sombrero y lo escondieron. Entraron a bailar en la sala. Paco Fior pidió permiso y retiró la mesa central, con todos los adornos y cachivaches de porcelana y de barro cocido.

Guardel y el coronel desaparecieron de la reunión, pero a poco les ví entrar con dos tipos muy curiosos: un negrito claudicante y sonreído que sentóse al piano, y un chispín muy risueño que se puso a hacer maravillas con su *rondín*. El entusiasmo creció, gracias a la música del negro Luis y del cuco Arias.

Don Fermín se retiró a dormir y Alfredo, muy achipado, había ido a tenderse cuan largo era en una ca-

ma de por ahí, a *quebrantar el sueño*. Las copás menu-deaban. Doña Rebeca se eclipsó de la sala; pero nadie lo notó, cuando el coronel, asiéndome fuertemente del brazo, me llevó al interior de la casa, obligándome que anduviera de puntillas, cómicamente poniéndose el dedo en los labios. En un cuarto a oscuras, precisamente el en que reposaba Alfredo, oímos cuchicheo y rumor de ósculos. Con imprudencia, penetró el coronel. Yo escondíme en la habitación contigua. "La multa, la multa; yo cobro la multa", gritaba entre carcajadas. Salió de brazo de doña Rebeca y en el pasillo la besó escandalosamente, diciendo *que había que asentar*. Sacudióse ella y entró al salón.....

La del alba sería cuando supliqué se me devolviera el sombrero. Doña Rebeca me obligó que empeñara mi palabra de visitarla a menudo y se deshizo en ofrecimientos corteses. Antes de partir para la hacienda, regresé tres o cuatro veces a tan amable casa, de la que nunca faltaba Farín. En la última, fui con Carlos, la víspera de partirme al norte. Obsequiáronme exquisitamente. Nos quedamos a la comida, y la velada se prolongó hasta las once. Salí con mi amigo añorando en mi interior aquella escena amorosa y atrevida, y compadeciendo a la víctima.

Alfredo nos significó que se entretendría un rato

más y que después se retiraría *al tiro* a su cuartel. Había ido a caballo.

Fray Chinche me recomendó que fuese su correspondiente en el norte, que le ayudara con noticias y telegramas y que me interesase por esa ubérrima sección de la república.

PINCELADAS DE LA TIERRUCA

TERCERA PARTE

EN IBARRA

— Conque, Juan Jota, ¿qué idea te has formado de la teutona? Creo que para muestra bastan pocas visitas.

— Guapa mujer, capaz de robar el albedrío a cualquiera; pero muy gritona, contesté a Carlos, sin darme por notificado de las incorrecciones de marras que la casualidad trajo ante mis ojos.

— No me hables de pérdida del seso ni de volup-tuosidades, ni de los chillidos de la graciosa rubia, ni de *macanas*: el alma, lo que palpita en nosotros, este fuego latente quiero que analices con frialdad. ¿Qué clase de mujer te parece en el orden espiritual? Ya sé que en el material es obra hermosa, casi impecable.

— Un juicio al respecto es aventurado, Carlos. ¿Quién puede penetrar en ese mundo interior que se llama conciencia? Doña Rebeca, por lo que he presenciado; es de buenos sentimientos, obsesiva, atenta: no le gusta que despellejen al prójimo con el bisturí de la murmura-

ción. Demasiado franca y temperamento vivaz, no aguanta reticencias. Su educación se resiente de prejuicios y morales defectos: es fanática y campechana; pero, en el fondo, distinguida matrona.

Por lo visto te ha impresionado su belleza o no quieres franquearte por tu repugnancia invencible a hablar mal de nadie.

Al fin, eres peor que un reportero, un confesor o uno de la policía secreta: me vas a obligar a desembuchar todo. ¿Sabes lo que pensaba a sulado en la mesa? Esa majestuosa mujer, ignoro la razón precisa, ya no me inspira el respeto que antes de ahora. Tratándola, sea por el alto concepto en que la tenía, sea porque mi ideal fue otro, ha desmerecido para mi santiguada.

— Peor sería, si tú supieras las historias que yo me sé, aunque sospecho que algo barruntas y, sin embargo, callas. Pero, ya es tarde, otro día lo sabrás.

— Bueno. Vayamos a las sabrosas confidencias con la almohada. No te pierdas, Carlos. Mañana pártome al campo. Vente por la hacienda, ingrato. El día que desees, te mando un rocinante, paje, escudero: todo lo que tú quieras.

— Gracias, hijo. De repente, como la muerte, me tendrás por allá. Ya me desenredaré de tanta macana de oficina, y entonces tomaré por mi cuenta a algún asueto.

¿Vas a permanecer en Ibarra algún tiempo?

— Dos o tres meses, a lo más; lo indispensable para montar el trapiche y organizar la molienda de caña.

— ¿Piensas destilar aguardiente o dedicar los caldos sólo a panelas?

Desanimado estoy de lo primero, por la maldita Ley de Aguardiente, gracias a la cual los propietarios pequeñitos tralajamos sólo para el patrón Fisco. ¡Qué hacer, si esta tierra es de dificultades! Desperdiciaré las cachazas, concretándome exclusivamente a la elaboración de raspadura.

¿Es ventajoso remitir ese artículo a Quito o realizarlo a granel en tu mismo fundo?

De todas maneras, no obstante el caro transporte, algo se gana enviando a la capital, aunque el mercado aquí es voluble.

— Conque, anhelando prosperidad en tus negocios, te abrazo efusivamente, Juan José. Adios, y escíbeme.

— Adiós, Carlitos. Dáme, pues, el gusto de verte por allá. No descuides el correo. Seré puntual en comunicarte mis pasadas. ¡Adiós!

El viaje me fue penoso por el mal estado de los caminos. El páramo de Mojanda se portó como un villano. La vuelta de los *Azahares*, fangosa a trechos, terminaba en una sima de lodo llamada *Curubí*, atolladero por donde por casualidad se sale con vida. Al fin la risueña

Otavalo dejó admirar la torre de su iglesia, y allá, perdida entre lo brumoso, la dilatada laguna de San Pablo, circundada de follaje.

Contra mis proyectos, la permanencia en Ibarra se prolongó diez veces más de lo imaginado. Fracasos agrícolas, pérdidas industriales, contratiempos de salud y de dinero, retuvieronme en el campo dos años fatales. Un día moría con torozón la vaca más costosa; otro secábase la acequia de regadío; otro, el tropiche de pacotilla amanecía como boca de vieja: sin dientes; por la tarde aislábanse los tornillos de la presión, y por la noche, el mayordomo agonizaba con tercianas. A la postre, rompióse el eje de la madre masa, por no ser de acero pieza alguna del maldito molino. Crecientes gastos diarios, demora interminable, enfermedades y cóleras, he aquí lo que me deparaba la suerte.

Como un oasis a tantas miserias y vicisitudes, las fiestas del centenario transformaron el desierto, ahuyentando por una semana la soledad y melancolía. Escribí a Carlos que viniera, por ocho días, por cuatro, por los que buenamente pudiera. Accedió, tras sacrificios y esfuerzos. Cúpome el gusto de que me acompañara hasta el término de los regocijos populares, con motivo de la fundación de la ciudad que, hace trescientos años, brotó de la imaginación de don Miguel de Ibarra y del robusto brazo

de Cristóbal de Troya. Con el pretexto de los ejercicios ecuestres, acompañó también Alfredo Farín, con regular calzagata y paseando sin empacho a doña Rebeca.

El misterio del viaje propagóse en breve en el círculo de los amigos que compadeían a don Fermín y de los que se indignaban de su debilidad y ceguera. Capaz era él de perdonar a su desleal esposa toda monstruosidad por un menbrugo de amor. En tanto que él moría por ella, la teutona le odiaba y pretería. Cartas, súplicas, nada ablandaron la dureza de su corazón extraviado.

— La naturaleza ha hecho gala de sus dones en Ibarra. Por donde quiera campos de verdor, bosqueillos alegres, jardines, decíame Carlos; pero, para la prosa de la vida, es todavía ciudad incómoda.

— Considera, le respondía defendiendo la hermosa población de mis cariños y recuerdos, que el terremoto del 68, flagelo formidable, todo lo arrasó, todo. Lo que ves tiene pocos años de vida. Todo es nuevo.

— Sí; pero ciudades menos importantes por su riqueza natural poseen un mal hotel siquiera. ¿No me has dicho tú que en el *Rosental* y el de la plaza Moncayo se han abierto sólo para los actuales festejos? ¿Cómo pueden vivir los forasteros sin posada, mesón, venta, sin una fonda donde comer y refugiarse? Ciudades sin hoteles, sin periódicos, sin esas otras cosillas que tú me comprenderás fruto de la civilización, ¿no es cierto que son ma-

caras, sepuleros hermosos por fuera pero tristes por dentro?

— Culpa a los gobiernos descuidados. Si no hay vías expeditas de comunicación, ¿cómo exigen más adelantos? Dame trenes, o siquiera buenas carreteras, y verás tú lo floreciente de ese pueblo en cualquier terreno. Aquí hay genio, habilidad natural, sentimientos artísticos. Fíjate en las manufacturas, obras de e fuerza propia, trabajos delicados, labores de mano que están en la exposición provincial. No hablo de los productos del país que son variados y corresponden a diversas zonas, desde la caña de azúcar al maíz. Respecto a la sociedad no tienes qué quejarte. Obsequiosos educados, pacíficos, trabajadores son los ibarreños. ¿Y qué dices de las hembras? ¿Dónde has visto tipos más hermosos, perfilados y espirituales?

— No me quejo. Caras bonitas abundan, chiquillas espigadas, v aparosas, ideales, con cuerpos de ángeles, pero sin alma. Les falta vida, porque carecen de roce social. Aun son *macanas* de franela.

— No digas eso, porque me enojo. Defenderé a las ibarreñas siempre, con todas mis fuerzas, porque en ellas hay virtud, sencillez, hermosura, candor de costumbres, pureza física y moral. Yo las respeto y admiro. ¿No aprecias las notas de distinción que acaban de dar-

nos en la velada literaria? ¿No te regocijas de las victorias de la inteligencia de las mujeres ibarreñas? Soy feminista de corazón. Defenderé al bello sexo hasta morir, mucho más a seres adorables que he aplaudido en los torneos del estudio y del talento artístico, como las altivas y seductoras imbabureñas, ejemplares en el hogar y en la sociedad.

— Ya te vas a exagerar y salirte por tu registro. Justo es que cada cual alabe su propia *macana* o queso rancio.

— Te equivocas. Amor no quita conocimiento. Además, ni siquiera soy de Ibarra. La pequeña hacienda que poseo no es herencia, propiedad antigua ni cosa parecida. La estoy organizando, porque no hará tres años que la compré. ¿Por qué puedo pecar de parcial? Opino, porque las conozco a fondo. Tú eres viajero, impresionista, turista o como sea. Estás de paso. No puedes aventurar juicios tan a plomo. Siempre dudando de todo, a pesar de tu ardiente fe católica. ¿Por qué no piensas lo mismo que tu Eloísa?

— No te sulfures, hombre. De gana te has desviado del asunto. Basta, doblemos la hoja. ¿Cómo ha sentido el experimento de la avena? Me parece que en tu hacienda falta agua. Muy secos he hallado los potreros y algo deficiente la caña criolla. ¿Por qué no siembras siña?

— Tengo entre manos muchos proyectos. Quiero abrir una acequia. Veremos Dinero; dinero, me hace falta. He ensayado otra clase de caña á abo: sueños; entretenimientos. Cuéntame algo de Quito.

Estos eran nuestros diálogos cuando no comentábamos el escándalo de doña Rebeca, a quien su esposo perseguía ayudado de la fuerza pública. Ella se había eclipsado, y la buscaba sin descanso para reducirla al hogar. En el pueblo chico la murmuración ardía que era un incendio.

LOS GENIOS DE PROVINCIA

En una cantina, como muchas que en los pueblos más pintiparados se ven, solía reunirse las noches un quinteto de alegres muchachos, soñadores de aldea, que hacían gala de sus lecturas idigestas y se creían los genios llamados a regenerar a la patria por el fácil camino de la diputación o de la revuelta. La tenlucha, mezcla de abacería, de almacén de trapos, de peluquería y de estanco, se componía de dos habitaciones oscuras, separadas por rafo cortinaje y por un tramo de estanterías. Allí charlaban estos cinco jóvenes, que daban en la flor de llamarse bohemios: Roberto, Manuel, Lucho, Pablo y Adolfo. Cada cual contaba los más fatimos capítulos de su vida, con promesa de escribirlos. Uno de los genios embriona-

rios refería que su novela ya estaba en esbozo, con un comienzo de esta laya: «Ya no de la espetera, sino de la escalerilla de mi empolvorada escribanía desmonto la mal tajada péñola mía para escribir, a manera de cuento corto, algunos recuerdos de la vida alegre de la juventud, aunque el episodio que he de consignar sea triste; y digo vida alegre, por referirme a la libertina. A Antístenes, moralista que creía que la virtud es la abstinencia de las cosas externas, al filósofo que aconsejaba se viviera según la naturaleza, por ser el estado más perfecto, díjole Sócrates: «Te descubro la vanidad por entre los agujeros del manto». No tengo ni la moral severa de Antístenes ni en mi sincero relato hab á fatuidades dignas de la censura del hijo del escultor Sophronisco y de una partera, bohemio nacido en A'lopece, arrabal de Atenas».

El grupo de amigos aplaudió estrepitosamente. Entre ellos, era coloso de cuerpo e inteligencia un muchacho charlatán al que llamaban Dumas, por creerle retrato exactísimo del novelista mulato. Le habían formado su historia, procurando ilustrar aquel sobrenombre con datos auténticos.

Cierto día Castelarillo, otro compañero que peroraba sin descanso, y más tarde llegó a figurar en el foro, entró con tamañaza cartulina, en la que había escrito al reverso las siguientes palabras, un tanto alteradas y de autor que no avisó: «Este que parece un fantasma o más

bién el mismo Dumas padre, de carne y hueso, que acaba de levantarse para reanudar su titánico trabajo, suspendido por un error de la muerte, es nuestro amigo Roberto Humato, alias Dumas». Levantáronse a mirar la fotografía, con tal curiosidad, como la que dominaba a profesores, alumnos asistentes y servidores cuando Alejandro Dumas visitaba a su hijo colegial: saltaban a una, como sacudidos por corriente eléctrica, para poder contemplar siquiera un instante por las ventanas y rendijas de las puertas «a aquel mago, a aquel coloso, a aquella enorme cabeza desgredada que llenaba el mundo con su fantasía». Por el Dumas falsificado, sabían sus amigos muchas anécdotas del auténtico y del sucesor. No ignoraban que cuando sonó el Dumas hijo, sus muecas eran tan feas que hicieron exclamar a Amicis para sus adictos: «Diablo, parece un negro». A fuerza de inquirir la vida de Dumas padre, llegaron a saber que solía admirarse cuando veía a todo un Chateaubriand dar de comer en el corral, patriarcalmente, a pollos y gallinas, lo mismo que la condesa Pardo Bazán, cuando oía en el Ateneo al insigne dramaturgo José Echegaray explicar... matemáticas.

Era un sábado, una de aquellas noches que el pedante círculo de amigos calaveras llamaba de brujas, noche en que solía divertirse de lo lindo, como lo hacen los solterones y sobre todo los jóvenes. Apellidaban tam-

bién sabáticas a esta clase de sesiones de jolgorio, de juerga, de amor mundano, de risa, de embriaguez. La cantina donde se congregaban parecía urna etrusca, aunque no por lo artística, por lo pequeña, por lo querida. Imperaba allí la independencia. Gozábase del aire del campo, porque estaba situada en los alrededores de la ciudad y se oía murmurar al Taguando. De allí nacían las chirigotas, los chistes, los versos jocosos, los poemitas eróticos, los cuentos fantásticos, los *cachos* colorados y las aventuras de duendes y aparecidos. Refiriéndose a éstos últimos, Castelarillo, solía repetir con Voltaire: "Todos hablan de ellos y nadie les ha visto jamás".

Sería casi la del alba, cuando asomó el buen Dumas un tanto achispado, de brazo de una rubia. Hizo su entrada triunfal, saludando ceremoniosamente y diciendo: "Queridos amigos: Me siento feliz. Sócrates tenía su demonio; Moisés, fruto clandestino de Termutis, hija de Faraón, su zarza ardiendo; Numa, su ninfa Egeria, aconsejadora; Plotino, su querida diva, Mahoma, otro bastardo, su paloma y su Cadisca, Shakespeare su velador, Goethe en la vejez su querida Ulrika de Levezow, último amor, y yo tengo mi melcocha, Delfina. Muchachos respetadla. Esta chiquilla que os presento me manda, con su hermosura, recordar el cuadro sublime que nos pinta Lamartine cuando contempló el dulce rostro de Delfina Gay, al borde del precipicio "entre el vértigo y el

suicidio de las aguas" de la cascada de Terni donde improvisó Byron, acompañado del rumor de las ondas del Vellino. Vedla, queridos amigos, parece una flor de cera, espigadita y pálida en fondo rubio, porque «el alma, la pasión, la piedad, el entusiasmo y el pesar tienen el color pálido». Todo se reúne en esta dama. ¿De dónde la he traído?. Suponed que es un aparecido, algo vaporoso, intangible, que la he encontrado al pie de la chorrera del Taguando, en la cima del Imbabura, o sentada junto a la pila de la Plaza de Caranqui, en fin, en un templo, en la calle, en un tabuco, donde queráis. Así la concibo en mis sueños, así la canta mi poesía, «esa elasticidad comprimida de las almas». De ella no podré decir lo que Lamartine de la que ya os he citado, de la tocaya: «La amé hasta el sepulcro, sin acordarme jamás de que era mujer. . . La había visto diosa en Terni». La amaré mucho, pero acordándome a cada paso de que es mujer, nada más que mujer: vedle a mi Delfina, rubia, suave». Atónitos se quedaron al oírle. Después de serenarse y hacer los honores a Delfina, Castelarillo compuso una *improvisación*, dando la bienvenida a la puca y felicitando a Dumas. Terminó así: «Si Miguel Angel decía de Homero: "Cuando leo a Homero me miro para ver si tengo 20 pies de altura", ¿qué diré yo de mi Dumas, al verlo y al oír su erudición cuasi a la violeta?»

Este no se quedó corto y contestóle con ingenio, citando a Víctor Hugo: "Job, comienza el drama" Así tú, Castelarillo, que le imitas. Viva el flamante Job. "Colocó a Jehová en frente de Satán: el mal desafía al bien y se empeña la acción". Al fin tengo de vencerte, porque represento al bien, sobre todo en compañía de mi Delfina".

De pronto, ésta sintióse mal y tambaleándose salió al corredor. Dumas precipitadamente la siguió. Oíase como que vomitaba, entre quejidos penetrantes. Después de un rato, entró más pálida. A Dumas se le habían desvanecido los humos alcohólicos, de la emoción, sin duda. Quedóse Delfina como un papel. Sudaba frío y se le perfiló la nariz. Se asustaron. No tenían qué medicamento proporcionarle. Las boticas estaban tan lejos y era tan tarde. Ocurrióseles prepararla un coñac caliente, logrando producirle la reacción. Le obligaron que se recostara. Al fin, se durmió. Una hora después, roncaba apenas, o mejor soplaba con cierta sofocación.

— Bueno, Dumas, dijo Adolfo, cuéntanos con formalidad la historia de esa muchacha. Felizmente no puedo oírnos. Tengo idea de haberla conocido.

— Sí, sí, repusieron en coro los provincianos geniales.

— ¡Chits! ¡Silencio!, contestó contrariado Dumas,

pueden recordarla. ¡Ah! si supieran. Es un ángel. La vengo sacando del lodo.

— Creo que estaba borracha, dijo Castelarillo.

— No es verdad: sólo yo lo estaba. Habíamos bebido tanto en esa reunión de los diablos, menos ella.

— ¿Sabe beber? Y tan aseñorada, exclamó Adolfo, con cierta intención.

— Qué cosa tan triste y tan rara, añadió Castelarillo, en són de burla.

— Es la primera vez que la conozco, siguió Dumas. ¿Cómo puedo saber? Desde que entré al sotabanco me miró con fijeza. Al fin, entre copa y copa, se insinuó y me dijo: "Sálveme. Sáqueme de aquí. Esta atmósfera me mata". Había seis mujeres más, dos de ellas viejas y feas, y las demás jóvenes agradables. Tocaban guitarra y bandolín. Bebían aguardiente los hombres. Las mujeres, un vino detestable que teñía los vasos. Un soldado de aspecto terrible y grandes botas roncaba en un rincón. La negra vieja, como una harpía de faca, apuraba las copas con voracidad. Después, con un clavo que quitó de la pared, destapó a duras penas y valiéndose a modo de martillo de una piedra, dos latas de sardinas que empezó a devorar con los dedos, participando con su compañera anciana, con soquetes de pan negro que sacó del seno.

— ¿Y cómo dices que es un ángel?, le observaron.

— ¿Cómo saliste?, preguntó Adolfo.

— ¿Cómo te has enamorado de ella tan pronto? recalcó Castelarillo.

— No me van a dejar concluir, dijo Dumas. Ya aclararé todo. Escuchen. Otro rato, acercándose más, avisóme su nombre. "No estoy etria, repuso. Tomo o finjo tomar para que no me obliguen. Algo he tragado, pero lo demás he arrojado al suelo, al pañuelo y hasta al seno. Me siento saturada de licor. Séqueme, por favor, de aquí. No soy mujer mala, ni de las que juzga usted, dada la compañía y el sitio en que me encuentro". "Vamos a ver, que ande esa pareja". El bochinche era horroroso. Un zambo se había caído de la silleta y dormía haciendo de almohada este mueble. Menudeaban las copas. Un picoso y medio jorobado empezó a cantar. Su voz ronca y aguardentosa me llenaba de pavor. Era un verdadero aquelarre la reunión. ¿Cómo entré a esa sucia manflota? Obra de copas y seducción de mujeres, a quienes conocía Marcol que me introdujo al conciliábulo. Las cuatro muchachas eran bonitas, pero astrosas. La mejor de la concurrencia, hasta por la indumentaria, Delfina. A otra, a ratos, le llamaban Manuelita. Sucitóse un pleito fenomenal, porque quitaron la silla al borracho y éste cayó sobre los ladrillos como un mazo. Debe haber recibido fuerte

golpe en la cabeza. Salió en su defensa el guitarrista y se armó la tremolina. Marcol charlaba y defendía a todos, las mujeres chillaban, el soldado recordóse medio alelado y no pudo hacer nada; las viejas arañaban inconscientemente. Al fin, acabóse la vela de cebo. Sentí que me asían bruscamente el brazo y me arrastraban para afuera. Era Delfina. Apenas notaron nuestra huída, salieron vociferando a la calle. Habíamos volteado una esquina, cuando llovieron guijarros. Oímos dos a tres disparos. Los celadores pitaban. Nos refugiámos en una tienda vacía que atrancamos como pudimos. En un silencio, escuchamos el tropel de la policía, los gritos y denuestos contra nosotros. "Siganles, síganles", decían. Pasaron como alma que lleva el diablo por delante de la tienda. Delfina temblaba; yo no las tenía todas conmigo. Así estuvimos no sé cuanto, que nos pareció un siglo. Hemos llegado más muertos que vivos. Al entrar donde ustedes, serenóse el alma. Sería bien que cerraran la puerta principal. Pueden habernos seguido la pista, o los guardianes que notaron nuestro paso acelerado, dar alguna razón indiscreta.

Momentos después, Marcol golpeaba desahogada-
mente. No le abrieron por prudencia.

El relato de Dumas impresionó; estableciéndose una corriente de curiosidad y de simpatía hacia Delfina, com-

pañera de Manuela. Fue preciso desvestirla a que durmiera mejor. Su ropa, saturada de licor, pusieron a secar en el pasamano de la estantería. Al verla semi desnuda, Dumas dijo que parecía una de las tres Gracias de Sócrates, el primero que introdujo la costumbre de presentarlas vestidas. Es una *Gracia honesta*, como las llamó Horacio. Efectivamente, era hermosa la muchacha. Dumas, hijo, al verlas en ese traje, las hubiera bautizado de "belles bêtes", como apellidaba a las mujeres hermosas y desnudas.

El resto de la madrugada lo pasaron bebiendo, charlando y fumando. Dumas, el más aficionado al alcohol, ensartó mil diparates y curiosidades, dichos geniales y anécdotas. Era el más instruido en historia. Su imaginación loca soñaba a menudo con extrañas cosas. Hacía versos y componía narraciones novelescas, a veces, sin cohesión. Tenía, de borracho, la tema de las conferencias y prodigaba *latas* de lo primero que se lo ocurría. Con una copa en la mano, que él llamaba musa, hablaba sin cansarse. De pie, o puesto en dos pies, cómo decía Adolfo, Dumas se destapó así: "Amo la poesía, como amo a la mujer. A ninguna puedo calumniarlas. Cuando a Diógenes, que se me parecía en lo pobre, en lo errante, sin patria ni asilo, en lo del valor que sabía oponer a la fortuna, la naturaleza a las leyes y la razón a

las pasiones, le preguntaron cuál era el animal más dañino, respondió: "Entre los animales salvajes, el calumniador, y entre los caseros, el adulador". Ni adulo ni calumnio; digo lo que siento. La suerte de Delfina me interesa: no la juzgo mal. Mañana, cuando se explique y pueda comprenderse, le aconsejaré este lema estoico: «soporta y absente». Que soporte nuestras impertinencias, nuestra pobreza y se abstenga de todo lo vedado. ¿Qué importa que viviendo en nuestra compañía le juzgue mal la sociedad? Me volveré Diógenes para contrarrestarla. Seré, como él, «la ironía interna clavada en el corazón de aquella sociedad corrompida». Me mefaré, como él, de las debilidades que no pueda destruir. Aristóteles aceptó de Alejandro 800 talentos para comprar una librería, en tanto que Diógenes pedía al gran Conquistador que no le quitase la luz del sol. Esto mismo pediré a la sociedad. Que me deje soñar, pero que no me corrompa con su oro. Que me permita limar mis versos y afinar mis ideales con más prolijidad que la que empleaba Isócrates en pulir sus panegíricos. Para el de Atenas se tardó diez años. ¿Qué se me da que resulten con este exceso muy rebuscados, como el discurso de Isócrates que al principio fue bueno? Romperé todos mis escritos antes de morir. ¿Para qué conservar nada? ¿Qué le importa a la posteridad un relato, una apuntación más o menos? Basta con las acciones. Pienso como Francisco Bauzá: «Sólo

a los hombres ilustres les es permitido dejar memoria de sus acciones para escribirlas». Tal sucedió con Sócrates, Diógenes y Jesús. Les imitaré a medida de mis fuerzas. Casi en nada creo. Sólo el amor me seduce, la mujer me dignifica. Por esto, adoro la poesía. El patriotismo me choca. ¡Se le ha explotado tanto!. A su sombra, especuladores sin conciencia han llenado su ambición y su bolsa, su estómago y sus baúles. Yo también soñaba con el patriotismo. Había leído hermosas narraciones. Me conmovía, lloraba al ojear que el patriota Riga murió en el patíbulo, Korner en el campo de batalla, que Rosetti pagó con treinta años de destierro las 30 estrofas de su himno a la libertad. La poesía patrótica encendía la sangre de mis venas. Me había empapado en la lectura de los poetas patriotas como Ruckert, Eichendorff, Arnot, Rosetti, Schenckendorf, Berchet, Mameli, Poerio, Mercantini y Pablo Derouléde, que en sus *Cantos al soldado* respira tanto patriotismo. A propósito, de ese francés, decía Víctor Hugo: «Vuestro nombre ha precedido en mi casa a vuestra persona; y es preciso que haya hecho mucho ruido para llegar hacia mí, porque yo no pertenezco a este mundo». Y lo que más contribuyó a adormecer mi patriotismo fue el recuerdo de mi infancia. Casi no tengo padres, tan pobres y tan oscuros..... Vine muy niño de no sé dónde. Es una historia triste que se pierde en las nebulosidades de mi más temprana

niñez. Alguién contóme que me trajeron de lástima, de caridad, de no sé qué aldea. Madrastra mi patria nativa. Cuando hallé en Amicis que «quien no siente la poesía patriótica de un pueblo extraño, no ha sentido la propia», quise buscar una patria adoptiva, en la que he pasado los años de mi juventud. Bullen en mi mente múltiples y raras ideas. Me acuerdo de tantas cosas, de tantos autores, que sería capaz de dictar un libro, aunque fuese de rapsodias. Supongo que no he sabido leer con método, pero los últimos libros me quedan en la memoria. Creo que fue Schiller quien observó que el verdadero ingenio es inconsciente en sus primeras manifestaciones porque no encuentra nada de extraordinario— y es natural— en aquello que siempre ha sido suyo y constituye su naturaleza íntima. De la misma manera yo»

Aquí perdió el hilo de su perorata, apuró una copa, balbuceó algo más sin sentido, y cayó, como plomo, sobre el viejo y ancho canapé.

Al amanecer, fuéronse quedando adormecidos. Voces agudas les despertaron, menos a Dumas, que roncaba mancornado en el sofá. Era Delfina que se qujaba, que llamaba a alguien semi llorosa; a su amiga Manuela, esa que se acordaba de una tal Toya y que repetía temblando: «aquí, no, vamos a la cocina». Cuando Adolfo se acercó, el primero, a verle, notó que deliraba. Consultado el

pulso, tenía fortísimo. Aplicóle un termómetro de estudiante. Subía a 40 grados. Atroz fiebre le abrasaba. Surgieron amargos conflictos. Despertaron como quiera a Dumas, que se puso taciturno. Corrió en busca de un médico. Vino un amigo de Adolfo, con fama graduado, el doctor Augusto Tinal. Alarmóse y recetó según el método Brand, prescribió un régimen dietético y multitud de detalles sabidos ya por Adolfo. Trasladáronla a casa de Villo.

No se dónde he conocido a esta pobrecita, dijo Augusto al salir.

Desde el primer momento aislaron la habitación. Quitar algunos muebles, desembarazar el catre de sus cortinas, ventilar todo, procurar que no le dé mucha luz a la enferma, fue la operación de los muchachos en el cargo del bohemio.

Envolvían en mil conjeturas este episodio sabático. El misterio de Delfina les atormentaba. Desesperábase Dumas. Al fin, sin poder contenerse, fue a pasar y repasar por la tienda de donde le había sacado, pero sin éxito, porque la encontró vacía. Preguntó en la casa por tales inquilinos. Respondiéronle: eran quizá mujeres de vida airada que acostumbra mudarse de repente sin pagar el arriendo. Dijéronle que sintieron pleitos a medianoche, que intervino la policía y que ignoraban qué fin tendría.

Preguntó por sus nombres, y respondieron que la vieja que había arrendado la tienda decía llamarse Maclovia o Mercedes Quilumo, pero que los demás eran conocidos por apodos escandalosos que oyeron sólo una vez y no quisieron recordar más. Dumas averiguó en la policía por Mercedes o Maclovia y nadie le dió razón. Preguntó por los contraventores de la vispera. Hay tantos, le dijeron que no sabemos distinguir los nombres. Vieron en el registro el de la Quilumo y no constaba. Cernió la ciudad buscando a Marcol y no pareció. Mientras tanto, seguía mal. Ocurriósele la idea de llevarla al hospital. Dumas se opuso tenazmente. «Venderé todo lo que tengo para curarle, dijo Adolfo que es médico en embrión me ayudará en esta obra de beneficencia». A medida que empeoraba la enferma, Dumas fuese reformando. Bebía menos. Dedicóse a la lectura de obras de medicina, quiso darse cuenta de lo que era la fiebre tifoidea. Tuvo ligero disgusto con Adolfo, con Castelarillo, con Pablo acerca del vehículo del bacilo de Eberth. Adolfo afirmaba que se propaga principalmente por el agua. Quién decía que también por el aire. Dumas, furioso, recomendaba que se aislaran las deyecciones, que no existía inmunidad alguna colectiva, que ellos estaban en la edad propicia de contraer la fiebre, que, según Murchiston, ataca de preferencia de los 15 a los 25 años. Otro día el doctor Tinal quiso retirarse, porque Dumas, llevado del vivo

deseo de que sanara la enferma, se permitió discuir y poner en duda el tratamiento médico. Observándole que Dumas obraba a impulsos del cariño Tinal se convenció y siguió curándola con la abnegación propia de los jóvenes y sobre todo de los buenos amigos. Delfina seguía mal. La lengua tenía como estopa. Los pilares del velo del paladar estaban lesionados. La parte inferior de la faringe se había ulcerado. Sufría mucho. Las convulsiones eran frecuentes. El delirio intermitente. A veces, vomitaba. Los labios tenía secos y con fuliginosidades. Ya no se quejaba de sed. Solía increpar a no sé quién. Después descubrieron que llamaba ingrato, pérfido, malvado a un tal Alfredo. Otras veces como que gemía, porque no le quedaba recursos y se moriría de hambre. Una ocasión pudieron comprender que decía: "Separada de mi familia, enojada con Toya, maldita, todos me han abandonado". Dumas se puso más triste que nunca cuando notó las emisiones involuntarias de Delfina y la hemorragia intestinal, que tuvo por mal síntoma y creyó ver en ella la hiperhemia de los vasos. Adolfo le explicaba y consolaba. Dumas no se daba a partido. Volvía a suplicarle que no se asustara, que el color de la sangre no era alarmante y que, además, es fenómeno favorable, según Trousseau y Graves. Dumas, seguía terco. No se convencía, asegurando que eran fatales complicaciones, conforme la fórmula de Griesinger, y que a medida que la

pérdida era más abundante, debían temerse mucho las perforaciones intestinales, y por tanto, la peritonitis de síntomas nada claros quizá.

Establecieron, como siempre, fondos comunes para hacer frente a los gastos de la enfermedad de Delfina.

Todo lo que remitieron a duras penas las respectivas familias de Pablo Atalpa el más acomodado y de Lucho Villo se invirtió en drogas, antitérmicos y multitud de cosas indispensables para combatir la fiebre. Pablo soportó los gastos de hotel y arriendo de la casa Dumas, que era el más pobre, vendió lo que pudo y se dio trazas para llenar los demás vacíos.

La convalecencia de Delfina fue lenta. La flacura y palidez en que le dejó su enfermedad le daban un tinte de belleza, de finura, de espiritualidad tal, que parecía una porcelana, una flor de cera delicada. Poco a poco se fue poniendo más hermosa. Ardía de gratitud por todos y en especial por Dumas, a quien amaba. Devorávale la curiosidad. Cuando estuvo restablecida, pudo explicarse, reuniendo sus recuerdos. En pocas palabras contó a Villo en la intimidad de una simpatía aprendida, que era casada y que su nombre de verdad, Rebeca, lo había ocultado por vergüenza. Vino a Ibarra traída por un militar, abandonando a su esposo Fermín, a quien cada día aborrecía más. El chileno Alfredo le

había pagado mal: con fútiles pretextos se regresó muy fresco a Quito. No había contestado las cartas apasionadas de su esposo que le perdonaba y le suplicaba que volviese sobre sus pasos, porque Rebeca, ciega de pasión por su militar extranjero, echó al traste consideraciones de todo género. Como supiese que don Fermín le andaba buscando, precipitadamente refugióse en la tienda de una tal Maclovia, paisana y condiscípula. Allí soportó cuatro días una vida escandalosa, pues la tal Maclovia no era de las buenas; con cualquier motivo, se entregaba a diarias orgías. De ese atrolladero la sacó Dumas.

COMENTARIOS

—Ese Alfredo, raptor de Rebeca, diz que ha hecho tonterías, y no de muchachos, en la capital: escándalos, trampas y qué sé yo, decía Pablo a sus compañeros.

—¿De veras? Ya me lo suponía. A ver, a ver, desembucha todo lo que sepas, respondió Castelarillo.

—Mucho hablan ya aquí, ciudad chica, del *roto* y de la *teufona*, como les han acostumbrado llamar en Quito, observó Pablo.

—Chismecillos de poca monta, flaquezas de la juventud, repuso Adolfo.

—No, hijo, no he dado crédito a tantas porquerías; pero cuanto se murmura, insistía Pablo. Los veci-

nos char'an por lo bajo. A Dumas le ponien de oro y azul; a ese pobre don Fermín, ya se puede suponer, en cuanto al *roto*, no hay ni que figurarse.

Entre tanto, Villo roncaba su mona, ajeno a estos comentarios.

—¡Que haya tenido valor de recogerla su esposa!, admirábase Castelarillo.

—Sé que la ama con delirio. No es el primer mal paso que da. Escuchen lo que me refirió un quiteño, amigo del *roto*, en su charla: le consta que una noche salió Alfredo furtivamente de casa de don Fermín, dijo Pablo.

—¿Cómo fue eso?, preguntaron a tiempo Adolfo y Castelarillo.

—Oiganme. Refiere que venía de Cotacollao en carruaje y con amigos, a eso de las dos de la mañana, cuando alcanzaron a divisar un caballo ensillado junto a las tapias del jardín de la casa en que diz que vive doña Rebeca, por señas en el ejido. No había ni una alma. La madrugada no era muy oscura. Pararon un momento el coche. De pronto, una sombra saltó del muro y de otro salto montó a caballo y tomó precipitadamente para el centro de la ciudad. Lograron conocerle muy bien: era Alfredo.

—¡Qué atrocidad! ¿Y don Fermín?

—Sin duda estaría borracho, por que diz que co-
pea mucho.

—Debilidades humanas. Su intenso amor a Re-
beca le ha arrastrado a la embriaguez.

—¡Qué cartas las que le ha escrito desde la capital
para moverla a que volviese al redill!

—Como que oí que ha que'ado en poder de Du-
mas un botón de muestra antes de la crisis religiosa que
le inclinó a someterse a su esposo. Este, en un corazón
con González - Blanco, cree «que lo único que en la vi-
da merece idealización es el pecado amoroso, que los ye-
rros de amor son los únicos disculpables, y que la vida
sin amor es muerte prematura».....

—Rebeca es de muy buena familia y de arraiga-
das convicciones religiosas, según aseguran.

—Sí; nada menos que pertenece a los nobles Qui-
ñares, tronco secular emparentado con altos eclesiásticos.
En cuanto a su fanatismo, es en ella locura. Ahora mis-
mo diz que se ha detenido en el Quinche, como humilde
romera, a pedir mil perdones por sus desvíos. Don Fer-
mín, que tiene otras ideas, le ha apoyado en todo, a true-
que de la tranquilidad de su hogar.

A este punto habían llegado en su palique los ami-
gos que hacían gala de imitar las *bohémias* de Henry
Murger, cuando penetró Dumas.

Pidiéronle que les leyese las cartas que conservaba de don Fermín y que relatase los pormenores del regreso de Rebeca. A todo esto se negó Humatu, alegando que se burlarían de él. «Basta decirles, agregó, que el infelizmente esposo se había valido de la policía para recaudar a su cara mitad. Me parece que el pobre viejo está algo chiflado. Sus palabras incoherentes, su facha de dipsómano, me inspiraron lástima. Realment: debe de ser un sacrificio para mi Rebequita hacer liga con aquel degenerado»

—Aseguran que es artista y escritor de mérito, le observaron sus compañeros.

—Sería en otro tiempo, repuso Dumas. Lo que es ahora, ha venido tan a menos, que me hizo la impresión de un idiota. Si mujer le ha rogado con insistencia que entable el divorcio; pero él se niega. Ya ven, qué lucha y desesperación las de Rebeca, cuando, en medio de su férreo catolicismo, ha intentado recurrir a aquella medida extrema. Es un amor senil el de don Fermín, que no me explico. Feo como un fauno, hinchado, amorado, con los ojos sanguinolentos y la balbucencia repugnante, su señora se envisa al verlo, y no le falta razón. ¡Qué heroísmo volver a las cebollas de Egipto!

De regreso, iba ponderando Rimaya las bellezas imbabureñas, sobre todo de la ciudad de Ibarra, en la que

dejara su huella artística el pintor Rafael Troya.

—Deme otra provincia, decía, que ostente el primor de tantas lagunas. Las enumeraré con sus nombres aborígenes que son los que deberían prevalecer: Angascocha, Yanascocha; la cerúlea y plácida Cuicocha con sus dos islotes que están sobre el mirador de Cotacachi; Cristococha, Caricocha y Huarmicocha; la trágica, sombría y evocadora Yauarcocha, o lago de sangre, teñida con la de los batallones de Cacha que a sus orillas combatieron contra los invasores incas y en cuyas aguas flotaron tantos cadáveres, y por último, la despejada Imbacochoa a inmediaciones de Otavalo, profanada con otro nombre.

—Déjate de tantas cochas, pégate otro *lapo* y recordemos el resbalón de tu jamelgo en el nudo de Cajas.

—Por fuerza he de terminar con *cocha*, que significa agua estancada, laguna o algo así en quichua.

—Habíamos pasado, no sin fatigas, los desfiladeros y vericuetos de la Providencia y la Josefina, cuando casi te matas. ¡Cuán hermosa la vista del nevado de Cayambe! Por ella perfilaban su silueta la Escalera y Chagrán. En otra dirección, parecía el majestuoso Cotacachi y a otro lado la mole negruzca del Imbabura, en cuyo plácido repliegue está la hermosa Ibarra con sus ruinas y sus vergeles.

—¿No sabes el significado que el Corregidor Paz Ponce de León, que admiraba a Otavalo, da de algunas poblaciones? Cotacache dice que ha de traducirse por "cerro alto a manera de torre", Tumbabiro "estaque de pájaros", Tontaqui "tierra de muchos humos", aun que en quichua la etimología es diversa, ya llaman a Otavalo "lugar de los antepasados, ya laguna en lo alto", ya a Cotacachi lugar seco y hermoso, si bien *cota* aseguran que es variante de *cutag*, que es moler y *cachi*, sal; lo que equivaldría a lugar en donde "se muele sal". En cuanto al risueño Otavalo, afirman que *való* o *gualó* significa en lengua aborigen casa, etc.

—¿Has averiguado — dijo el mas chispo — si en la bella Ibarra se registran algunos de nuestros apellidos, de tradición ilustre, entre los españoles que acompañaron al Capitan Cristóbal de Troya, en 1606? Cronistas afirman que fueron en número de 43 los primeros pobladores - Calla, cholito, ya estas achispado, No hemos de pretender que nuestro árbol genealógico venga de don Antonio de Carvajal.

—¿Qué importa esta ridiculez? Soy de más regia estirpe, de sangre pura, descendiente de reyes auténticos, no de aventureros ni conquistadores. Quizá mis ascendientes están ligados con doña Juana, nieta del Emperador Atahualpa, nacido en Carangue o Caranqui, pri-

mogénito de Paccha. Hemos de dar más importancia al rey Atahuallpa. Atahuallpa, o Atabaliba, heredero del Reino de Quito, que al primer Regidor de Ibarra Capitán Sebastián Hernández de Vergara, que no se ha averiguado de donde emana a punto cierto, ni existen sobrados antecesores de los Santa Cruz de Soria, de los Grijalva, de Madrid, etc.

— Tal vez seas primo en algún grado del historiador Jacinto Collahuazo, cacique de Otavalo que alcanzó edad tan proveya. Despidamos a los descendientes heroicos de Asturias y Estremadura, para abrir los brazos a nuestros antepasados, los indios.

El quinteto se enfervorizaba cada vez más con los recuerdos de la protohistoria americana. El viaje continuaba entre libaciones. Todos hablaban entusiastas.

— Enorgullecámonos con que el hombre más grande de América haya permanecido en estos parajes que ennoblecían el Tahuantín - suyo, o las cuatro magnas partes del mundo: Huayna - Cápac, evocado por Olmedo. A sus auspicios Atahuallpa aprendió las rudezas del soldado, preparándose con largas marchas y fatigas para las campañas militares a las órdenes siempre del intrépido general Rumiñahui, el teniente más leal y más valeroso del monarca Huayna - Capac. Este guerrero astuto y fiero, le enseñó el manejo de la onda, de la flecha, lanza y ha-

cha de pedernal a su inteligente y temible discípulo, polo de su hermano Huáscar, más para la paz y el gobierno suave. Compañeros: nuestros nombres aborígenes son muy nobles y están a cien leguas de tantos pergaminos, fruto del oro arrancado a nuestros mayores bárbaramente, o adquiridos por hazañas sangrientas. Modestamente somos Himaya, que a veces truecan con Rimaya, Atalpa, Humatu, Villo, Ucucha. Aun nuestro amigo, bien sabemos que es indio, se llama pomposamente Marcol. Por poco no es Marqués el primo de Carasil, de aquel Teniente Político de la corrida de marras, típico Carapacho que ahora es gran señor, Jefe Político de no sé que Cantón, dueño de tierras en un páramo andino, hábil autoridad que hasta se ha cambiado de nombre, según me contaron, y que se hace pasar por Delfín Francisco Carasi y le creen *gringo*.

Por ebriedad, o como tomadura del pelo, Villo que se condujera con moderación y había hasta entonces callado, se expresó así:

— No les había confiado un secreto: propiamente yo no soy Villo, porque sería muy español como Villota, sino Villac-umu, que quiere decir grande o sumo sacerdote de los incas, como le oí cuando niño a mi abuelo Villac, no Villo, fuente, con ligera variante, de rancias aristocracias de los Villar, Villacis, Villaltas, Villamayores, Villabonas, Villalobos, Villafuentes, Villaverdes, Villacreses,

Villerrazos, Villalvas, Villagómez, Villarroel's, Villanuevas, Villamares, Villamilles.

— *Ora pro nobis*, villano, contestaron los amigos después de esta letanía.

EN QUITO

Terminaron los festejos del centenario tercero de la fundación de Ibarra. Como un sueño pasó el recuerdo de los discursos, paseos cívicos, veladas literarias, arcos triunfales, corrida de toros, colocaciones de lápidas conmemorativas, enterramiento de primeras piedras para base de estatuas y establecimientos de beneficencia. A la exposición provincial ya nadie acudía. Ibarra se puso triste. La gente regresó a sus campos y aldeas. Las chagras de los anejos tornaron a su hogar. Vino Carlos Mozqueta a Quito. El viaje fue fatigoso, interminable la travesía del páramo de Mojanda. Pernoctó, no por mi consejo, en Malchingui, en un cuartucho e ingrevido por hollín y alegrado por la música de los *cuyes*, que un estudiante provinciano Pillote que le acompañaba corregía gravemente: cobayos de América. Quejábase después de la broma. Yo no pude regresar a Quito hasta el verano próximo.

Esto era lo que se veía aquella tarde que entré en la capital por la puerta de San Blas, a lo largo de la carretera Guayaquil:

Sól espléndido de verano, desde un cielo azul purísimo, lanzaba sus quementes rayos sobre los, tranquilos moradores de la ciudad de Quito. Esta muellamente recostada a las faldas del Pichincha parec'a una sultana perezosa que estuviera provocando con su gracia y simpatía en aquella hermosa tarde de julio, de plena luz y de completo estío. En las calles se oía rodar de coches, y las agencias de la plaza del Teatro, de la Sucre, de San Francisco no tenían un solo vehículo desocupado. Todos los elegantes se habían provocado pasear. Pasó una flamante berlina con tronco ing'és, importado de Chile. El auriga de uniforme iba detrás de sus patrones, quienes manejaban las bridas. Eran jóvenes ricos que pertenecían a la aristocracia. Gastaban fina ropa, magníficos guantes y aire muy correcto. Uno de ellos usaba anteojos, otro artística melena y un tercero dos preciosos anillos de piedras brillantes. El de los anteojos de oro era abogado y se llamaba Paco de la Reina, enriquecido por Arcila que le facilitó contratos; el de la melena era capitalista y firmaba Polidoro Scto de la Parra, y, el otro, el de las joyas, hacendado, y de nombre Delfín; decían que antes se llamaba Francisco Casil. Iban conversando de cosas fáciles y alegres, escenas de amor y aventuras con chiquillas. Tal era la juventud escogida, la crema social quiteña.

En carruaje de alquiler iba, camino de la Alameda, Clodomiro Arcila, alto empleado público, acompañado de los subalternos a quienes distinguía. De vez en cuando saludaba atentamente a las damas asomadas a los balcones de todo el trayecto que recorrió el armatoste por la carrera Guayaquil. Ibañez y Padrón eran sus colegas de oficina, aunque inferiores en grado. Muy emparentado aquél con lo más noble de la sociedad, sabía mucho de crónicas e intimidades de familia. Muy aseado éste, era modelo de buen gusto en el vestir, y hubiera podido servir de figurín en la sastrería más exigente. Arcila, bastante despreocupado: su ocupación favorita consistía en acariciarse con cierta fruición una pera muy bermeja, su niña mimada. Esto lo hacía, a veces distraída, maquinalmente. Tal era la clase media o propiamente la aristocracia degenerada. Pero la legítima burguesía, sin pergaminos, mas con dinero, estaba representada por dos hermanos comerciantes, semi buhoneros, sin esmero en el vestir, con los bolsillos llenos, gordos, sonrientes, morenos y francotes, que tenían dos abacerías en la calle de Bayetas y una pulpería en la del Correo. Apellidábanse Gómez. Se dirigían, a pie, al ejido del norte de la ciudad, en busca de expansión y juerga.

Epoca de exámenes, en varios establecimientos de enseñanza había fiesta. La niñez retozaba de contento y

las vacaciones estaban a la puerta. Se cantaba con entusiasmo el Himno Nacional. Se recitaban versos y discursos; se distribuían coronas; libros y juguetes, en premio de la aplicación al estudio y de la predilecta memoria. Bandadas de niñas, con uniformes blancos y cintas tricolor cual bandolera, atravesaban la ciudad en unión de sus regocijados padres. Multitud de niños con cinturón metálico, vistoso lazo en el hombro izquierdo y ropa negra, regresaban a los hogares en busca de solaz y descanso. Señoritas de rostro dulce y de suma elegancia venían de los colegios confesionales, del Instituto Juan Montalvo, de la Escuela Municipal del Centro, de la Sucre, después de esos torneos de la infancia. La familia Surenas, compuesta de cinco jóvenes guapas, llamaban la atención de los transeúntes por el desmedido lujo. Con mucha coquetería, en talle, con sombrero a la moda, soberbia portamonedas y talante de reina iba la Pinot, con su rubio chiquitín que había obtenido como premio un libro de cuentos y un pequeño instrumento de música vulgarmente llamado *rondín*. En volandas caminaba la Pinot con sus seductores zapatos extranjeros de cuero ruso y de alto tacón, que los hacía rechinar en las piedras sillares de las aceras. Parecía una visión espiritual, vaporosa.

En la administración pública era tiempo también de muchos sudores. Se acercaba la apertura del congreso. Los diversos departamentos de Estado, por dis-

posición constitucional, estaban obligados a presentar sus informes. Reunían datos, formaban cuadros estadísticos, liquidaban cuentas, estudiaban el presupuesto, arreglaban la Hacienda pública, impartían disposiciones, dictaban acuerdos, menudeaban las circulares; en fin, aquello parecía una colmena. En uno de los ministerios trabajaba don Fermín, separado ya del periodismo. Su oficina era de las menos franciscanas. Veíase una ancha mampara, de vidrios opacados unos y de colores otros, que llevaba en su remate o copete una plancha metálica acorada, con la inscripción correspondiente y el escudo de armas de la República en su centro. En el despacho estaba el secretario de Estado, escribiendo y fumando a la vez, de codos sobre un ancho bufete, en el que había confusión de cartas, telegramas, oficios, libros y legajos, una verdadera mezcla de documentos arrumbados por todas partes hasta en los rincones. En la mitad del escritorio, se alzaba una enorme escribanía de bronce coronada por la estatua de la verdad, de Cabalier, gallarda y erguida, con la diestra en alto, en actitud de iluminar toda la mesa del viejo hombre público que continuaba escribiendo, serio y reflexivo. Un aparato telefónico, chico calendario de foliación, un reloj pequeño, una plegadera de plata y una pizarrita de mármol completaban los objetos que se distinguían en esa oficina ministerial.

La sala, de regular tono, aunque sin lujo ni gusto, tenía desvaídos tapices y colgaduras, muebles correctos y dos grandes espejos. Seguía la del subsecretario, casi por el mismo estilo, si se exceptúan dos estantes de libros y muchos cuadros manuscritos e impresos, con varias anotaciones que se hallaban a la derecha. Inspiraba algo más confianza este segundo departamento. Venía a continuación el de los amanuenses, lleno de escritorios y estantes y de máquinas de escribir. Al fondo estaba el jefe de sección don Fermín, como un viejo sátiro de mirada siniestra y respetable calva, siempre paparrabias. Había otras subdivisiones y otros escritorios para los que trabajaban de pie. En la sala más distante, cuatro amanuenses jóvenes chacoteaban de lo lindo, riendo y contando episodios alternados con equívocos e insolencias. El héroe de esta fiesta era un picoso, de rostro repulsivo y de crápula, a quien llamaban Tapial. Los otros parecían pajarracos de más de la cuenta. Denominábanse Ciervo, Crespo y Pareí; pero no eran vistos por los que acudían al palacio, porque se había encerrado en lo más recóndito de la oficina. Ni el jefe tal vez no sospechaba tanta holgazanería de ese cuarteto.

Los templos estaban abiertos y repletos de gente. En la Compañía celebraban la novena de San Ignacio. Habían acudido las damas de más vuelo y pintipar-

das. En la Merced celebrábase otra fiesta religiosa. Predicaba un padre joven, de fisonomía picaresca y vivaracha.

Santo Domingo, iluminado con derroche, endiosaba tal vez a Martín Porras, o acaso alguna virgen de Pompeya.

En San Francisco, era último día de un triduo especial a San Antonio, y el templo colonial estaba de bote en bote. Hacía rezar un fraile mozueto y moji-gato llamado San Quintín muy en boga entre beatas.

Largas hileras de jóvenes esperaban en los atrios la salida de las buenas mozas ni más ni menos que si se tratara de un teatro o si las devotas fueran gentes de ópera.

Con prosa pasaban algunas, como desafiando a la concurrencia. Por lo regular desfilaban en primera línea, pues las rezagadas, las últimas, eran humildes y se deslizaban ruborosas y cuchicheando en señal de disgusto. Una dijo: «Jesús, estos demonios». Y sucia vieja gritó: «Entren a rezar, herejes; allí está el amo expuesto». Los mozalbetes se rieron. Ojose marcado rumor cuando pasó una guapa chica con puntilla española en la cabeza y vestida toda de negro, dejando perfumado el ambiente. ¡Qué elegante ha regresado de Lima la Antuca, murmuraron algunos al verla!

En el vestíbulo, la charanga de los salesianos se esforzaba por arrancar armonías de sus instrumentos y so-

lemnizar así el acto; pero no lo conseguían esos aprendices de músicos, por más que el director hacía coquetos zigzags con la batuta y meneaba la cabeza que era un contento.

Las cantinas y hoteles vomitaban jóvenes elegantes que salían después de apurar viandas y copas.

Un hombre gordo, de apodo Lata, porque hablaba hasta por los codos, se tambaleaba con aire satisfecho. Había comido y bebido como condenado galgo. Para esto era rico.

Los granujas se lanzaban por esas calles místicas, disparados como un proyectil, anunciando a gritos los distintos diarios: "La Prensa", "El Comercio", "El Tiempo", "La Ley", decían recitando desafortadamente la gacetilla, con las notas más salientes y los anuncios del cable que inspiraban más interés. "La guerra Ruso-japonesa, combate sangriento, incendio en una fábrica", iba vociferando el más despierto de la partida, a quien sus compañeros de oficio miraban con envidia y le llamaban Mirlo, porque usaba zapatos colorados y era de cara morena. Otro ciego *voceador* predecía crímenes y cosas funestas, tropezándose en los lisos y gastados sillares.

Tal era el anverso de la medalla, el cuadro de luz, la cara risueña de la ciudad, aquella bellísima tarde de verano. Esto era lo que se veía, la gran apariencia de las

cosas, lo que salta a los ojos, las formas en relieve. Regueros de animación y de luz, muchas fisonomías placidas, mucha elegancia.

Así se presentaba el lado favorable de la comedia humana la decoración fantástica, la escena en su apogeo. Faltaba verla entre bastidores.

EL REVERSO

Cierta ocasión que pasaba por la *Calle de la Platería*, que en la moderna nomenclatura corresponde a la *Carrera de Venezuela*, topé, maros a boca, con el queridísimo don Fermín. Después del estrecho abrazo y quejas de estilo, porque no me había visitado, entramos a *La Palma*, a someternos al saqueo disimulado de los cantineros. Empezó el fuego graneado de las copas.

—Pero ¡qué arruinado está Ud., don Fermín! Casi no se le conoce.

—Ha recrudecido el mal, me contesta con mueca de amargura, tanto que ya ni empleado estoy.

—Golpeé la mesa y después de forzarme a repetir un *Pichincha doble*, contóme multitud de menudencias políticas y literarias

A medida que apuraba alcohol, iba franquándose. ¡Qué de tristezas me reveló!

—Tome Ud., tome Ud., insitía:

—Bueno. Tráigame una *vaina* (Era una especie de ponche de huevos, muy espeso y espirituoso).

—A mí, más aguardiente, hablaba carraspeando, con profundo desprecio.

En mesa próxima, cuatro toreros metían bulla infernal. Que el ganado del Antisana, que el descontento del público, que la mansedumbre de los picadores, que la ganadería del Pedregal, que las malas condiciones del circo, que las banderillas de fuego mal aplicadas, que el capeo, en fin, una jerga taurina interminable. Los cuernos tan manoseados poníanme nervioso. Más allá cachifos y chullas levantaban el gallo por trampas y enredos de billar. En otra mesa, un coronel borrascoso trataba a los mozos con la punta de la bota. Las que calzaba, lucía sobre otra silla, haciendo gala de modales tan groseros que chocaban. De vez en cuando, con mirada idiota, quedábase contemplando a la luna por los cristales de la ventanilla próxima y repetía en voz alta y con sonrisa de estúpido: *la luna, ya sale la luuna!*

Don Fermín callaba a trechos; sorbía con fuición el licor y concluía² con gesto de disgusto, la copa. De pronto, me dijo: «Estuve invitado a comer hoy con el *Continental* con Pallasmo. Va como diputado suplente al congreso».

— ¡Esa nulidad! ¿Y por qué provincia?

— Por la de Birlibirloque. No es el primero. Allí hay manada. Es el *chiquero*, que dijo Calle. Comí mal y ya pienso retirarme. A mi Dulcinea la anticipé que no iría hasta muy tarde, pero quebranto la resolución.

— Vamos hasta por allá.

— No, no. Usted tiene que acompañarme hasta mi agujero. Le iré contando cosas muy interesantes.

— Al salir de *La Palma*, don Fermín trastrabábase. Le tomé del brazo. Caminábamos a duras penas. En su conversación incoherente se le trastrababa también la lengua.

— Hay, amigo, no ser yo shintoísta, me dijo.

— Pero qué ocurrencia, don Fermín, le repliqué riendo.

— Es serio. El Shintoísmo es el culto de los antepasados. Querría ser fiel a este culto. Guardar incólume el nombre de mi familia o morir por amor a los míos.

— ¿Cómo el héroe magno del Imperio del Sol Naciente, el generalísimo Maresuke Nogi?

— Precisamente. ¡Qué sacrificio, qué suicidio el del héroe Nogi, por fidelidad, por amor a su Emperador Mutshuhito! Es necesario entender la virilidad del alma japonesa, su espíritu místico.

— ¿Y usted tendría coraje de matarse por uno de nuestros presidentes, flores de un día?, le pregunté con sorna.

— ¡Qué trabajo! “No me ha comprendido” Yo moriría por mi hogar, por amor a mi esposa, por el buen nombre de los que me pertenecen. (Y acercándose a mi oído): Mi mujer no me quiere. ¿Sabe usted? Mejor es morir. Desgraciadamente no estamos en el Japón.

Hasta llegar a su domicilio, trató de mil puntos, inclusive temas del Quijote, en frases cortadas, deshilvanadas. A veces me imaginaba que se había vuelto loco. La turca no era para tanto.

Entramos. La puerta de reja de la escalera estaba cerrada con un grueso candado *Yale*. Don Fermín llamó. Silencio profundo.

— ¡Rebecaaa, Rebecaaa!

— Debe haber salido.

— Hace lo que le da la gana.

— Sin duda pensó que usted regresaría más tarde, según su anuncio.

— No la justifique. Bueno. Vamos hasta el ejido.

Al salir a la calle, alcancé a vislumbrar una luz rápida, fugitiva, tras los cristales de la galería de don Fermín y luego dos sombras que se ocultaban. Habría jurado que hasta me pareció oír pasos menuditos y cuchido.

cheos. Mi compañero, quizá por la humera, de nada se percibió. Caminaba callado, terco, rebotante de indignación. Al voltear para el ejido, alzó a ver.

— Ya está en casa, me dijo. Mire, mire esa luz que anda en mi galería. ¿Pero por dónde ha pasado, que no le hemos visto?

Es el bombillo de arco que se refracta en los vidrios, don Fermín, pura ilusión.

No me engaño. Nada importa cerciorarse. ¿Qué comedia es ésta? ¿Por dónde ha entrado? (Y me arrastró con desesperación, haciéndose esos, zigzagando como pudo).

Temí la tempestad, y le dejé a la puerta. Casi ni me contestó. Subía precipitadamente los escalones, tropezando y metiendo mucho ruido.

Quedéme un rato escuchando. A poco, salía muy sereno Alfredo. Tomó por una callejuela solitaria. Presumo que se había escondido detrás de la puerta de calle al oír nuestros pasos y voces.

— ¡Beata prostituida, sin vergüenza! ¡Vuelves a las andadas cuando lo de Ibarra te perdoné!

— Viejo borracho, cornudo.

— ¿Con quién estuviste, cínica? ¿Quién ha entrado aquí? Y otros gritos y otros insultos se perdían a la distancia, a medida que me alejaba.

FIN DEL ESBOZO COMICO -- DRAMATICO

Por el camino iba dando toda razón a Carlos. No eran calumnias los cuchicheos de amigos y vecindades. ¡Pobre don Fermín!

Supé que a las pocos días doña Rebeca enfermó de la garganta. El médico, mi amigo, contóme que se extrañaba de no haberse encontrado ni una sola vez con don Fermín.

Las curaciones le hacía una criada. «Yo mismo, me dijo el facultativo, le he aplicado las uataplasmas de Lang'ebert. ¡Hay tanta desolación en esa casa! Ni las hermanas de doña Rebeca ponen un pie»

Entre tanto, don Fermín no salía a la calle.

Encerrado en su estudio, bebía alcohol en cantidades alarmantes.

— Quiere suicidarse de esa manera, anota Carlos.

— ¿De veras?

— Sí. Lo sé positivamente, Don Fermín es inteligente y enemigo del escándalo, Conoce nuestra sociedad y no sueña con sanción alguna:

— Pero él pretende castigarse, desaparecer.

— Se siente deshonrado e intenta matarse *disimuladamente*.

— No concibo tanta cobardía. Hay otros medicos de.....

—Calla, calla, ¿El asesinato? ¿El divorcio? ¿La cárcel o el eterno papel sellado? Después, los palos sociales contra la víctima y las simpatías para la desleal. ¿No estás viendo tantos dramas de nuestra sociedad?: ¿Cómo castiga ésta? Premiando a los malvados.

—O por lo menos echando tierra encima.

—¡El silencio! ¿Ya ves? Con el dinero compran muchas voluntades y acallan muchas plumas. Que no se diga nada. Hasta las influencias políticas entran en estas *macanas*.

— No llegan a tanto.

— No te hagas el nene, ¿Es difícil corromper con el oro a los jueces, aprisionar por conspiradores a los que *hacen chivo*, amordazar, valiéndose de cualquier *macana*, las imprentas? La vindicta pública es un mito, y la personal, conduce a la penitenciaría. Es decir, tras cuernos palos.

No había trascurrido una semana, cuando Alfredo me habla en el correo de que le acompañase a visitar a don Fermín. «No sabe usted que está malísimo», agrega.

— ¡Pero usted, tiene valor!, le replico en són de reproche y asco. El se sonríe descaradamente y me dice:

— Es que no entro en su habitación. Además,

¿qué me viene usted con esas indirectas? Al tiro le he comprendido. Sepa usted que yo no tengo la culpa de la enfermedad de don Fermín ni de que se haya dado a la copa.

— ¡Calle! ¡calle! No sea usted descarado ni cruel

— Es que usted no está al corriente de los pormenores. He sido el mejor amigo de don Fermín. Esa mujer le ha perdido. Visitaba su casa. Manejábame digno, al principio. Mas ¿qué haría usted si se viese tentado, acosado por una guapa hembra? ¿Cree que todavía estamos en los tiempos del buen José? ¿Qué haría usted con una nueva mujer de Putifar? Ni siquiera capa uso, para haberla dejado. Y no es propio de un militar correr.

— La traición al amigo.....

— Con él mismo *tunamos* muchas veces. Las circunstancias venían ni que aparejadas adrede. Hice proezas por separarme de la casa. Rebeca me ha perseguido a sol y sombra. ¿Quiere usted que le muestre al tiro los comprobantes? No inventé yo los primeros planes estratégicos, las cartitas, las citas... Ella vino muchas veces a mi pieza. ¿La iba a echar a empellones? ¡Oh! si le contara detalles. Si supiera lo de Ibarra, por mi boca, no por las que comentan sin ton ni son.

— ¿De modo que ahora resulta culpable don Fermín?

— No quiero significar eso, sino la astucia, la hipocresía, la corrupción de esa mujer.

— ¿Siendo tan católica?

— Son las peores, si no hay fondo, por lo beatas y mojigatas. Es muy diversa la sincera piedad.

Otro día fui a visitar a don Fermín, acompañado de Carlos. El artista se moría.

Había tomado cuerpo el *delirium tremens*. Le asistía el doctor Ribeu. Su locura de las persecuciones asustaba. El doctor Címaco Urbina se había retirado. Igualmente el doctor Tinaí.

— Rebeca ha traído garroteros, gente pagada que me asesinará gritaba azorado.

Otras veces, suplicatoriamente, hasta el enternecimiento, pedía una copita.

En la alcoba inmediata, débilmente sentía la voz de Alfredo.

Llegaron los miembros de la *junta médica* que había provocado Ribeu.

Salimos del cuarto del enfermo y entramos en el que estaba el *roto* Alfredo con unos cuantos amigos, entre ellos Flor, Escuder, Jimés, Guardel, Sancho Vera y taita Puma. Como nos separaba sólo delgado tabique, pudimos escuchar casi todo lo que pasó en el gabinete de la famosa junta.

— El caso es desesperado, repetía el doctor Ribey. Yo provoqué esta clase de reuniones sólo para eludir responsabilidades.

— ¿Quién ha sido el de cabecera?, preguntó Casares.

— Clímaco Urbina.

— Tiene la palabra. Conoce los antecedentes. Nos atenemos a su informe.

Charlaron de todo. Expusieron que era muy difícil curar a los alcohólicos, y se entregaron, por último, a cortar la reputación de sus compañeros de oficio. Hablaron primero de la reorganización de las universidades decretada por el congreso. Eso han hecho, como ya es costumbre, observaron, por interés propio, y por favorecer a cuatro de la hoja. Declaran los puestos vacantes para colocarse desvergonzadamente en ellos los mismos congresistas. Todo esto es asqueroso. ¿No tuvo la pretensión de trabajar por una cátedra el Burrólogo que ha venido de Europa con ínfulas de un Trousseau? ¿No crearon un cargo *ad-hoc* para el Maldonosa, porque sólo sabe, como los gatos, tapar con tierra los disparates que hace? Crecidos honorarios, recetas de específicos de almanaque, baños sin ton ni son, sabios! Ceremoniosa antecámara para las consultas, carruaje para la distancia de media cuadra, dificultad estudiada en todo, sabios! Lata en

los periódicos, te quita para ir a divertirse en Europa, modas ridículas, sabios! Cuando el mudo del Sargredo que fue a París, a ser escándalo de las cocotas en el *Moulin Rouge*, viene a querer curar enfermedades que por su corrupción contrajo en los cafés cantantes y casas de picos pardos del Barrio Latino!

Terminó la junta aumentando una patarata a lo que tenían establecido primero Urbina y después Ribeau.

Oyense, de pronto, alaridos, chocar de botellas y destrozo fenomenales, como de riña y muebles que se astillan. Corrimos atolondradamente al dormitorio de don Fermín Cabrera. Habíase levantado el delirante poco menos que en cueros, derribando la mesa con los frascos y medicinas, el velador con los santos de madera y cuanto halló a su paso precipitado, en el miedo cerval que le impulsaba a huír despavorido. En el espanto de la persecución, pugnaba por abrir la ventana y arrojarse balcón abajo, sin soltar su grueso y artístico *Walking stick*, como antes le llamaba al compañero de su reumatismo y de los frecuentes sesgos temulentos de atáxico.

«Un beso! Un beso! canallas! Están besando a mi mujer», gritaba con renquera aterradora, hirsuto el cabello y los ojos salidos de las órbitas. Procurábamos calmarle; pero él continuaba entre bufidos: «No tengo como castigar a los infames, porque son muchos y me atacan

por la espalda. Cobardes, me van a matar! Vienen con lanzas y garrotes.... Bandidos! Y amagaba defenderse y fugar. Sosteníamos lucha desesperada por aquietarle. Nos rogaba que echásemos a empellones a los foragidos que su insana imaginación veía. Paciencia y esfuerzo nos agotaban. Crispó los puños, rechinó los dientes, y pálido, desencajado, espantable cual una figura dantesca, quedóse al fin como muerto en el lecho a donde por la fuerza le llevamos.

Acerquéme un momento a la ventana y la abrí para renovar la atmósfera pesada de la alcoba y bañar mis pulmones en aire puro.

¡Inexplicable sensación de bienestar la que nos comunica un día quiteño de cielo despejado y azul purísimo, con su diaphanidad y su límpido y acariciador sol de los trópicos que está convidando a la vida!

La enmohecida y tradicional ciudad, como una simbólica Burgos de las leyendas medioevales de la vieja España, sonríe tranquila, evocando calmados encantos y recuerdos antiquísimos, en aquella gloria de sol.

Allá, como adusto y perpetuo centinela, asoma su cara verdinegra el vetusto Pichincha que proyecta su majestuosa sombra sobre los edificios respunteados a sus faldas, como en los orillos de raída capa. Al frente de la colosal mole, como avergonzado oculta su frente

tacha el Ichimbía, y desaparece a la distancia, confundido en su uniforme pequeñez, el indígena *Yavirac* o sea el Panecillo, como un hijo desheredado del Pichincha, arrojado allí entre las torres de la ciudad que esbeltas levantan sus medias naranjas.

Conducida por un tibio vientecillo de la hora, llega la suave emanación de la Alameda, que en todo tiempo matiza su alfombra con variedad de perfumadas flores. Por detrás de las férreas rejas del parque, tomadas de orín, se alcanza a distinguir, en el motículo custodiado por altos eucaliptos, a una familia que, de cara a la iglesia del Belé, como que se extasiara en contemplar, no a los que salen del kiosko de la Alameda, sino a los que pasean por la floreciente población que malos maestros de castellano dicen *ciudadela Urrutia*, hasta donde el Jardín Botánico permite por sus intersticios distinguir a la abigarrada muchedumbre.

Salpican el plácido paisaje uno que otro *chalet* y plazoleta en construcción, que forman el marco vistoso de la ciudad por su extremo norte. En el espeso bosque, como ermitas perdidas en la soledad, esconden sus góticas agujas el Seminario Mayor y Santa Prisca.

Más cerca de la vista, como un inmenso abanico, abre, en las alturas de San Juan, sus pabellones el Sanatorio Rocafuerte. Casi codeándose, a su derecha, asoman

coquetonas las aristas de la minúscula y única y solitaria capilla de la Basílica.

Desfilan al trote, saltando sobre sus sillas, militares de largo sable, caballeros en alazanes de raza chilena. Resoplan, con ronco estertor, los automóviles que corren al ejido y ruedan monóticamente los carruajes halados por raquíticos troncos.

Como una boa negra, confúndese por el camino del Batán, una hilera de frailes que de paseo serpean por las vueltas del sendero. El pobre hipódromo, con el aspecto de un estadio en ruina, vejeta, como agonizando cerca del *Panteón de los Protestantes*.

En procesión interminable, entran a la ciudad carretas, caballos y asnos cargados de alfalfa, acémilas con víveres, mezclados con chagras, indios y soldados que se desentumescen ya en el juego de pelota, ya en las tenduchas y chicherías que abundan a lo largo de la carretera, ya en los corredores del tránsito que hacen de tortillerías o sitio de asar *llapingachos*.

En las tenduchas del frente del dormitorio, indios y soldados vociferan en medio de un guitarreo infernal pues festejan san lunes, oficialmente consagrado por albañiles, peones y otros obreros al dios Baco. Desde la callejuela tabernaria llega a ratos el confuso rumor de la *jarana*.

Los chillidos de doña Rebeca destrozaban los nervios. Ya llamaba a una criada, ya pedía alhucema ya píldoras de éter, ya preguntaba si las flores que ella denominaba *chagrillo* y *charoles* para el santísimo, estaban listos. Suplicaba en voz en cuello que ocurriesen por el viático para su esposo. Sus ayes y sus lloros impresionaban malamente, y tal comedia de dolor llenaba el alma de indignación a quienes conocíamos los antecedentes del drama o sainete más bien. «Desde ayer he solicitado para él los últimos auxilios de la religión ¡ay!... Se va a morir renegado, ay!... Ay! se va a condenar!», aturdí a la teutona con la misma cantaleta en varios tonos, entre sollozos y aspavientos chocantes. El escándalo piadoso era mayúsculo y el grotesco alarde católico producía vascas. La obligamos a salir de la habitación del agonizante, y sólo Carlos y yo nos quedamos vigilándole.

Sancho Vera, entre tacos y rabiatas, se oponía a que le administrasen la extremaunción. Sus argumentos y ásperas frases repercutían por los corredores y hasta nosotros venían impregnados de melancolía.

— «Atienda, doña Rebeca, insistía enfadado. Debe respetar las ideas del que se marcha a la tumba. Don Fermín no es católico: para nada necesita de estas ceremonias. Además, delira. ¿De qué le puede aprovechar la imposición terca de usted? Si tantos dolores le ha dado en la vida, economícele el postrero», añadía con ruda e

incaritativa franqueza, tratándola como a un estropajo y con la amorosa y campechana familiaridad de aquella noche del ósculo furtivo.

Volvió a su canción doña Rebeca, amontonando candideces, quejas y maldiciones para los herejes. Al fin, con taita Puma, encamináronse algunos jóvenes a la capillita del Belén, la antigua Veracruz o el *Humilladero*, en busca del cura, con el ánimo de calmar las alharacas de la rubia que dominaba hasta última hora.

Don Fermín yacía tranquilo. Creímos que estaba dormido; pero su rigidez y sudor gélido nos alarmaron. Hubo quizá una hora, que me pareció un siglo, de completo silencio en la casa del artista infortunado. Figurábase que un soplo sepulcral había ensimismado en el misterio a aquella mansión que, debiendo ser de paz, ahora estaba como encantada por los genios siniestros del destino y de la muerte. Mi compañero y yo meditábamos en mutismo. Y al ver el bastón de Fray Chinche caído junto a su pipa gigantesca, reviví todas las escenas de la vida de este literato sin ventura. Como el aviador que en el instante de la caída fatal reúne todas las añoranzas de su existencia, así recordé, ya próximo al golpe supremo del amigo, todas sus genialidades y sus amarguras, las invitaciones que me había hecho, la jugarreta del gato ahornado, la noche del baile, las tristezas de Ibarra y tantos recónditos dolores que minaban un débil organis-

mo y un noble corazón. Voló mi fantasía y reconstruyó cuadros sugestivos que abatieron mi espíritu y nublaron mis ojos. En estas miserandas saudades, en este momento de solemne tregua, habría jurado que escuché con claridad, como filtrándose a mis espaldas por el delgado tabique que separaba la alcoba de doña Rebeca de la del enfermo, el rumor de estrepitoso beso, que llegaba sonoro hasta el lecho en el cual, como centinelas del cariño, nos hallábamos custodiando al pobre mártir, al heroísmo inolvidable. Carlos percibió también detalladamente, perfectamente, el cuchicheo apasionado y el estampido del ósculo, de esto estoy muy seguro, porque con los ojos me hizo un expresivo signo de inteligencia y se llevó el índice a los labios con gesto de profunda pena. Entonces, sin darnos tiempo para nada ni reponernos todavía de la brutal impresión, don Fermín saltó desnudo por sobre nosotros y avanzó con faz diabólica o mejor correteó, como en danza macabra, hasta medio cuarto y aullando, ronca y lastimosamente entre espumarajos «otro beso, criminales!» hizo ademán de inclinarse a coger el bastón de puño fraileesco y cayó allí de redondo, chocando su cráneo contra la cabeza del garrote favorito y haciendo saltar la pipa colosal que casi se le cruzó en la boca, como acomodada por satánica mano.

Lanzamos descompasado grito: Fray Chinche había muerto.

Pálidos y desgredados asomáronse doña Rebeca y Alfredo a la puerta, sin atreverse a entrar, en tanto que el monago, agitando la campanilla del viático colgada del cuello, y seguido de algunas cholos con humeantes platos de incienso y bandejas de flores, subía la escalinata de la casa. El coronel Vera, desde la galería, dirigiéndose a los concurrentes que venían con sendos cirios encendidos, detuvo a la procesión gravemente, solemnemente, con estas sacramentales palabras: "Amigos míos, ya es tarde. Todo ha terminado".

En aterciopelado ataúd yacía el artista infeliz. La capilla ardiente quedó saturada de humo, de cera, de zahumerio y de perfume de flores que alfombraban los escalones, como un santurio en día de fiesta. Al llanto de aquí, se mezclaba la tremolina de allá, de la tenducha de la callejuela que da al ejido, en la que cholos borrachos y soldados continuaban el jaleo, en medio de palmoteos y acordes de ronca guitarra que punteaba la marcha de cornetas y tambores que quizá por ironía se llama *La entrada de Napoleón* y otros carraspeaban con voz aguardentosa: *Copa al que no baila, que le afusilen a la comadrita*.

F I N

INDICE

Páginas

Al empezar, dos palabras 3

PRIMERA PARTE

Fiesta popular 5
Cerrida de toros 18
En la taberna 36
Recuerdos sombríos 47
El sereno 56
Digresión arácnida 77

SEGUNDA PARTE

Donde Charpentier 89
Don Fermín 100
Doña Rebeca 114
¡Viva el Santo! 120
Escena cómica 125
Música criolla..... 128
Copas y cigarrillos 133
La cena 151

TERCERA PARTE

En Ibarra 161
Los genios de provincia 168
Comentarios 185
En Quito..... 193
El reverso 201
Fin del esbozo cómico - dramático..... 205

AGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.
- Vargas Vila (Ojeada crítica de sus obras).
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.
- Algunas ideas acerca de educación. (2ª Edic.)
- Rodó. (1ª Edic.)
- El Ecuador Intelectual. (Impresa en la Argentina)
- Tres poetas de la música.
- Juana de Ibarbourou.
- Motivos Nacionales.
- Centenarios y milenarios.
- Eloy Alfaro
- Nociones de Literatura General.
- El Ocaso de los Conquistadores.
- Quiteños Auténticos.
- Del Quito Antiguo.
- A través de los libros.
- Los Genios.
- El libro del Maestro. — Ruta de la Escuela.
- Manuel J. Calle. — Orientaciones Periodísticas
- En torno de la Prensa Nacional.
- Mujeres de España.
- El Niño (Notas de la cartera de un maestro).
- Algo sobre la novela en la América del Sur.
- Periformas — 1939.
- Educación del Hogar. — (2ª. Edic. 1940)

